
HARLEQUIN
Bianca
DE NUEVO EL AMOR
MIRANDA LEE

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

De nuevo el amor, n.º 1246 - febrero 2016
Título original: The Playboy in Pursuit
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2001

I.S.B.N: 978-84-687-8035-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

LUCILLE, ¿cuándo vas a empezar a salir de nuevo? –preguntó Michele mientras se tomaba su cappuccino.

Oh, oh, pensó Lucille. Ya empezamos de nuevo.

–No querrás permanecer soltera y célibe el resto de tu vida –continuó Michele–. Solo porque has tenido un mal matrimonio. No dudo que tu Roger fuera un canalla, pero no todos los hombres son como él. Tomemos por ejemplo a mi querido Tyler...

–No, gracias –dijo Lucille riendo–. Es todo tuyo.

Michele suspiró exasperada.

–¿Cuándo te vas a creer que Tyler me ama de verdad? ¿Que realmente ha cambiado? ¿Que sus días de playboy han pasado de una vez para siempre?

Lucille se sintió tentada de decirle que eso sería dentro de unos treinta años o así, pero eso habría sido demasiado cruel. Hacía solo tres semanas que Michele había vuelto de su luna de miel y Lucille no tenía corazón para destruir las románticas ilusiones que su mejor amiga tenía acerca de su reciente marido.

Pero sinceramente, ¿qué posibilidades tenía ese matrimonio de durar? Cierto que Tyler parecía estar locamente enamorado de Lucille en esos momentos. ¿Pero seguiría sintiendo lo mismo al cabo de seis meses, cuando el calor de la luna de miel se hubiera enfriado y las viejas costumbres surgieran de nuevo?

El heredero del imperio Garrison de los medios de comunicación tenía una larga lista de ex novias y Lucille no creía que una alianza fuera a cambiar eso. Había advertido a su amiga de que no se enamorara de semejante hombre, que solo tuviera una aventura con él y disfrutara del sexo, que, probablemente, debía de ser fantástico, sin involucrarse emocionalmente.

Pero, por supuesto, fue un consejo en vano para alguien como Michele. La chica era demasiado buena para su propio bien. Incluso le había sido fiel a su primer novio durante diez años. Y él había sido un canalla. ¿Qué posibilidades tenía Michele contra el chico de

oro de la sociedad de Sidney?

Sí, en su opinión, el matrimonio de Michele estaba condenado. Pero no se lo iba a decir. Se arrepentía de no ser suficientemente inteligente como para hacer ver que creía que se trataba de un caso de amor verdadero.

–No me hagas caso –le dijo–. Solo soy una cínica. Si alguien puede hacer cambiar a un hombre, esa eres tú.

Michele podía tener veintiocho años y ser una brillante ejecutiva en una empresa de publicidad, pero la fachada de sofisticación escondía un alma dulce y suave. La vida no la había hecho dura y cínica, como a ella.

Tal vez fuera por eso por lo que le caía tan bien. Porque, por una vez, se podía dejar empapar de su dulzura.

Echaba de menos el que Michele ya no fuera su vecina y no le gustaba nada ver el cartel de *Se Vende* en su puerta. Ahora sí que iba a vivir realmente sola, sin más amigos de verdad, solo conocidos. Por suerte, sus respectivos lugares de trabajo estaban en la parte norte de Sidney, así que podían almorzar juntas de vez en cuando, además de ir de compras.

Pero, aun así, su amistad nunca sería la misma ahora que Michele estaba casada.

–No creas que vas a poder evitar responder a mi primera pregunta –insistió Michele–. Solo tienes treinta años, Lucille. Y eres una mujer muy atractiva. Quiero saber cuándo vas a superar lo de Roger y seguir con tu vida.

A Lucille no le hubiera gustado que otra persona le dijera esas cosas, pero sabía que Michele tenía buenas intenciones y no estaba siendo una metomentodo.

–He superado lo de Roger –respondió–. Y he seguido con mi vida. Tengo un buen trabajo, una buena casa, que está cerca de mi oficina, y una gran amiga con la que puedo salir cuando quiero. Saldría con hombres si quisiera, pero la verdad es que ya no me interesa el sexo opuesto. Estoy muy contenta sola y célibe.

–¡Vaya tontería! No eres feliz así. Estás muy sola. Y sí que te interesa el sexo opuesto. Las mujeres a las que no les interesa no se visten como tú. Solo echa un vistazo a lo que llevas puesto hoy.

Lucille parpadeó sorprendida.

–¿Esto tan viejo? Tienes que estar de broma. De acuerdo, la

falda es corta, pero la chaqueta no y no es nada ajustada. Yo no diría que es provocativo. La verdad es que es de lo más conservador que tengo en el armario.

Muy opuesto a la ropa verdaderamente sexy que se había comprado cuando había dejado a Roger en un gesto de desafío.

En ese momento, había decidido conquistar al mayor número posible de hombres, pero había descubierto que aquello no iba con ella.

–Pero enseñas tus piernas –dijo Michele–. Y son bastante provocativas con esos tacones. ¿Es que no has notado cómo te miraban cuando entraste?

Estaban sentadas en una terraza de la calle principal de la zona norte de Sidney, uno de los mejores barrios de la ciudad y conocida zona de negocios.

Lucille estaba acostumbrada a despertar el interés de los hombres, como suelen hacer las rubias voluptuosas y de ojos verdes, así que no se había dado cuenta. Ni le importaba.

–Que miren –dijo fríamente–. Porque es lo único que van a poder hacer. Mirar.

–Cielos, Lucille, ¿qué pasó en tu matrimonio que te hizo ser tan retorcida y amargada?

Lucille se encogió de hombros.

–No te lo podría explicar. Tienes que vivir algunas cosas para entenderlas.

Michele la miró alarmada.

–¿Tu marido te maltrataba?

–¿Maltratarme?

Lucille nunca lo había pensado de esa manera. Pero por supuesto eso era lo que había sido. Maltrato emocional. Era por eso por lo que había tardado tanto tiempo en escapar. Pero eso era ya cosa del pasado y no veía la razón para ponerse a analizarlo ahora. Su matrimonio con Roger era algo de lo que más le valía olvidarse.

–No, por supuesto que no –dijo–. Solo era un mentiroso y un tramposo, ¿de acuerdo?

–De acuerdo. Mira, lamento habértelo mencionado. Sé que no te gusta nada hablar de él. Yo solo quiero que seas feliz.

–La felicidad no siempre viene con forma de hombre, Michele.

–Estoy de acuerdo. Pero la infelicidad tampoco. Todo depende

del hombre en cuestión. Y no me puedo creer que hayas dejado de tener esperanzas en ese aspecto. Hace algunos meses, tú misma me describiste a tu hombre perfecto. Si no recuerdo mal, aparte de ser alto, moreno y atractivo, dijiste que debía tener sangre caliente corriéndole por las venas, no cerveza fría. Que le tenían que gustar las mujeres de verdad y que debía anteponerte a sus amigos, al golf y a su coche.

Lucille se rio.

–¿Dije eso? Debía de estar soñando despierta. Esa clase de hombre no existe. Por lo menos, no en Australia.

–Sí, existe. Yo me he casado con uno.

–Tyler es rubio.

–Pasemos por alto lo del cabello. Estoy segura de que hay morenos fantásticos por ahí. ¿Pero quién sabe? Puede que el hombre de tus sueños no sea australiano. En tu trabajo tú tratas con un montón de extranjeros, ¿no?

–Bueno, sí...

El trabajo de Lucille consistía en solventar las necesidades de los ejecutivos de empresas que tenían que irse a vivir a Sidney desde el extranjero.

Y con respecto a los hombres que conocía por su trabajo...

Si quisiera tener una relación con alguien, tendría muchos candidatos. No pasaba una semana sin que alguien tratara de ligar con ella. El hecho de que la mayoría de esos hombres estuvieran casados no decía nada en favor de la opinión que le merecía el sexo masculino.

Pero pensó que era mejor que no le contara eso a Michele en esos momentos.

–Desafortunadamente, Michele, la mayor parte de los hombres extranjeros con los que trato, están casados. Vienen con sus esposas e hijos. Es por eso por lo que estamos en el negocio. Las empresas internacionales se han dado cuenta por fin de que mandar por todo el mundo a unos padres de familia solos causaba que la gente dejara los trabajos antes de tiempo. Y no querrás que salga con un casado, ¿verdad?

–Por supuesto que no. Pero algunos de esos ejecutivos deben ser solteros. O por lo menos divorciados.

–Es cierto. Algunos lo son. Y créeme, unos cuantos han tratado

de ligar conmigo. Incluso algunos eran muy atractivos.

–¿Y?

–No ha habido chispa.

–¿Nunca?

–Nunca.

–Lo encuentro difícil de creer, Lucille. ¿Me estás diciendo que nunca te has sentido atraída por un hombre?

Lucille decidió que tenía que ser sincera o Michele no la iba a dejar en paz.

–Después de dejar a Roger, solía pensar que no tendría ningún problema en tener una aventura. Me gusta el sexo. O me gustaba, hace mucho, mucho tiempo. Pero ahora ni el hombre más atractivo me afecta. Esa parte de mí ha muerto, Michele. Mi matrimonio la mató.

–No me lo creo. Ni por un momento. Solo has sido terriblemente herida. Tu libido volverá algún día. Solo llevas un año divorciada, por Dios. Es solo cuestión de tiempo.

Lucille no creía que ese milagro le fuera a suceder en toda su vida.

–Mientras tanto, salir con hombres no tiene por qué llevar al sexo –continuó Michele–. ¿Qué tiene de malo salir con algún tipo de vez en cuando? No tienes que acostarte con él si no quieres.

–Te aseguro que, definitivamente, no querré hacerlo.

–Me parece bien. Así que deja de buscar esa chispa antes de que digas que sí. La próxima vez que un tipo agradable te pida salir, sal con él. ¿Quién sabe? Tal vez solo suceda que tengas las hormonas desentrenadas. Puede que se enciendan en el entorno adecuado. No ha nada como una cena a la luz de las velas para poner a tono a una chica.

Lucille sonrió.

–Eres una optimista. Y una romántica de nacimiento.

–Ya sé que crees eso, pero no lo soy realmente. La verdad es que soy una realista con los pies en la tierra. Y también estoy muy agobiada de trabajo, así que tendré que dejarte pronto. Solo tengo esta semana para completar la campaña de la nueva línea de perfumes de Femme Fatale. ¿Te he hablado de eso?

–No. ¿De qué se trata?

–¿Recuerdas a la chica que mi jefe llevó a mi boda?

Lucille asintió. ¿Quién podría olvidar a la impresionante criatura que llevó del brazo Harry Wilde ese día? Tenía un precioso cabello negro, ojos violetas y llevaba un vestido tremendamente sexy.

–Se llama Tanya –le estaba diciendo Michele–. Y es la misteriosa heredera que ha heredado Femme Fatale. ¿Sabes? La empresa de lencería sexy. ¿No lo sabías?

–Había oído hablar de Femme Fatale, pero no sabía nada de esa misteriosa heredera.

–Creía que te lo había contado. Una historia sorprendente. La cosa es así. La dueña anterior se mató en un accidente de coche y le dejó las acciones de la empresa a su más próxima pariente femenina, que resulta ser la tal Tanya y ella era la chica que Harry quería que fuera al salón de belleza hace un tiempo. ¿Recuerdas que te pregunté por un sitio donde entraras como un saco de patatas y salieras como una supermodelo?

Lucille lo recordaba. Le había recomendado Janine's, un salón de belleza local y muy caro donde le podían hacer de todo a una mujer.

–Pues vaya un saco de patatas resultó ser –dijo Lucille–. Esa chica era una supermodelo desde que nació.

–Bueno, ya te advertí que Harry no se conformaría con un saco de patatas de verdad. De todas formas, al parecer, lo cierto era que la chica no debía de tener mucha idea de cómo arreglarse y vestirse. Harry se ocupó de ella y *voilà*.

–Resultó suficientemente buena como para que se la llevara a la cama el rey de los anuncios de la ciudad, supongo.

–Es más que solo sexo. Ninguno de los dos ha dicho nada todavía, pero Tanya lleva un anillo con un zafiro enorme. Y también he visto a Harry con ella y no es como antes. Es diferente. Más cariñoso. Más amable...

–¿Otro playboy cambiando de costumbres, Michele?

Michele le dedicó una mirada asesina.

–Lo siento –dijo Lucille.

–Y deberías sentirlo de verdad. Ese cinismo tuyo te va a meter en problemas algún día, Lucille. ¿Y qué tienes tú contra los playboys? Por lo que me has dicho, tu ex era un australiano de lo más normal y corriente. ¿Qué tienes contra los hombres como Tyler y Harry? ¿Por qué los odias tanto?

Lucille parpadeó sorprendida. ¿Odiarlos? No los odiaba. Simplemente no confiaba en ellos y creía que utilizaban a las mujeres. No estaba segura de si Tyler estaría utilizando inconscientemente a Michele, y la preocupaba que fuera así, pero no se lo podía decir a su amiga.

–Yo no odio a Tyler –dijo–. Es solo que creo que a los hombres como él les resulta difícil sentar la cabeza y ser padres y esposos. Tú eres mi mejor amiga, Michele y quiero que seas feliz.

–Pero es que lo soy. Y con respecto a que Tyler siente la cabeza... Por favor, no te preocupes por eso. Es un marido maravilloso y será un padre igual de maravilloso. ¿Sabes? Bajo la piel, los playboys son gente normal, como tú y yo. Tienen corazón y sentimientos. Se pueden enamorar. Y pueden cambiar. El amor los cambia.

–Sí, claro, seguro que tienes razón. Trataré de tener la mente más abierta en el futuro. Y te prometo pensarme decirle que sí al próximo hombre disponible que me pida salir.

Pensárselo y luego rechazarlo, pensó. Estaba segura de que no había un solo hombre en el planeta que pudiera tentarla para salir con él, por muy alto, moreno y atractivo que fuera.

–Lo dices por decir –dijo Michele al tiempo que se levantaba–. No me cabe la menor duda de que, estas navidades, seguirás sin tener un hombre.

–Bueno, Navidad es dentro de solo dos meses y los hombres atractivos y extranjeros no aparecen todos los días, ¿sabes?

–Supongo que no. Bueno, lo he intentado. Nos veremos.

–Ya te llamaré si aparece alguno.

Michele la miró por encima del hombro y sonrió.

–Será mejor que lo hagas. O date por muerta.

Lucille vio alejarse a su amiga. Era la viva imagen de la confianza y la felicidad.

Era difícil no admitir que el matrimonio con Tyler Garrison le sentaba bien.

¿O era el sexo?

Se levantó de la mesa. No iba a pensar en el matrimonio ni el sexo. Ni en nada que la hiciera sentirse deprimida. Le había costado mucho recuperar su autoestima y no estaba dispuesta a caer en viejas formas de conducta, sintiéndose mal por todos los años que

había desperdiciado con Roger o preocupándose por el hecho de que había terminado siendo frígida.

¿Quién sabía? Tal vez Michele tuviera razón. Tal vez sus hormonas solo estuvieran durmiendo. Tal vez un día aparecería un hombre que la haría cambiar lo que sentía por el sexo opuesto y despertaría su, aparentemente, perdida libido.

Mientras tanto, no iba a contener la respiración esperando a que eso sucediera. Se dirigió a su oficina decididamente.

Esta vez sí que se dio cuenta de cómo la miraban los hombres, pero su reacción ahora fue de pura satisfacción.

No era que Michele tuviera razón. No se vestía para los hombres, sino para sí misma. Para sentirse bien. Y para proyectar la persona que era ahora.

Ya no era la despreciada señora de Roger Swanson, sino Lucille Jordan, una mujer adulta con una mente propia, segura en su estado de soltería, su trabajo y su persona. Y si su sexualidad estaba en el limbo, no lo iba a demostrar vistiéndose como una ratoncita tímida. Quería que su apariencia le gritara al mundo entero que ella era un éxito como mujer en toda la extensión de la palabra.

De acuerdo, eso era una mentira. Pero el mundo estaba lleno de mentiras. Y de mentirosos.

Si no les puedes ganar, únete a ellos.

Para Lucille ese era el nombre del juego en esos días.

Supervivencia.

Capítulo 2

EL LUGAR de trabajo de Lucille estaba situado sobre una floristería. Una empinada escalera daba a una pequeña zona de recepción, detrás de la que estaban las funcionales oficinas.

No era necesario que el sitio tuviera que impresionar, ya que recibían a la mayoría de los clientes en los aeropuertos o en los hoteles, y los negocios se hacían por teléfono, fax o correo electrónico. Tenían una excelente reputación y se enorgullecían de su profesionalidad. Todas las ejecutivas eran mujeres y la jefa se llamaba Erica Palmer, una ex esposa de ejecutivo de más de cuarenta años que había experimentado en persona lo que se necesitaba en aquel negocio. Erica era atractiva más que hermosa, esbelta y rubia, tenía unos duros ojos azules y una bien ganada reputación de despiadada en los negocios. Había empezado con la empresa varios años antes, con la pequeña fortuna que consiguió al divorciarse, y ahora supervisaba su floreciente negocio desde su carísima casa junto al mar.

Lucille era su empleada más reciente y venía de una empresa inmobiliaria. Cuando Erica le ofreció un trabajo, ella lo aceptó inmediatamente, ya que ganaba más dinero y el trabajo era mucho más satisfactorio.

No había nada como la sonrisa de alivio y el agradecimiento sincero de una esposa cuando descubría que le acababa de encontrar el lugar adecuado para vivir, le había instalado a los niños en buenos colegios y le había llenado el frigorífico con víveres suficientes como para sobrevivir unos días a la diferencia horaria, además de proporcionarle las direcciones y números de teléfono de todo lo que podía necesitar, desde médicos y dentistas hasta tiendas de vídeo, cines y demás locales de entretenimiento.

El lema de la empresa era Atención al Detalle y Perfección en Todo.

Y esa era una de las razones por las que Lucille solía vestir bien, porque el trabajo lo exigía.

No era que Erica le dijera que se pusiera los tacones altos que llevaba, por supuesto, pero a ella le gustaba llevarlos, a pesar de lo que su madre le había dicho siempre de que a los hombres no les gustaba salir con chicas más altas que ellos y Lucille ya era bastante alta sin tacones.

Pero ella ya no seguía los consejos de su madre ni lo que le decía acerca del comportamiento femenino. Para ella y su padre, el divorcio había sido un fallo por parte de Lucille y se sentían decepcionados por ello, así que apenas se veían a pesar de vivir relativamente cerca.

–Tienes que llamar inmediatamente a la señora Palmer –le dijo la recepcionista cuando llegó–. Ha dicho que es una emergencia.

Lucille se apresuró a entrar en su despacho, tomó el teléfono y se sentó en su sillón.

Erica respondió al segundo timbrazo.

–Soy Lucille, Erica. Jody me ha dicho que era una emergencia.

–Y lo es. Tengo a un irritado Val Seymour paseando arriba y abajo por mi salón como si fuera a explotar, insistiendo en que le encuentre un sitio para alquilar durante los próximos cuatro meses a partir de esta misma noche. Al parecer, ha tenido una gran pelea con su padre y se niega a hablar siquiera de una reconciliación. Le he sugerido que se quede aquí conmigo unos días hasta que se calmen las cosas, pero ya conoces a Val.

–La verdad es que no. No lo conozco, pero sé lo que quieres decir.

Era difícil no saberlo cuando la prensa sensacionalista no dejaba de hablar tanto de él como de su padre.

Val Seymour era el hijo ilegítimo de Max Seymour, legendario empresario del espectáculo y el mayor seductor desde Errol Flynn. Max poseía la mansión vecina a la de Erica y eran amigos desde hacía mucho tiempo, con algún ingrediente sexual, a juzgar por la forma en que se comportaban cuando estaban juntos. Aunque tenía sesenta años, Max todavía era un hombre muy atractivo, con unos penetrantes ojos azules, cabello gris, músculos sólidos y una gran cuenta bancaria. En pocas palabras, aún tenía lo que era irresistible para muchas mujeres.

Pero no para Lucille, que lo conocía de un par de fiestas en casa de Erica. Su actitud sofisticada la había dejado más fría de lo

habitual.

Val Seymour, por lo que tenía entendido, era una copia de su padre, pero ella no lo conocía en persona. Sabía que se pasaba mucho tiempo fuera del país y había leído algunas cosas escandalosas de él en la prensa.

Con unos treinta y tantos años y tremendamente atractivo, no era físicamente parecido a su padre, ya que había salido a su madre brasileña en el cabello y ojos oscuros y el cuerpo de bailarín. Sin embargo, su comportamiento sexual era como el de su padre. De Max Seymour se decía que se había acostado con las más importantes cantantes, actrices y modelos del mundo y su hijo no le iba mucho a la zaga.

El día anterior había leído algo acerca del nuevo espectáculo de danza que padre e hijo habían producido para el Casino de Sidney. En las fotos aparecía la preciosa bailarina principal, llamada simplemente Flame, llama en inglés, mirando lascivamente al hijo mientras el padre la sujetaba posesivamente por la cintura.

Sin duda, Flame no era su nombre real, pero incluso como nombre artístico, lo decía todo. Los anuncios de la obra, que se llamaba Se Necesitan Dos para Bailar el Tango, decían que la forma de bailar de Flame era suficientemente caliente como para incendiar el escenario.

Lucille se preguntó si la pelea entre padre e hijo no tendría algo que ver con la competencia por los favores de la tal Flame. Si pudiera juzgar el comportamiento de un ego masculino lastimado, diría que el vencedor debía haber sido el padre.

–¿Qué clase de sitio está buscando el señor Seymour junior? –preguntó.

–Algo cerca del Casino. A no más de cinco minutos de distancia. Y quiere un apartamento con servicio, no una casa.

–El Casino tiene apartamentos como ese que quiere. ¿Por qué no les alquila uno?

–Son demasiado pequeños. Quiere algo con suficiente espacio como para dar alguna fiesta. Y para invitar a gente a quedarse a pasar la noche.

Lucille se contuvo para no decirle que, para eso, solo necesitaba una cama. ¿O es que le gustaban las orgías?

–¿Cuántos dormitorios?

–Por lo menos, tres, para estar seguros.

–¿Y sobre qué precio?

–El dinero no será problema.

Por supuesto que no, pensó Lucille cáusticamente. Los hombres como Val Seymour creían que lo podían comprar todo con dinero.

Y la verdad era que podían comprarlo casi todo.

–En ese caso, no veo ningún problema. Hay unos apartamentos muy bonitos y listos para alquilar en un edificio nuevo cerca del Casino. Una de las razones por las que no esté completo ya es por el precio exorbitante que piden por ellos. Pero si el dinero no es problema, el señor Seymour estará felizmente instalado en su preciosa terraza, tomándose una copa con su novia actual antes de que el sol se ponga en la bahía.

Erica se rio.

–Parece que conoces a Val.

–Su reputación lo precede.

–Mmm. La verdad es que es atractivo. Si yo fuera diez años más joven...

Entonces, probablemente se estaría acostando con los dos Seymour, pensó Lucille. Su jefa era una mujer de mundo, pero Lucille la admiraba por la forma en que había sobrevivido y había alcanzado el éxito después de su divorcio. La única cosa que la sorprendía era que a Erica le siguieran gustando tanto los hombres. ¿O era solo el sexo lo que le gustaba?

–Pero creo que, en este momento, Val está sin novia –continuó Erica confirmando las sospechas de Lucille de que la causa de la pelea había sido que la tal Flame había preferido el padre al hijo–. Así que esta noche yo me andaría con cuidado si estuviera en tu lugar. El hijo de Max no es hombre que duerma solo por mucho tiempo y tú eres una mujer muy atractiva, Lucille.

Eso la hizo reír.

–Gracias, pero no creo que tengas que preocuparte de que vaya a caer bajo los muy usados encantos de Val Seymour.

–No estés tan segura. Todavía no lo conoces, ¿verdad?

–No. Pero lo he visto en fotos y ya sé que es muy atractivo.

–No es lo mismo visto en carne y hueso, querida. Créeme. Y ahora, ¿cuándo puedes venir a recoger a Don Juan para que pueda echarle un vistazo a esos apartamentos?

–Yo creía que se lo iba a quedar sin verlo.

–Es solo un vistazo. Espera un momento que voy a preguntarle.

Pasaron treinta segundos y Erica habló de nuevo.

–No, dice que le gusta siempre ver las cosas por sí mismo antes de pagar.

Lucille no lo dudó. Se preguntó si haría desnudarse a sus novias potenciales antes de aceptarlas. Después de todo, ese hombre estaba acostumbrado a lo mejor. No se iba a gastar un buen dinero en invitar a alguna a cenar si lo de después no se merecía un diez.

–Primero tendré que llamar al agente para que me dé las llaves –dijo Lucille mirando su reloj–. ¿Qué tal a las dos y media?

–Perfecto. ¿Val?

Al otro lado de la línea se oyó una voz impaciente que preguntó rudamente si no podía ser antes.

–¿No puede ser antes, Lucille?

–No, imposible. Dile al señor Seymour que va a tener que esperar. Eso le dará tiempo para calmarse y aprender a hablar un poco mejor.

Erica se rio y colgó.

Pero cuando le abrió la puerta de su casa a las tres menos cuarto, estaba frunciendo el ceño.

–¿Sabes? No hay muchas mujeres que tengan esperando tanto tiempo a Val Seymour. Está a punto de estallar.

Lucille se encogió de hombros.

–No lo he hecho queriendo. El ayuntamiento está haciendo obras en tu calle y solo hay un carril libre, lo siento.

–No importa. He tratado de mejorarle el humor diciéndole que eres una rubia preciosa, recientemente divorciada y que no estás saliendo con nadie en estos momentos.

–¿Y por qué has hecho eso?

–¿Por qué no? Estás divorciada, no muerta, querida. ¿No crees que ya es hora de que vuelvas al ruedo? ¿Y con quién mejor que con un hombre como Val Seymour?

Lucille se estremeció. No podía pensar en nada que le revolviera más las entrañas.

–¿Sabes? Después de mi divorcio, estuve mucho tiempo como tú –insistió Erica–. Pero luego conocí a Max y me demostró que los hombres y el sexo pueden ser realmente divertidos. Algo que había

olvidado hacía mucho tiempo.

Lucille no se podía creer que estuviera teniendo esa conversación. Nunca antes había tenido confidencias íntimas con su jefa y no las quería tener en ese momento.

Pero tampoco quería ofenderla y Erica probablemente lo estaba haciendo de buena voluntad.

–Lo siento –dijo–. Pero lo que pasa es que no puedo soportar a los playboys. Representan todo lo que odio en el sexo masculino.

–No, querida, en eso te equivocas. Representan todo lo que odias en un marido. Pero como compañero y amante, un playboy es lo mejor. Los hombres como Max y Val saben cómo hacer que una se divierta, tanto en la cama como fuera de ella. Saben todo lo que hay que hacer y no les importa gastarse el dinero contigo. Para las divorciadas como tú y yo, son lo ideal.

–Gracias por el consejo, Erica, pero no estoy interesada en tener un amante todavía. Es demasiado pronto.

–Me parece bien. Ese marido tuyo debió de ser un canalla. Vamos a sacar de aquí al impaciente señor Seymour. Ha vuelto a ponerse a pasear y, cuando Val lo hace, deja surcos en la alfombra.

Lucille se alegró de terminar esa conversación irritante. Ya era bastante con que Michele la estuviera presionando para que saliera con hombres como para que ahora su jefa le sugiriera que se acostara con un seductor solo para divertirse.

No se le ocurría qué podía tener de divertido acostarse con un hombre al que no respetaba. Incluso aunque estuviera interesada en tener una vida sexual, no sería nunca la mascota de un playboy. Elegiría un amante decente y más discreto, que no esperara tenerla a su disposición solo porque se gastara montones de dinero en ella.

Apretó los dientes y siguió a su jefa dejando la puerta abierta para salir rápidamente de allí.

Subieron al piso superior. Erica se echó a un lado y susurró señalando al hombre que estaba delante del ventanal, admirando la vista de la bahía:

–¿Ves lo que te quería decir?

Lucille vio exactamente lo que le quería decir. Una foto no podía capturar la persona o la personalidad de ese hombre. Su energía, su gracia animal. Su magnetismo sexual.

Caminaba arriba y abajo a grandes pasos con las manos en los

bolsillos. Iba cabizbajo y su actitud era amenazadora, algo más notorio aún porque iba vestido de negro de la cabeza a los pies.

Le recordó a una pantera negra que había visto una vez en un zoológico, recorriendo arriba y abajo su jaula, emanando un aire de violencia contenida.

Era niña cuando lo vio y le dio miedo, a pesar de la verja de seguridad que los separaba.

Val Seymour parecía tan salvaje como esa pantera. Y no lo rodeaba ninguna verja de seguridad.

Pero ella tampoco era ya una niña, pensó.

Aun así, él era un animal muy sexy. En su momento, lo habría encontrado increíblemente atractivo. Pero claro que, por aquel entonces, ella no era inmune a los hombres.

–Tienes razón –murmuró–. Será mejor que lo saque de aquí antes de que tengas que cambiar la alfombra.

Cuando Erica se rio, el hombre se detuvo y las miró.

Lucille se tensó ante el impacto de esa mirada, unos ojos oscuros bajo unas cejas igual de oscuras y en un rostro acorde con el resto de su persona. Estaba claro que llevaba varios días sin afeitarse y tampoco se había peinado.

Se preguntó si ese aspecto era deliberado. ¿Quién sabía? Parecía como si acabara de levantarse de la cama después de un largo fin de semana de borrachera y juerga.

–Lucille lamenta llegar tarde –dijo Erica–. Hay obras en la calle.

La mirada de él siguió a Lucille por toda la habitación.

Ella se acercó y le ofreció la mano diciéndole:

–Lucille Jordan.

Él se sacó del bolsillo la mano derecha casi de mala gana y se la estrechó.

–Val Seymour. ¿Podemos irnos ya?

–Por supuesto.

–Muy bien. Gracias por todo, Erica. Te debo una –dijo él mientras salía de allí.

–Oh, Cielos –murmuró Erica sin dejar de mirar el muy atractivo trasero de Val.

Lucille hizo girar los ojos en sus órbitas y lo siguió rápidamente.

Capítulo 3

LOS diez minutos que tardaron en llegar a su destino le parecieron eternos a Lucille. A pesar de su determinación de no dejarse afectar por la intimidante presencia de Val Seymour, se iba poniendo más tensa a cada instante que pasaba.

Si él dijera algo en vez de permanecer sentado a su lado en silencio, los ojos cerrados y los brazos cruzados...

Lucille no podía decir si estaba agotado o solo era un maleducado.

Cuando llegaron, aparcó, cortó el encendido y le dijo:

–Ya estamos.

Como él no respondió inmediatamente, suspiró exasperada.

Entonces, Val entreabrió los ojos y la miró.

–Así es exactamente como me siento en estos momentos –murmuró–. Muy cansado. ¿Tú también lo estás, Lucille? ¿O solamente te gustaría que Erica no te hubiera endosado semejante molestia para esta tarde?

Todo lo que le dijo le llegó a lo más hondo, pero sobre todo la forma en que dijo su nombre. Tenía una voz encantadora, baja, cálida y sensual. Su nombre había salido de esa boca como chocolate caliente. Sus ojos eran igual de sensuales...

Tendría ese mismo aspecto después de hacer el amor...

–No, en absoluto –dijo ella apartando esos pensamientos–. Es solo que me pone nerviosa conducir por el centro.

Pero no podía dejar de pensar en él tumbado a su lado, lo cual era una tontería, ya que Val Seymour sería el último hombre sobre la tierra al que querría por amante, si es que quería alguno.

Lucille lo miró a los ojos y le sorprendió ver algo más que una chispa. Fue como un verdadero infierno que le recorrió todo el cuerpo, fundiendo su helada libido y provocándole una extraña sed de cosas que había pensado no volver a sentir nunca.

Le costó un enorme esfuerzo de voluntad apartar la mirada.

–La mayoría de la gente con la que trato está bajo alguna clase

de estrés, señor Seymour –dijo–. Mi trabajo consiste en aliviar ese estrés buscándoles una acomodación correcta. Estoy segura de que este apartamento le encantará. Tiene todo lo que está buscando. Y más.

Él sonrió.

–Erica me dijo que tú eras su mejor empleada y ya veo que es así. Tienes un gran tacto y permaneces fría ante la rudeza, que es lo que te he mostrado hasta ahora. Por favor, acepta mis disculpas. He tenido un fin de semana muy difícil, seguido de un no menos difícil día. Lo que no es excusa para mi comportamiento, pero es lo único que puedo ofrecerte. Trataré de portarme mejor el resto de la tarde, pero no puedo prometértelo. Y me llamo Val, ¿de acuerdo? Señor Seymour me hace parecer a mi padre y, créeme, es la última persona en el mundo que quiero que me recuerden en este momento. ¿Te parece bien?

–Muy bien –dijo ella ocultando el torbellino interior que sentía bajo una sonrisa falsa.

Gracias a Dios, él no tenía ni idea de los pensamientos que le estaban pasando por la cabeza. ¿De dónde habrían salido?

Eran culpa de Michele y Erica, pensó enfadada. Habían sido ellas quienes se los habían puesto en la cabeza. ¡Todas esas charlas acerca de los amantes y la libido! Y también estaba ese hombre en sí mismo. Como había dicho Erica, el tipo era la viva imagen del sexo con piernas. Una trampa para mujeres andante. ¡Esos ojos! ¡Y esa boca!

–Muy bien –dijo el objeto de su agitación mientras se soltaba el cinturón de seguridad–. Vamos a ver ese apartamento. Aunque, si tú dices que es perfecto para mí, seguro que lo es. Un hombre tendría que estar loco para no confiar en el buen juicio de una dama con tu belleza e inteligencia.

Luego, salió del coche, dejándola a ella pensando en esas últimas palabras. El sentido común la advirtió de que, en él, esos cumplidos hacia las mujeres debían de ser algo automático, ¿pero por qué se molestaba en utilizarlos con ella? No era su tipo habitual de compañera de cama.

¿Estaría buscando un remedio fácil para su lastimado ego? ¿Un revolcón rápido para satisfacer a la bestia salvaje?

Semejante perspectiva no la repelió tanto como debería haberlo

hecho.

¡Cielo Santo!

Los nervios le jugaron una mala pasada cuando fue a cerrar el coche con el mando a distancia y, en vez de apuntar a la puerta, lo hizo al maletero, que se abrió inmediatamente.

–Vaya, hombre –exclamó y lo cerró a mano antes de hacer lo mismo con las puertas.

–A mí me pasa siempre –dijo él–. Eso es, cuando conduzco, que no es muy a menudo, ya que no tengo coche. Viajo demasiado para tener uno, así que normalmente tomo uno de los de Max cuando estoy en Sidney, pero maldita sea si esta vez lo voy a hacer. Lo siento. ¿Podrías creerte que rara vez maldigo delante de una dama?

Lucille no se lo creyó. Ya lo había oído hacerlo por teléfono. Val Seymour era un hombre que hacía lo que quería, cuando lo quería y delante de quien quería. Estaba siendo encantador con ella con un propósito en mente. De eso estaba segura. ¿Pero cuál era su propósito? ¿Seducirla?

–He oído cosas peores –respondió fríamente.

–¿De verdad? Me sorprende que alguien se atreva en tu presencia.

–¿Y qué quieres decir con eso?

–Que tienes un aire formidable, Lucille. Algo entre princesa de hielo y dama de hierro. Aunque esos zapatos no encajan muy bien en la imagen.

Lucille se ruborizó de verdad.

Val pareció sorprendido y luego confuso.

–Lo siento. Eso ha sido muy rudo por mi parte. De nuevo. Y eso que acabo de decirte que seré educado. No estoy teniendo un buen día, ¿verdad? ¿Me perdonas?

–No hay nada que perdonar. El cliente siempre tiene razón.

–Ahora sí que me siento culpable de verdad. Tal vez debiéramos empezar con la inspección, así podré decirte directamente que sí, darte mi número de tarjeta de crédito y mudarme. Así podrás seguir tu camino lejos de mi odiosa presencia. A no ser, por supuesto, que necesites verificar mis referencias antes de que tome posesión, claro.

Esas palabras cobraron un doble sentido en el cerebro eróticamente cargado de Lucille. Pero en vez de sorprenderse, esa

vez le parecieron extrañamente divertidas. Era irónico que precisamente ese hombre pudiera afectarla. De verdad que era para reírse.

–Señor Seymour, se está poniendo usted gracioso.

–¿Sí? –preguntó él sonriendo encantadoramente.

Lucille no lo pudo evitar y sonrió también.

–¿Significa eso que estoy perdonado? –añadió Val.

Ella decidió que ya tenía bastante. Tenía que recuperar rápidamente el control de la situación o se vería en serios problemas. Por mucho que fantaseara con que Val Seymour fuera su amante, se negaba a permitir que eso fuera a suceder en realidad. El orgullo le exigía que lo mantuviera a distancia y que no hiciera nada de lo que luego pudiera arrepentirse seriamente.

–Señor Seymour...

–Val.

–Val...

–¿Sí, Lucille?

¿Por qué habría él elegido ese preciso momento para decir de nuevo su nombre? Y para volverla a mirar así, con esa cálida sonrisa y brillantes ojos negros.

Agitó la cabeza como tratando de negar el efecto que él causaba en ella.

–Realmente eres un hombre irritante.

–¿En qué sentido?

–Yo estaba decidida a que no me gustaras en absoluto.

¡Cielos! ¿Realmente había dicho ella eso?

–Me siento realmente halagado. ¿Pero eso era un cumplido o una crítica?

–Un hecho –dijo ella, enfadada consigo misma.

–Bueno, tú también me gustas a mí. Pero yo no tengo ninguna idea preconcebida de tu carácter contra la que luchar. Esta noche, durante la cena, vas a tener que contarme qué cosas terribles has oído de mí para haberte hecho decidir que no quieres que te guste.

A ella se le secó la boca instantáneamente.

–¿Durante la cena?

–¿Tienes otro compromiso?

–No, pero...

–Erica me dijo que no estás saliendo con nadie en este momento.

–No, pero...

–No más peros, Lucille. Vas a venir a cenar conmigo esta noche y eso es todo.

Lucille no pudo contener una exclamación de exasperación.

–¿No se te ha ocurrido que podría ser que no quisiera cenar contigo esta noche?

La expresión del rostro de él era clásica y Lucille se preguntó si alguna vez le habría dicho que no una mujer.

Pero entonces recordó a Flame.

El rechazo de esa mujer era probablemente la razón por la que él la estaba invitando a salir. Necesitaba que le curaran el ego. Y deprisa.

Ese pensamiento la molestó.

–Esta noche iba a hacerme un tratamiento en el cabello –le dijo.

Val le miró el cabello, que hacía poco había pasado por la peluquería y que le brillaba lleno de salud.

–No me parece que lo necesite, pero si es necesario, siempre puedes hacerlo antes de que te recoja. Yo siempre ceno tarde.

Lucille casi hizo girar los ojos en sus órbitas. Él siempre cenaba tarde. ¿Qué pasaba con los hombres, que nunca pensaban en los horarios de comidas de los demás y solo en los suyos propios?

–Pensaba ir a ver a mi madre –insistió ella.

–Eso lo puedes hacer cualquier otra noche.

–¿Y si estuviera en el hospital?

–¿Lo está?

–No, ¿pero y si lo estuviera?

–Yo compraría las flores e iría contigo. Y luego nos iríamos a cenar.

Lucille suspiró.

–¿Por qué quieres invitarme a cenar? Y quiero la verdad.

Él le dedicó su increíblemente atractiva sonrisa.

–¿La verdad, solo la verdad y nada más que la verdad?

–Sí.

–Si lo tienes que preguntar, tal vez debieras ir al oculista. Eres una mujer hermosa, Lucille. Y a mí me gustan las mujeres hermosas. Y también me gusta llevarlas a cenar.

Así que era eso. Si ella hubiera sido fea, no la habría invitado a cenar. Los motivos de ese hombre eran muy superficiales.

Sabía que, si iba a cenar con Val Seymour, seguramente él intentaría algo antes de que terminara la noche. Dada su respuesta sexual hacia él, no tenía muchas posibilidades de resistirse si él se ponía en plan seductor. No servía de nada engañarse a sí misma.

Podía llevar un tiempo sin salir con hombres, pero sabía lo que pasaba. Incluso los tipos normales y corrientes esperaban tener sexo a cambio de invitar a una chica a cenar. Un playboy como Val lo consideraría algo lógico. Decir que sí a una cena sería lo mismo que acceder a tener una aventura de una noche con él.

Dada su vulnerabilidad hacia ese hombre, eso sería un pensamiento increíblemente corruptor.

–¿Puedo tomarme unos minutos para pensármelo? –dijo ella tratando de parecer fría y no dominada por el pánico.

Él pareció sorprendido de nuevo, pero se recuperó rápidamente y le sonrió.

–Sí, claro. Tómate el tiempo que quieras. Mientras tanto, vamos a ver mi nueva casa.

La tomó del brazo hasta llegar al ascensor y ese contacto le produjo a ella cosas increíbles.

Una vez en el ascensor, él la soltó, cosa que Lucille agradeció, lo mismo que agradeció que una pareja subiera con ellos. El apartamento estaba en la planta doce y, cuando llegaron, estaban solos de nuevo.

–Supongo que tiene una buena vista de la ciudad –dijo Val.

–En ciento ochenta grados. El Casino está a la izquierda, y el complejo turístico Darling Harbour y el puerto deportivo justo delante. El distrito de negocios a la derecha.

–Parece perfecto.

Y lo era, siempre que a uno le gustara el azul, que era el color predominante en la decoración, en distintos tonos y haciendo contraste con algunos toques de blanco.

Las habitaciones eran espaciosas y el mobiliario de diseño y muy caro, aunque parecía cómodo. Sofás de cuero, mesas grandes. Camas grandes…

Había una cama realmente grande en el dormitorio principal, lo mismo que un gran baño adosado. Suficientemente grande como para la más decadente de las orgías.

–Estos son los baños que me gustan –dijo Val al verlo.

Lucille trató de no imaginárselo desnudo allí, rodeado de bellezas en el mismo estado.

Sin embargo, el baño no era ni mucho menos tan grande como la terraza, en la que se podían dar fiestas.

Pero no esa noche, ya que soplaba una fresca brisa marina que prometía una fría noche de primavera, revolviéndole el cabello a Lucille.

El cabello de Val permaneció tan despeinado como antes, e igual de sexy.

–Tienes razón, Lucille –dijo él–. Yo podría vivir muy a gusto en este sitio. ¿Cuánto me van a quitar?

Lucille no entendió lo que le quería decir.

–¿A qué te refieres?

–Que cuánto me va a costar.

–Yo creía que el dinero no era problema.

–Y no lo es. Solo quiero saber cuánto le va a costar a Max. Se lo voy a cargar a la cuenta de gastos de la empresa.

–Cuatro mil dólares australianos a la semana.

Val hizo una mueca.

–No me parece bastante.

–Es el alquiler básico. Subirá cuando se añadan los demás servicios.

Cuando él enarcó las cejas, ella añadió:

–Lo siento. No me refería a esa clase de servicios. Estaba hablando de la limpieza, las comidas y demás.

–¿Quieres decir que no voy a tener que mover un dedo?

–Solo para descorchar el champán que, por supuesto, puedes pedir desde aquí. La verdad es que ni siquiera tendrás que descorcharlo si no lo quieres hacer. También hay un servicio de mayordomo.

Val arrugó la nariz.

–No soy muy dado a esa clase de cosas. Pero el champán es una buena idea. Pediré una caja. De Dom Perignon, por supuesto.

–Está claro que tu padre no está en tu lista de buenos amigos en este momento, ¿verdad?

–Mi padre no conoce el significado de lo bueno –dijo él poniéndose de nuevo de mal humor–. No quiero hablar de ese canalla. Ni siquiera quiero pensar en él.

Val se apoyó entonces en la barandilla y bajó la mirada al suelo.

Por un breve momento, Lucille sintió verdadera lástima por él, hasta que recordó que ese hombre era también un canalla, sobre todo con las mujeres.

Así que esa vez él había perdido a una potencial compañera de cama. ¡Mala suerte! No era como si estuviera realmente enamorado de esa chica. Los hombres como él solo se enamoraban de ellos mismos.

Entonces, él la miró con ojos atormentados y esa mirada acrecentó su imagen de chico malo.

–¿Me vas a sacar de esta tristeza accediendo a cenar conmigo esta noche, Lucille? ¿O me vas a condenar a la depresión eterna?

–¿Y cómo una cena conmigo te sacará de tu tristeza?

¡Como si no lo supiera! ¡Una conquista al día debía mantenerlo apartado de la depresión!

–Seguro que lo hará. Te prometo ser un caballero, si eso es lo que te preocupa. Solo cenar y charlar. Nada más.

Lucille frunció el ceño. La verdad era que parecía sincero. ¿Quién sabía? Tal vez decía en serio lo de cenar. Tal vez solo quisiera compañía. Tal vez estuviera enamorado de esa Flame y estuviera realmente deprimido.

Se sorprendió al ver que ese último pensamiento no le gustaba nada. Tal vez fuera porque, en lo más profundo, quería que él la deseara como ella lo deseaba a él. Sí, no tenía sentido negarlo. Lo deseaba. Lo quería desnudo en la cama. En ese mismo momento o, a más tardar, esa noche.

Cualquier tipo de shock que le produjera ese descubrimiento se vio anulado por unos pensamientos defensivos. ¿Y por qué no lo iba a desear? ¿Y por qué no podía tenerlo, por lo menos una vez? Ahora que sus hormonas femeninas estaban de nuevo en marcha, sería una idiota si no se aprovechara de esa situación. Erica tenía razón. ¿Con quien tener sexo mejor que con un experto?

Y no era como si Val fuera a sentirse herido porque se acostara con él. Seguramente hasta se lo agradecería.

La recorrió un escalofrío erótico al pensarlo. A pesar de su promesa de comportarse como un caballero, Lucille sabía que un hombre viril como Val no seguiría haciéndose el virtuoso si ella le dejaba claro lo que quería.

–De acuerdo –dijo–. No me gustaría ser la responsable de que cayeras en una depresión eterna.

–Fantástico –exclamó él sonriendo de nuevo.

Lucille le devolvió la sonrisa. Pensó que se había vuelto loca de remate, pero no le importó.

¿Qué iba a decir ahora Michele?

Nada, dijo una vocecilla en el interior de su cabeza. Porque no se lo iba a contar. Lo de esa noche sería su pequeño secreto. Su profundo, oscuro y pequeño secreto.

Capítulo 4

EL TELÉFONO sonó a las ocho menos diez, justo cuando estaba haciendo los preparativos de último momento.

–Vaya una hora de llamar –murmuró Lucille mientras corría a contestar al salón.

La verdad era que había tenido tres horas para prepararse desde que llegó a su casa a eso de las cinco. Pero tres horas no eran suficiente tiempo para semejante cita. Tenía muchas cosas que hacer, y no era la menor de ellas pensar en lo que ponerse para seducir a un hombre que había sido seducido por las mejores. Y lo que era peor, que las había seducido a ellas.

Al final, se había decidido por un vestido que habría hecho reaccionar a un santo octogenario, uno de los que se había comprado justo después del divorcio. De color esmeralda, con un escote en V profunda y una falda a capas que dejaba ver la mayor parte de sus perfectas piernas. Se había recogido el cabello en lo alto de la cabeza, de forma que le cayeran unos mechones rizados por el cuello.

Se llevó el auricular al oído y contestó.

–¿Sí?

–Soy Val. Estoy en un atasco en el puente, así que llegaré tarde a tu casa.

Oír su voz la hizo darse cuenta exactamente de lo que estaba haciendo. No estaba a punto de embarcarse en una salvaje fantasía sexual. Estaba planeando seducir a un hombre muy real. Y ella era una mujer muy real también. ¡Una mujer que hacía tanto tiempo que no hacía el amor que seguramente se había olvidado de cómo se hacía!

No podía seguir con aquello. Simplemente no podía. ¿En qué había estado pensando? Aparte de cualquier otra consideración, ese hombre era un playboy. Tal vez él supiera todo lo que había que hacer en la cama, como le había dicho Erica. Pero su orgullo no le permitiría a sí misma dejar que semejante hombre pensara que ella

no era más que una mujer fácil.

Lo que podía hacer perfectamente.

–¿Lucille?

–Sí, estoy aquí.

Por lo menos tendría tiempo para cambiarse de ropa otra vez y ponerse algo menos provocativo.

–Lo siento.

–No se puede evitar. No tenías que haberte molestado en llamar.

–No quería que pensaras que te estaba haciendo esperar a propósito, o que soy un arrogante que no respeta el tiempo de las mujeres.

–No lo habría pensado –dijo ella, aunque sabía muy bien que, seguramente, lo habría hecho.

–Pareces un poco molesta.

–En absoluto. Solo que todavía no estoy lista.

La risa de él le recordó claramente a Lucille por qué se había metido en eso.

–Ahora lo entiendo –dijo él–. A veces me olvido de lo que tardáis en vestiros las mujeres. Sigue entonces, porque quiero que estés lista y esperándome cuando llegue. Me muero literalmente de hambre.

–Creía que siempre cenabas tarde.

–Es que hoy se me ha olvidado almorzar y no había nada en mi nuevo apartamento, salvo café y té.

–Oh, vaya. Debería haberme ocupado de eso.

–Eso fue lo que dijo Erica cuando la llamé para darle las gracias por todo. Pero no te asustes, le dije que esta noche saldría a cenar y que mañana a primera hora te ocuparías de eso.

A Lucille se le aceleró el corazón.

–No le dirías que me ibas a invitar a cenar, ¿verdad?

–No.

–Gracias a Dios.

–¿Por qué?

–¿Por qué, qué?

–¿Por qué no querías que se lo dijera?

Lucille no supo qué decirle.

–Tengo la desagradable sensación –dijo él al cabo de un momento– de que tu falta de respuesta tiene algo que ver con la

pobre opinión que tienes de mí.

Ella no lo negó.

–Bueno, durante la cena hablaremos más en profundidad de eso, cuando no te puedas escapar guardando silencio. Ah, esto se mueve. Puede que no tarde tanto después de todo. Será mejor que te des prisa o cenarás con lo que lleves en este momento. ¿Me atrevería a esperar que sea con lo que naciste?

Lo cierto fue que Lucille terminó yendo a cenar con lo que llevaba puesto porque inmediatamente después llamó Erica para regañarle por no proporcionarle provisiones a Val y después trató de sonsacarle su opinión personal de ese hombre. Para cuando terminaron de hablar, ya era demasiado tarde para cambiarse. Con un poco de suerte Val no sacaría ideas raras de la forma en que iba vestida. Y de todas formas, tampoco iba tan provocativa, teniendo en cuenta cómo iba la gente en la actualidad. Seguro que Val estaba acostumbrado a que las chicas con las que salía llevaran menos ropa encima incluso. Siempre que ella no actuara provocativamente o tratando de ligar, él no tendría ninguna razón para pasarse de la raya.

Lo que sí decidió fue quitarse los pendientes de aro. Mientras lo hacía pensó en cómo su autoestima había caído tan baja como para pensar realmente en arrojarse a los brazos de ese hombre.

Si pudiera rechazar salir a cenar con él sin resultar maleducada, lo haría, pero eso era un poco difícil ahora que llamaban al telefonillo. Debía de ser él.

Lo único que podía hacer era mantener levantadas las defensas y no permitir que él la afectara sexualmente.

–¿Eres tú, Val? –dijo.

–El único y verdadero. ¿Lista para irnos?

–Un momento. Espera ahí.

–Muy bien.

Lucille pensó cambiarse de zapatos, pero su parte rebelde ganó y no lo hizo, aunque seguramente era un error, en vista de la altura de los tacones y de la cantidad de pie que dejaban al descubierto. No eran muy cómodos, pero hacían que sus pies parecieran más bonitos y le mejoraban más aún las perfectas piernas.

Ciertamente, Val pareció pensar eso mismo cuando la vio salir del ascensor desde fuera del portal. La siguió cada paso fijándose

intensamente en sus piernas.

Lucille también lo estaba mirando fijamente, pero él estaba demasiado absorto en sus piernas como para darse cuenta.

Val se había cambiado de ropa también, pero seguía de negro. Pantalones negros de vestir, camisa de seda negra, zapatos y cinturón del mismo color...

Ciertamente, el ama de llaves de su padre lo había obedecido al momento cuando él la llamó poco antes de que se separaran esa tarde para decirle que le enviara sus cosas.

También se había duchado y afeitado. Y también se había peinado. Antes era rudamente atractivo y ahora lo seguía siendo, pero sin esa dureza.

Si no hubiera estado preparada para la respuesta sexual que sintió, se habría mareado, pero logró mantener las defensas en su sitio.

Por otra parte, se dijo a sí misma que los playboys no salían con mujeres normales y corrientes como ella. Sus novias eran supermodelos, ricas herederas, artistas... Estaba claro que aquella era una simple invitación a cenar de un día. Val necesitaba compañía esa noche y ella estaba disponible, eso era todo.

Una conclusión cínica, pero ella era una cínica en lo que se refería a los hombres, y con toda la razón del mundo.

Aun así, a él parecía gustarle realmente lo que estaba viendo. Más que gustarle. Los ojos le brillaban de admiración y la parte femenina de Lucille no pudo dejar de sentirse halagada por ello, pero no estaba dispuesta a dejarse engañar. Al fin y al cabo, se había vestido así para atraerlo.

–Vaya –dijo él mirándola por fin a la cara–. Ahora el resto de ti hace juego con los zapatos.

Lucille sonrió sarcásticamente. Val no tenía ni idea de lo mucho que el resto de ella había hecho juego con los zapatos hacía solo unos minutos. Si hubiera seguido tan excitada como entonces, al verlo así de atractivo se habría derretido a sus pies.

Pero con todo su control, aún se dio cuenta de algunos cambios en su cuerpo que no podía controlar. La piel de gallina, por ejemplo. La tensión de algunas partes de su cuerpo que no habían estado tensas antes. El latir de su corazón....

Pero, por suerte, nada de eso era visible.

–¿Qué ha pasado con la princesa de hielo? –le preguntó él.

–Siempre la acuesto antes de que se ponga el sol.

–¿Y la estricta gobernanta?

Lucille lo miró fríamente a los ojos.

–Sigue aquí, lista y esperando, por si mi acompañante se pasa de la raya.

Val sonrió de nuevo y miró apreciativamente su escote.

–Si a tus citas llevas vestidos como este, supongo que más de uno se pasará de la raya.

–La verdad es que hace tiempo que no salgo.

–Ah, sí, ya me lo dijo Erica esta tarde. ¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros.

–Falta de chispa.

–¿Falta de chispa?

–Eso es.

–¿Significa eso que conmigo sí la hay?

Lucille sonrió.

–Vamos, Val, una chica debería ser miope o tonta para no sentir por lo menos una chispita con un hombre como tú.

–¿Por qué tengo la sensación de que eso es de nuevo una crítica y no un cumplido?

–No tengo ni idea. Tal vez estés paranoico.

Él agitó la cabeza, claramente frustrado.

–Normalmente, no, pero sospecho que podría terminar así estando contigo.

Se dirigieron al taxi que los esperaba mientras ella se sentía un poco culpable. Normalmente no era tan sarcástica con la gente. Pero lo cierto era que le molestaba el encanto fácil de él y lo que le hacía sentir a ella. Maldita sea. ¿Por qué su libido no podía haberse deshelado por un tipo normal y corriente? ¿Por qué tenía que haberlo hecho por un playboy? No habría tenido que resistirse a un tipo normal, podría haberse rendido a lo que quería de verdad sin tener que sentirse desagradablemente débil o repugnantemente barata, o simplemente tonta.

Solo podía esperar que, cuando terminara la noche, no hubiera vuelto a ser la mujer de hacía unos minutos. Porque Michele tenía razón, ella no quería quedarse soltera y sola el resto de su vida. Era demasiado solitario. Demasiado poco natural.

O eso le parecía en ese momento, tan cerca de Val en el asiento trasero del coche. Su masculinidad parecía estar llamándola, haciéndola ser brutalmente consciente de su cuerpo de mujer, sobre todo de esas partes con las que había fantaseado que él tocara, acariciara, besara... Sus senos, vientre, el trasero...

Sus miradas se encontraron y eso la excitó más todavía. Cuando él empezó a inclinarse hacia ella, Lucille pensó que la iba a besar y se dio cuenta de que, si lo hacía, no se lo iba a impedir.

Pero él debió darse cuenta de sus nervios porque no la besó, sino que sonrió y se apartó un poco.

–Lo siento –dijo–. No he querido invadir tu espacio personal. En el futuro, me mantendré más caballerosamente lejos.

Lucille no supo si se sintió aliviada o decepcionada.

Al final, la irritación consigo misma se impuso sobre todo lo demás. ¡Pensar que habría dejado que la besara! ¡Como si nada! Iba a tener que andarse con cuidado en el taxi cuando volvieran de cenar. Y cuando él la acompañara a la puerta. No le iba a ofrecer una taza de café en su casa. Ni nada.

Estar sola con ese hombre podría ser un desastre, sobre todo si bebía algo de vino. Por mucho que hubiera fantaseado al respecto, no había manera de que, a la mañana siguiente se fuera a despertar con él al lado. ¡De eso nada!

Decidida a mantener la cabeza sobre los hombros de ahí en adelante, le ordenó a su cuerpo traidor que se comportara durante el resto de la velada y luego se puso a mirar por la ventanilla del taxi. Cualquier cosa era mejor que mirar al hombre que tenía al lado. Si no quería hacer el ridículo por completo antes de que terminara la velada era mejor que lo mirara lo menos posible.

¿Pero cómo no lo iba a mirar en el restaurante cuando se sentaran el uno delante del otro?

Suspiró y pensó que haber aceptado cenar con él había sido un gran error.

Capítulo 5

EL RESTAURANTE estaba a solo cinco minutos de camino, en una pequeña plaza frente al mar.

Lucille le había pedido que eligiera algún sitio levemente iluminado y discreto, no uno de esos lugares demasiado caros donde se dejaban ver los famosos. Se estremeció ante el pensamiento de poder aparecer en la prensa del corazón como la última amante de Val Seymour.

A pesar de que Val le había jurado que no había estado allí nunca, fue evidente que el maître lo había reconocido. Los condujeron a su mesa en una esquina bastante íntima, donde un biombo los protegía de los demás clientes.

Lucille sonrió cuando recordó lo que le había dicho Michele de que las cenas a la luz de las velas eran lo mejor para poner a tono a una chica. Un hombre como Val no necesitaba de esas cosas para hacerlo. ¡Tenía de todo lo necesario él solo!

–¿De qué te ríes? –le preguntó Val.

–De algo que me dijo una amiga hoy durante el almuerzo.

Val sonrió también.

–¿Puedo preguntarte de qué se trataba?

–Cosas de mujeres.

–Oh, ya veo. Estuvisteis hablando de sexo.

–¿Haría eso una princesa de hielo?

–Creo que sí. Porque eso es lo único que hacen al respecto. Hablar.

–En eso puede que tengas razón –confesó ella.

Él se rio.

–De alguna manera, no creo que ni me haya acercado. ¿Qué prefieres? ¿Tinto o blanco? –le dijo al tiempo que miraba la carta de vinos.

–Me gustan los dos.

–¿Quieres que elija yo el vino? –preguntó Val sorprendido.

–Por supuesto. Estoy segura de que entiendes de vinos. Entre

otras cosas...

Val cerró la carta y la miró exasperado.

–¿Te estás metiendo de nuevo conmigo?

–Solo estaba diciendo la verdad.

–¿Y cuál es?

–Que un hombre de tu experiencia debe tener mucho talento para las cosas... sofisticadas.

–Lo dices como si no aprobaras mi experiencia.

–En absoluto. Yo creo que, en un hombre, la experiencia es algo muy atractivo.

–En ese caso, es mi persona lo que no apruebas.

Lucille no lo negó y él frunció el ceño ante su silencio.

–Yo habría pensado que una mujer tan inteligente como tú no se tragaría toda la basura que escriben sobre mí en la prensa sensacionalista.

Ella casi se rio. Seguramente él no iba a intentar algo tan viejo, ¿verdad?

–¿Me estás diciendo que tú y las mujeres con las que has estado románticamente unido solo erais buenos amigos?

–No. Pero mi querido padre se dedica a menudo a esparcir falsos rumores acerca de mí y de las artistas de nuestros espectáculos porque cree que es bueno para el negocio. A la gente le encantan esa clase de cotilleos.

–Me resulta difícil de creer que todas esas historias acerca de tu tormentosa vida amorosa sean solo invenciones.

–No, por supuesto que no lo son. he tenido relaciones con algunas de ellas a lo largo de los años. Y algunas de ellas bastante tormentosas.

–Y ninguna de ellas duró demasiado –dijo ella secamente.

Val se encogió de hombros.

–Soy un hombre, no un santo. Ni tampoco he sido siempre un caballero. Así que es cierto, me he acostado con unas cuantas de las chicas en cuestión. Pero créeme, ellas siempre sabían donde se estaban metiendo. Ninguna se quedó luego con el corazón roto.

–¿Nunca te enamoraste de ninguna de ellas?

–Posiblemente me enamoré un poco de todas ellas. Eran criaturas pasionales y la pasión es algo que siempre me afecta. Pero no, estar verdaderamente enamorado es algo que todavía no he

tenido el privilegio de experimentar.

Y Lucille sospechaba que aquello no le estaba quitando el sueño.

–¿Y tu padre? –le preguntó.

–¿Qué pasa con él?

–¿Esas historias suyas son también rumores para beneficiar el negocio?

–No quiero hablar de los líos de mi padre. Y ya no quiero seguir pensando en él como mi padre. Cuando termine el espectáculo en que estamos trabajando ahora, se acabó. No tendré nada más que ver con él. ¡He terminado con Producciones Seymour y con Max Seymour en persona!

A Lucille le sorprendió la furia de esas palabras. No le extrañaba que le afectara la pasión, ya que él era un hombre extremadamente apasionado. Se podía ver en su lenguaje corporal. Movía las manos expresivamente mientras hablaba y los ojos le brillaban salvajemente.

Se contuvo con dificultad, pero Lucille temió que la cena estuviera en peligro de estropearse. Y la estaba estropeando ella con su cinismo, cosa que no quería hacer en realidad. A pesar de todo, se lo estaba pasando bien de una forma extrañamente perversa.

–Lo siento –dijo–. No debería haberte preguntado. No es asunto mío ni tampoco tu vida amorosa. Como tú mismo has dicho, esto es solo una invitación a cenar.

Val la miró y luego agitó la cabeza.

–Por lo menos ahora sé por qué no estabas muy entusiasmada por salir conmigo. Crees que soy un seductor sin corazón, como mi padre.

Y era cierto, pero ella decidió no decir nada.

–No soy como él –continuó Val–. Ese hombre debe de tener el corazón de piedra. No tiene conciencia. Lo único que conoce son sus propios deseos egoístas. No le importa a quién le haga daño siempre que su enorme ego salga gratificado. No tenía ni idea de que fuera semejante monstruo hasta este mismo fin de semana.

Lucille no pudo contener su curiosidad.

–¿Y qué hizo?

–¿Que qué hizo? Traicionó una confianza, eso fue lo que hizo.

–¿Cómo?

–Para decirlo en pocas palabras, sedujo a una joven que yo le

presenté sin importarle lo mucho que pudiera dolerme a mí, el hijo al que dice amar.

Así que era eso, pensó ella. Padre e hijo deseaban a la misma mujer, el padre la había conseguido y ahora el hijo se había quedado con el ego lastimado.

¿Qué otra cosa podía ser? El concepto de que Val estuviera enamorado de la tal Flame no le encajaba y, además, él mismo había admitido que nunca había estado enamorado.

Pero aun así no podía dejar de sentir lástima por él. Parecía genuinamente molesto. Dolido y desilusionado. Perder a una novia podía afectarlo un poco, pero perder a su padre debía resultarle duro.

A pesar de no sentirse impresionada por el estilo de vida de padre e hijo, Lucille sabía lo que era que un padre te decepcionara. Ella se había sentido decepcionada por los suyos. Durante su divorcio nunca se habían puesto de su lado, nunca le habían preguntado o tratado de entender lo que le había hecho Roger. Solo la habían juzgado y criticado.

–¿Estás hablando de Flame?

Val la miró fijamente.

–¿Y tú qué sabes de Flame? ¿Es que Erica te ha estado contando cotilleos?

–¡No! Solo me lo he imaginado. Vi una foto suya con tu padre y tú en el suplemento dominical. Había un artículo sobre la obra que estáis produciendo y de su protagonista.

–Había olvidado que ese fin de semana habían sacado esa estúpida historia. Otra de las grandes ideas de Max para darle propaganda a la obra. Me atrevería a decir que los periódicos han usado esa foto a la que te refieres para dar a entender que estábamos teniendo una especie de *ménage à trois*. ¡Pues no era así! Pero sí, estoy hablando de Flame. Aunque ese no es su nombre verdadero, sino Angela.

–Y supongo que Angela era tu novia hasta este último fin de semana, ¿no?

–¿Qué? No. Nada de eso. ¿Es eso lo que pensabas? Maldita sea. Mi padre tiene más de lo que responder de lo que me había imaginado. ¿Cómo explicarte esto sin romper la confianza de alguien? Mira, mi relación con Angela viene de lejos. Ya sabrás que

soy hijo ilegítimo, ¿verdad?

Cuando ella asintió, Val se rio secamente y continuó.

–¿Y quién no lo sabe? Max nunca lo ocultó. También supongo que sabrás que mi madre era brasileña. Una bailarina de club nocturno. Muy hermosa, muy... Impresionante. Estaba especializada en el tango. Un verano en París, mi padre tuvo un breve lío con ella. Él no supo de mi existencia durante doce años. Cuando mi madre supo que se estaba muriendo de cáncer, se puso en contacto con él y le pidió que se hiciera cargo de mí. No creo que pensara que lo fuera a hacer de verdad, pero ella estaba desesperada. Por entonces era muy pobre y ya ni bailaba ni era tan hermosa. No podía trabajar en nada. Vivíamos en Río de Janeiro y ya te digo que éramos tremendamente pobres. Allí no hay seguridad social ni nada parecido, ya sabes.

Lucille no quería seguir oyendo los detalles de la infancia de Val. No quería sentir compasión por él. No quería empezar a comprenderlo. Ya le estaba costando bastante resistirse a él sin todo aquello.

–¿Y qué tiene que ver Angela con esto? –le preguntó.

Val la miró por unos momentos y luego se encogió de hombros.

–La madre de Angela y la mía vivían en la misma casa. Ella y yo éramos como hermanos y yo le tenía mucho cariño cuando éramos pequeños. Cuando mi padre sorprendió a todo el mundo apareciendo y llevándome con él a Australia, yo seguí en contacto con ella por carta, pero no la volví a ver en persona hasta recientemente. Supe de la última estrella del baile en Brasil y fui a ver si podía convencerla para que viniera a Australia. No te puedes imaginar la sorpresa que me llevé cuando Flame resultó ser Angela.

–¿Qué edad tiene ella ahora?

–Veinticinco.

–Ya no es ninguna niña, Val.

–Puede que no. Pero es muchos años más joven que mi padre. Yo pensé que estaría a salvo en mi propia casa, pero me equivocaba. ¡Me he equivocado siempre! Me gustaría matar a ese canalla. Cuando acabe esta obra, me iré del país. No quiero volverlo a ver nunca más.

–¿Por qué no cortas con todo ahora mismo, si lo odias tanto?

–Me gustaría poder hacerlo, pero estoy comprometido con el

espectáculo y no quisiera decepcionar a la gente.

–¿A la gente, Val? ¿O a Angela?

–Hay mucha gente involucrada en esto, pero sí, me preocupa más el futuro de Angela que el de los demás. Si sigo en contacto con ella, tal vez pueda hacerla escapar de las garras de mi padre.

¿Para hacerla caer en las de él?

Lucille lo había creído cuando le dijo que Angela no había sido su novia primero. Pero sospechaba que quería que lo fuera. Solo había que ver la foto de la chica para saber que cualquier hombre caería bajo sus encantos con toda facilidad. Era evidente que Val no había abandonado la idea de tenerla para él. Tal vez fuera esa otra de las razones por las que había querido alquilar un sitio tan impresionante. Para tener algún sitio cercano a donde poder llevarse a Angela entre representaciones.

–Ya veo –dijo ella.

Val entornó los párpados al oír el tono cínico de esas palabras.

–No. No lo ves, Lucille. Pero yo sí. Bien y claramente. En estas circunstancias no tiene ningún sentido continuar con esta conversación o intentar cambiar el concepto que tienes de mí ni de mi carácter. Yo sigo una norma en la vida. Nunca voy ni me quedo donde no se me quiere. Y es por eso por lo que me he marchado de casa de mi padre. Y es por eso también por lo que voy a pedir el vino y a seguir con esta cena.

Capítulo 6

DESPUÉS de eso, la velada acabó de estropearse. Por completo.

Durante la cena, hasta se pusieron a hablar del tiempo, lo que indicaba su estado de ánimo y, para cuando sirvieron los postres, Lucille deseaba estar en cualquier otra parte menos allí. Una cripta tendría un ambiente más cálido que el que había en esa mesa. Val ya no la miraba con admiración, sino con evidente aburrimiento. Se había colocado mental y emocionalmente a una distancia desde la que no mostraba el más mínimo interés en cualquier cosa que ella tuviera que decir.

–¿Quieres té o café? –le preguntó cuando apareció de nuevo el camarero.

Lucille no pudo soportar prolongar más esa tortura.

–No, gracias. Nunca tomo cafeína antes de irme a la cama.

–¿Alguna otra cosa? ¿Un licor? ¿Coñac?

–No, gracias.

–Muy bien. ¿Nos trae la cuenta, por favor?

Cinco minutos más tarde, estaban en un taxi dirigiéndose hacia el norte de Sidney.

–No te molestes en venir al apartamento por la mañana –le dijo él–. Puedo pedir yo mismo que me hagan la compra.

Lucille se sintió peor si era posible.

–¿Qué le diré a Erica si me pregunta?

–Dile que lo hiciste tú. Lo que quieras.

De repente, ella no pudo soportar más su frialdad. ¿O era su indiferencia?

–Por favor, no estés enfadado conmigo, Val.

Él suspiró.

–No lo estoy. De verdad. Estoy más enfadado conmigo mismo. Hasta esta noche no me había dado cuenta del precio que tendría que pagar por elegir por ídolo al hombre equivocado durante mi adolescencia.

–¿Qué quieres decir?

–Nada. No quiero decir nada. Ya hemos llegado. ¿Quieres que te acompañe a la puerta?

–Solo si tú quieres.

–Me gustaría ir más allá de la maldita puerta –murmuró él sonriendo amargamente–. Pero como te dije antes, no voy a donde no se me quiere.

Ella lo miró fijamente. Podía mandarlo a paseo o aceptar lo que le estaba ofreciendo sutilmente. La elección era completamente suya.

Su mente intentó desesperadamente encontrar el equilibrio entre su orgullo y el deseo físico que sentía por ese hombre. Sabía que, si tenía sexo con Val, se arrepentiría por la mañana. Pero si no lo tenía, le daba la extraña sensación de que lo haría durante el resto de su vida.

Tal vez nunca volviera a sentir nada parecido. Tal vez Val era lo que necesitaba para dejar de ser la princesa de hielo de una vez por todas. Erica le había dicho eso mismo y ella debería saberlo bien, ya que le había pasado lo mismo.

Lo único que tenía que hacer era recordar que se trataba solo de sexo. Nada más.

–¿Quieres subir a tomarte un café? –le preguntó.

Él la miró como sorprendido.

–Creía que me habías dicho que no tomabas cafeína antes de acostarte.

–Eso es solo cuando tengo pensado dormir.

Val la miró incluso más fijamente y luego agitó la cabeza.

–Maldita sea. Eres una chica muy compleja.

–¿No lo somos todos?

–Algunos más que otros.

–Bueno, ¿vienes o no?

–Querida, no me lo vas a tener que preguntar dos veces.

Pagó el taxi y luego salió de él a una velocidad casi indecente.

Realmente, no le dio mucho tiempo para pensárselo dos veces, ya que casi fueron corriendo hasta el portal de Lucille. A ella el corazón le latía a toda velocidad y notaba un calor evidente en todas las zonas erógenas de su cuerpo.

Una vez en la puerta, sacó la llave del bolso y él la tomó y la hizo pasar primero, cosa que ella agradeció, ya que se sentía

incapaz de hacer nada que requiriera algo de coordinación. Solo podía caminar, y meter una llave en la cerradura le parecía algo tremendamente difícil para su estado mental. En lo único en lo que podía pensar era en Val y en cuándo la estaría besando y desnudando.

Se estremeció violentamente.

–¿Tienes frío, querida? No te preocupes. Te voy a calentar enseguida.

Lucille pensó en la confianza que tenía ese hombre, en lo sexualmente seguro que estaba. Mientras que ella...

¿Qué clase de amante era ella?

Pensó que buena, en su momento.

Ciertamente, ninguno de los novios que había tenido antes de Roger se habían quejado nunca. Pero habían sido solo unos niños. Roger tampoco se había quejado. Más aún, al principio parecía fascinado por la tendencia de ella a dejarse llevar por la pasión cuando hacían el amor. Al principio, no parecía tener suficiente de ella nunca.

Sí, Roger había parecido más que contento con su naturaleza apasionada. Hasta que se casaron. Luego, todo había empezado a cambiar, tanto en la cama como fuera de ella.

Una vez en el ascensor, él le preguntó el piso, que era el primero, y apretó el botón.

–¿En qué estabas pensando? –le preguntó Val.

–En nada importante.

–Me ha parecido que no era agradable.

–En mi ex marido.

–Entonces no pienses en él. No pienses en nada. Solo bésame.

–¿Besarte? ¿Aquí?

Cuando el ascensor se detuvo, él impidió abrirse las puertas.

–No voy a salir de este ascensor hasta que no me beses –insistió él.

Lucille trató de parecer tranquila a pesar de lo aceleradamente que le latía el corazón.

–¿Te gusta besar en los ascensores?

–Me gustas tú. Y no puedo esperar ni un momento más.

–Si crees que voy a hacerlo en un ascensor, ya pues esperar.

–No te pongas de nuevo en plan princesa de hielo, querida.

Prefiero la mujer oculta que no dejo de vislumbrar, aquella cuyos impresionantes ojos verdes no dejan de decirme algo muy distinto.

–¿Impresionantes?

–No tienes ni idea. A veces esos ojos tuyos son tan calientes que me queman por dentro.

Avergonzada, Lucille se ruborizó. No sabía que se le notara tanto el deseo.

–Yo... No me había dado cuenta...

–Ya lo sé. Y es eso lo que te hace tan intrigante.

–No hay nada intrigante en mí –respondió ella agitando la cabeza.

–En eso te equivocas. Eres muy intrigante. Pero no estoy dispuesto a jugar a las preguntas contigo en este momento. Lo único que quiero es que me beses.

Y ella también lo quería. Lo quería de verdad. Pero no podía tomar la iniciativa. Había pasado mucho tiempo y se sentía tan insegura...

–No... No puedo. No puedo. La verdad es, Val, que nunca he hecho algo como esto y tengo miedo.

–¿Que no has hecho qué antes? –le preguntó él frunciendo el ceño.

–Tener aventuras de una noche. No he tenido nada de sexo desde que dejé a mi marido.

–¿Y cuándo fue eso?

–Hace casi dos años.

–¡Cielo santo!

–Ya lo sé. No es natural.

–Poco habitual, tal vez, pero tú no tienes nada de poco natural. Eres toda mujer. Aun así, dadas las circunstancias, está claro que no quieres hacer el amor en un ascensor, así que creo que deberíamos entrar en la intimidad de tu casa, ¿no te parece?

Salieron del ascensor y se dirigieron a la puerta de su casa, que también abrió Val y estuvieron dentro antes de que ella se diera cuenta. Una vez allí, él la tomó en sus brazos y la besó como no lo había hecho ningún hombre antes.

Lucille se había imaginado que Val sería un amante apasionado, pero semejante pasión nunca le habría pasado por la cabeza.

No solo la besó con los labios y la lengua. Fue toda una

experiencia corporal. Las manos de él estaban en todas partes, acariciándola, presionándola, obligándola a sentir cada centímetro de su formidable excitación.

Por unos segundos, ella se dejó llevar por ese ardor, gimiendo y disfrutando de la sensación de ser tan deseada. Pero entonces, ese fuego interior del que él le había hablado, estalló por completo y, de repente, ser solo una parte pasiva no fue suficiente.

El bolso se le cayó de entre los dedos y le rodeó el cuello con los brazos, apretándose más todavía contra él. Val gimió e hizo que apoyara la espalda en la pared. Entonces, instintivamente, ella metió una de las piernas entre las suyas, acariciándolo con el muslo.

–Tranquila –dijo él–. Tranquila.

–No –gritó ella desesperada por el deseo–. No quiero tranquilizarme. Te deseo. Por favor, Val. Por favor...

–Lo siento –gimió él.

Entonces, se apartó y ella dejó caer los brazos como muertos. Se sentía como un alma perdida en el limbo. No, no en el limbo. En el infierno. Estaba en el infierno.

Lo miró con ojos dolidos.

–¿Por qué has parado?

–¿Tú por qué piensas?

–No quiero pensar.

–Ya lo veo. Puedo ver muchas cosas ahora. Tú necesitas un hombre desesperadamente. Muchos hombres se habrían aprovechado de esto. Pero yo no soy tan canalla.

–No –dijo ella agitando los ojos–. No lo entiendes. No quiero a cualquier hombre, Val. Te deseo a ti. Y solo a ti.

–¿Solo a mí?

Ella asintió y le dijo con la lengua espesa:

–Ningún hombre me ha hecho sentir como me has hecho sentir tú hoy.

–Pues, ciertamente, no lo has demostrado.

–¿Por qué te crees que he accedido a salir contigo esta noche a pesar de conocer tu reputación con las mujeres?

–¿Es que es tan mala?

–Para mí sí. Eres un playboy, Val. Y los playboys no son mis hombres preferidos precisamente. Tratáis a las mujeres como si fueran juguetes. Cuando os aburrís de una, simplemente os

conseguís otra.

–Ese es un punto de vista muy cínico, Lucille.

–Es que soy una mujer muy cínica.

–Sí, yo también estoy empezando a darme cuenta de ello. Ese ex marido tuyo debió hacerte mucho daño. Pero eso no es excusa para que metas a todos los hombres en el mismo saco y no confíes en ninguno.

–Y no lo hago. Me pasa solo con un cierto tipo de hombres.

–¿Y yo soy de esos?

–Sí.

–¿Tú crees que trato a las mujeres como juguetes?

–Sí.

–Bueno, pues no estoy de acuerdo. Yo las trato muy bien. Me encantan las mujeres. Creo que superan en todo a los hombres. Son más agradables y más sinceras. Son mejor compañía, mejores conversadoras... En mi opinión, repito, son mejores en todo. Yo siempre preferiría pasar una velada con una mujer que con un hombre, en cualquier momento.

Lucille sonrió.

–Y no lo dudo, Val. Pero cualquier mujer atractiva podría valer. Para ti no somos individuos realmente. Solo compañeras de juego temporales y descartables.

–Lo que, en esta ocasión, te viene bien a ti, ¿no?

Lucille se tensó bajo la fija mirada de él.

–Sí –dijo ella–. Lo único que quiero es que hagas el amor conmigo.

Val agitó la cabeza.

–Oh, no. El amor no tiene nada que ver con lo que quieres que te haga.

Lucille se estremeció ante su brutal sinceridad, que la irritó. ¿Quién era él para juzgarla? Un hombre que seguramente habría tenido más aventuras de una noche que donuts se había comido ella en toda su vida...

–De acuerdo –dijo ella y usó luego a continuación unas palabras muy poco apropiadas para una dama.

Val la miró pasmado.

–Bueno, eso no debería ser difícil. Llevo queriendo hacerlo desde que te vi en casa de Erica. Pero tenemos un problema. No suelo

llevar protección cuando salgo a cenar. ¿Qué sugieres que hagamos al respecto?

–Yo tengo preservativos.

Él levantó las cejas extrañado.

–Creía que dijiste que no habías hecho esto nunca antes.

–Compré una caja cuando decidí tener una aventura después de mi divorcio. Sigue intacta en un cajón del cuarto de baño.

–¿Cuántos?

–No lo sé. Media docena, creo.

–Entonces habrá que conformarse con eso, supongo –dijo él y empezó a desabrocharse la camisa.

Lucille lo miró sin decir nada y tragó saliva cuando terminó de quitársela.

–¿Te gusta lo que ves, querida? –le preguntó él con las manos ya en el cinturón.

Él tenía un cuerpo perfecto, anchos hombros, cintura estrecha y caderas igual de estrechas. Parecía muy en forma, con el vientre plano y duro, los músculos bien definidos. Un vello oscuro le cubría el pecho, pero no lo suficiente como para ocultarle los pezones.

Lo miró a la cara y no supo si estaba excitado. O enfadado. O las dos cosas.

Pero no le importaba siempre que hiciera lo que ella quería. De repente, se le quitó toda la vergüenza y sintió un ardiente deseo de sentir su piel con las manos.

–Sí –dijo–. Me gusta lo que veo.

–Entonces, ve por los preservativos, querida. Solo tenemos el resto de la noche.

Capítulo 7

ME ALEGRA que hayas podido salir pronto esta tarde para venirte de compras conmigo –dijo Michele mientras miraban las estanterías de una boutique–. Normalmente estás muy ocupada los viernes. Vamos. Ayúdame a echar un vistazo, Lucille. No te quedes ahí soñando despierta. Yo solo tengo que comprarme un vestido nuevo. Los padres de Tyler van a dar una fiesta para su hija y el novio de esta mañana por la noche, y ya me han visto con todos los vestidos que tengo.

Lucille suspiró y trató de pensar en ayudar a Michele a encontrar algo. Pero no tenía la cabeza para eso. Ni el corazón. Desde hacía una semana. Desde...

Oh, Cielos, no podía soportar pensar de nuevo en ello. La humillación de ese martes por la mañana, cuando se despertó y se encontró con Val a su lado en la cama. Luego la vergüenza de recordarlo todo lo que habían hecho esa noche. ¿Había alguna posición que no hubieran experimentado? Solo el agotamiento había detenido ese maratón sexual.

Había querido huir antes de que se despertara, ¿pero cómo podía hacerlo? Estaban en su casa. Y había sido ella la que había querido acostarse con él.

Al final, lo había despertado con una taza de café humeante y le había pedido educadamente que se marchara a su casa, ya que ella se tenía que ir a trabajar. Luego, antes de que Val pudiera decir nada, le había dado las gracias por entender que necesitaba un poco de intimidad y le dijo que no tratara de ponerse en contacto con ella nunca más.

Nunca olvidaría la forma en que él la miró en ese momento. La sorpresa que vio en sus ojos. Y luego la ira.

Val había tratado de discutir con ella, insistiendo en que quería volver a verla. Pero ella había permanecido firme, sabiendo que, si lo volvía a ver, sería su ruina. No estaba dispuesta a hacerse una adicta a tener sexo con un incorregible seductor, por mucho que le

hubiera gustado lo de esa noche. Al final, él hizo lo que le pedía y se marchó dando un portazo.

Pero no verlo no había hecho que lo olvidara. ¿Cómo podía hacerlo cuando todo en su casa le recordaba a Val, y no solo la cama? Había sido un amante muy imaginativo y no se había conformado con el dormitorio para sus actividades sexuales. En la cocina, se había producido un encuentro muy interesante también. Y, naturalmente, en la ducha. El recuerdo más significativo de ese frenesí era la caja vacía de preservativos que quedó abandonada sobre la mesilla como mudo testigo de lo que había pasado. Lucille no había conocido nunca a un hombre que pudiera hacer el amor tantas veces en una sola noche.

Pero él sí que había podido. Oh, sí...

Y ella había disfrutado como nunca cada vez que lo habían hecho.

–¿Qué opinas de este? ¿Te parece que me sienta bien el color?

Lucille dejó de pensar en esa noche de desenfreno y volvió a la realidad. Michele estaba mostrándole un vestido rosa que dejaría ver mucho de su esbelta figura y que le sentaría muy bien con su cabello castaño oscuro.

–Perfecto. Pero pruébatelo a ver si te queda bien.

Y le quedaba perfectamente.

–Estás preciosa –le dijo y su amiga sonrió.

–¿Crees que le gustará a Tyler?

–No podrá esperar a quitártelo. Eso es si puede hacerlo. Parece como si lo llevaras pegado.

Michele se rio.

–Eso no me preocupa. Tyler me lo quitaría con los dientes si tuviera que hacerlo. Es un maestro desnudándome.

Lucille deseó que no hubiera dicho eso. Val había sido más que un maestro desnudándola a ella, haciéndolo lentamente y de forma que fuera la tortura más exquisita que ella había conocido en su vida. Durante el rato que tardó en hacerlo, ella llegó realmente a alcanzar un clímax que él le produjo solo con sus hábiles dedos, pero que no la había dejado satisfecha, solo ansiando más.

Y era ese más lo que estaba teniendo problemas para olvidar. Sobre todo su primera y poderosa penetración, que la había catapultado directamente a otro éxtasis, mucho más impresionante

y del cual, realmente, todavía no se había recuperado. Val había recorrido su cuerpo con las manos y la boca, sin dejarla bajar nunca del altamente sensibilizado estado en que la había puesto. Mientras él descansaba después de cada vez, la mantenía a ella en tensión, húmeda y caliente, gritando por ser penetrada otra vez.

Incluso después de todo eso, ella no había encontrado una paz física real. Al día siguiente, había tenido dolorosamente endurecidos los pezones durante todo el día. Y el resto de ella... Estuvo dolorida durante los dos días siguientes, otra razón por la que no se había podido quitar de la mente a ese hombre.

El día anterior, se había visto tentada de llamarlo un par de veces. Incluso había apuntado su número en la agenda. Pero no lo había hecho, su orgullo no se lo había permitido.

Con un poco de suerte se le pasaría pronto, aunque hasta ese momento no había mostrado señales de que lo fuera a hacer. No dormía bien y estaba empezando a distraerse en el trabajo, se ponía a pensar en cosas eróticas sin ninguna razón aparente.

Por suerte, no había mucho trabajo en esa época del año. No había muchas empresas que se dedicaran a mandar al otro lado del mundo a sus empleados con sus familias en navidades.

Y era por eso por lo que tenía tiempo libre esa tarde.

–Ese vestido de ahí te sentaría fantásticamente a ti, Lucille.

–¿Qué? ¿Cuál?

–El del maniquí de la esquina.

Lucille lo miró. Era rojo, con mangas cortas y un amplio escote, llamativo tanto por el color como por el estilo y tenía una raja aún más llamativa en un lateral que llegaba hasta la parte de arriba de la cadera.

Tal vez fuera por la forma en que estaba trabajando su mente en ese momento o la postura del maniquí, pero pensó inmediatamente en Flame vestida con eso. Era como para bailar el tango.

–Creo que es un poco llamativo para mí –dijo.

Deseó no haber pensado en Flame. O Angela. O como se llamara esa estúpida. ¡Porque había que ser estúpida para preferir a Max Seymour en vez de a su hijo!

–¡Tonterías! Tienes la figura necesaria para hacer que ese vestido cobre vida. ¡Y piensa en los zapatos que te puedes poner con él!

–¿Pero cuándo me lo podría poner?

–¿Qué tal en la fiesta que da tu jefa por Navidad? Todo el mundo irá con lo mejor que tenga. ¿Y qué mejor para una fiesta de Navidad que el rojo? Oh, vamos, Lucille, pruébatelo.

Lucille miró primero el precio.

–Es un Orsini. Y demasiado caro.

–No, no lo es. Te lo voy a regalar yo.

–¡De eso nada!

–Sí, lo voy a hacer. Tú me regalaste a mí un vestido de Orsini no hace mucho.

–Sí, pero lo compré en rebajas y ya no me valía.

–Eso es irrelevante. Me lo regalaste sin pensártelo dos veces, así que yo te voy a regalar este a ti. No discutas, Lucille, tengo dinero. Tyler me da tanto para mis gastos mensuales que no me lo podría gastar aunque lo intentara.

Luego llamó a la dependienta, tomaron el vestido y se fueron a los probadores.

Lucille tenía que confesar que el vestido era espectacular y se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, un cuerpo de mujer que le había encantado a Val y no había dejado de alabarlo.

–Estoy engordando –le había dicho cuando se vio desnuda en el espejo de su habitación.

–Querida, nada de eso –había respondido él–. Tienes una figura fantástica. En la actualidad la mayoría de las mujeres están demasiado delgadas. A los hombres nos gusta tener donde agarrarnos. ¿No sabes que, en algunos países, para los hombres es un signo de riqueza el tener esposas gordas? Eso demuestra que tienen dinero para alimentarlas. Las curvas lujuriosas son consideradas muy atractivas. Y tienen mucha razón.

Cuando le dijo todo eso, la había hecho volverse hacia el espejo y había recorrido con los dedos todo su cuerpo, haciéndola sentirse hermosa, adorada y tan sexy...

–¡Oh, Lucille! –exclamó Michele cuando salió del probador–. ¡Es justo para ti! Ya lo sabía yo. Qué pena que no tengas un hombre por el que llevarlo.

Lucille pensó también que sí que era una lástima no llevarlo por Val. Aunque por él, también le habría gustado no llevar nada.

Hizo una mueca ante ese pensamiento. Se estaba pasando de la

raya.

–De todas formas, si vas a alguna parte con ese vestido, no estarás sola por mucho tiempo –le estaba diciendo Michele.

Entonces, sonó el teléfono móvil de Lucille.

–Espero que no sea de tu oficina –dijo Michele.

–Seguro que lo es.

¿Quién más la iba a llamar al móvil a las cuatro de una tarde de viernes?

–Lucille Jordan –dijo.

–Lucille, soy Val.

El estómago se le revolvió. ¿Es que ese hombre tenía telepatía y sabía que no había dejado de pensar en él?

–No puedo dejar de pensar en ti –dijo él antes de que ella pudiera articular palabra.

Michele la estaba mirando con cara de curiosidad y no podía hablar claramente.

–Oh, sí, señor Valentino –dijo Lucille utilizando el primer nombre que se le ocurrió–. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Estuvo todo a su entera satisfacción el otro día?

Se produjo un silencio momentáneo al otro lado, pero luego oyó la risa de él.

–Así que es eso, ¿verdad? ¿Estás con alguien y no puedes hablar? O mejor, no quieres hablar. Ni siquiera has usado mi apellido, aunque sí mi nombre, ya que Val viene de Valentino. El nombre de ese gran amante, seguro que ya lo sabías.

–No, no lo sabía –respondió ella y pensó que era muy apropiado.

–Por lo menos no me has colgado, y ya es un principio. Para responder a tu pregunta, el otro día todo fue más que satisfactorio. Ya te dije que la pasión me afecta siempre y tú eres una mujer muy apasionada. Más que apasionada, eres... Incandescente, cuando quieres. Es por eso por lo que he descubierto que no puedo dejar las cosas solo como una aventura de una noche. He de tener más de ti, cariño. ¿Te gusta que te llame «cariño»?

Oh, Cielos. Él no tenía ni idea de los escalofríos que estaba sintiendo. La hacía derretirse por dentro.

¿Qué había querido decir él con eso de incandescente?

Apartó la cara para que Michele no la pudiera ver y él continuó hablando.

–A mí me encanta. Sobre todo cuando la princesa de hielo no me puede abofetear o decirme que me calle. Tienes que permanecer educada y decir las cosas correctas, mi querida Lucille. Y decirme que estarás esta noche conmigo. Aquí. En mi casa esta vez. Si no lo haces, tendré que ir y acampar delante de la tuya como un amante antiguo. ¿Te gustaría que lo hiciera?

Lucille tragó saliva. ¿Qué se le podía decir a semejante hombre?

–Sé que me sigues deseando –continuó él–. Lo puedo sentir en tu silencio. Lo oigo en tu respiración.

–Lo siento, señor Valentino, pero...

–Soy muy consciente de que no quieres ser vista en público con un playboy. Pero no te estoy pidiendo eso, ¿verdad? Esta será una cita muy privada. Cenaremos en mi casa y pasaremos la noche tomando champán y teniendo la más gloriosa sesión de sexo del mundo. ¿Qué más puedes pedir? Nadie lo sabrá. Yo seré tu juguete erótico secreto y tú serás el mío. Así que, ¿qué me dices, mi querida Lucille? ¿Tienes el valor suficiente para tomar algo de lo que quieres? ¿O no te atreves?

–Mis disculpas, señor Valentino –dijo ella tratando de calmarse–. Pero no lo puedo dejar todo en este momento, estoy muy ocupada. Y nunca voy al centro en hora punta. Pero me pasaré por allí esta tarde con todo lo que desea. ¿Le parece bien a las ocho?

Ella no estuvo segura de lo que significaba esa vez su silencio. ¿Sorpresa por ese éxito tan rápido?

–No te arrepentirás –dijo él por fin con voz llena de pasión.

–Ya lo estoy haciendo –murmuró ella cuando cerró la comunicación.

Al levantar la mirada vio a Michele frunciendo el ceño.

–¿Es señor Valentino es un cliente? –le preguntó su amiga.

–Sí. Lo instalé en un bonito apartamento en Darling Harbour el lunes por la tarde.

–¿Y qué es lo que quiere que tienes que llevárselo en persona un viernes por la noche?

Lucille pensó que se merecía un Óscar por no ruborizarse.

–Nuestra empresa siempre proporciona a los clientes extranjeros una guía con los mejores restaurantes y puntos de interés para los turistas, además de las particularidades del idioma en Australia y la cocina local. El lunes se me olvidó dársela y le prometí pasarme

esta semana, pero aún no lo he hecho, y creo que está un poco molesto. Así que será mejor que lo haga o se quejará a la gran jefa. Resulta que es un viejo amigo suyo.

–¿Cómo de viejo?

Lucille pensó que ya estaba bien de preguntas.

–Por Dios, Michele, ¿no estarás jugando de nuevo a la celestina?

–Solo es que tiene un nombre italiano y ya habíamos decidido que tú ibas a intentar conquistar a un extranjero. ¿No te gusta nada ese señor Valentino?

–Es el último hombre del mundo con el que pensaría tener una relación.

Sexo, sí, ¿pero una relación? No.

–¿Demasiado viejo?

–No es una cuestión de edad.

–¿Demasiado feo?

–No es feo en absoluto.

–¿Qué entonces? ¿Ni una tenue chispita?

–No.

Más bien eran fuegos artificiales, pensó Lucille.

–Bueno, si tú lo dices... Pero no creas que me voy a dar por vencida. Estoy decidida a encontrarte un novio para navidades. Solo piensa si no sería magnifico llevarte a casa a un tipo atractivo en Navidad y darle a tu familia una bonita sorpresa.

Lucille trató de imaginarse lo que sucedería si se presentaba en la clásica barbacoa familiar el día de Navidad con Val Seymour del brazo.

Le parecía una escena demasiado imposible como para pensarla y, dado que eso no iba a suceder nunca, ¿por qué molestarse?

Lo que sí que iba a suceder era que iba a ir a casa de Val esa noche, donde él se iba a pasar la noche entera volviéndola loca de placer. Y luego, por la mañana, con un poco de suerte, se podría olvidar de él de una vez por todas. Y viceversa.

Pero todavía no lo había hecho, pensó cuando metió de nuevo el teléfono en el bolso.

–Será mejor que vaya a quitarme este vestido. Luego, he de marcharme, Michele. Tengo que pasarme por la oficina a recoger la guía antes de que Jody cierre para el fin de semana.

Lo que realmente iba a hacer era salir de allí y marcharse a su

casa. No podía seguir aparentando estar normal cuando estaba en tensión.

–Solo estás tratando de que no te regale este vestido –afirmó Michele–. Pero no va a funcionar. Lo pagaré después de que te hayas ido y te lo daré el lunes a la hora del almuerzo.

–Eres un encanto, Michele –dijo ella y le dio un beso en la mejilla–. Muchas gracias.

–Solo prométeme que te lo pondrás para ir a algún sitio antes de Navidad.

–Te lo prometo. Hasta luego, Michele, que tengas un buen fin de semana.

–Y tú también. Y no hagas nada que yo no haría.

Mientras salía de la tienda, Lucille pensó que ya era demasiado tarde. Ya lo había hecho.

Capítulo 8

ESA tarde, a las ocho menos cinco, Lucille salió de un taxi delante de la casa de Val. Estaba demasiado nerviosa y distraída como para haber ido conduciendo.

Pero por la imagen que vio reflejada en las puertas de cristal, no lo parecía en absoluto. El vestido negro que llevaba era más bonito que sexy, aunque la falda era bastante ceñida y corta y la chaqueta abrochada en la cintura, acentuaba la forma de reloj de arena de su cuerpo. Llevaba el rubio cabello recogido en un moño y lo único que llevaba de joyería era su reloj de oro.

Se acercó a la mesa de recepción de la planta baja. El hombre que estaba tras ella le dio las buenas noches y le preguntó a dónde iba.

–A casa del señor Seymour, en el primero A. Me está esperando –respondió ella seriamente.

–Tendré que llamar para comprobarlo, señora. ¿Su nombre, por favor?

–Lucille Jordan, de Move Smooth.

Lucille esperó que al añadir el nombre de la empresa el hombre no sospechara que se trataba de una visita particular o de que ella fuera una profesional a la que Val hubiera llamado para pasar la noche.

Cuando el hombre terminó de hablar con Val en voz baja, le sonrió y dijo:

–Aquí tiene su pase temporal para utilizar el ascensor. Cuando se marche, ¿podría dejarlo aquí de nuevo, por favor? Si no estoy yo, al que esté en ese momento. Yo libro a las cuatro.

–Gracias.

A Lucille no le gustó que ese hombre no esperara que se fuera hasta el amanecer. ¿Qué le había dicho Val?

Pero eso no lo supo nunca, ya que Val la hizo olvidarse de todo nada más abrir la puerta de su casa. La recorrió de arriba abajo con la mirada, deteniéndose en todo, especialmente en sus zapatos y el

maletín.

Él no iba de negro ese día, sino de gris. Unos pantalones de un gris oscuro y camisa clara abierta en el cuello, estaba recién duchado, pero seguía teniendo la barba de varios días.

–¿Y qué viene a venderme hoy, señorita Jordan? –bromeó.

–Esperaba interesarlo en un nuevo tipo de protección personal –dijo ella siguiéndole la broma.

–Los vendedores puerta a puerta son en la actualidad mucho más atractivos de lo que solían ser antes. Pase, señorita Jordan, me interesa lo que me pueda contar. ¿O prefiere hacerme una demostración de sus productos?

–Oh, no, las princesas de hielo no hacemos demostraciones. Solo nos gusta hablar.

Él cerró entonces la puerta de golpe y, con el susto, a ella se le cayó el maletín al suelo. Entonces, Val la hizo apoyarse contra la puerta cerrada y la besó profundamente.

Pronto no fue solo su lengua la que la exploró, sino también sus manos, esas manos sensuales y hábiles que la otra noche habían tardado tanto en desnudarla.

Pero esa noche no lo hicieron. Le había quitado la chaqueta en nada de tiempo y luego le bajó el body hasta la cintura, dejándola parcialmente desnuda y con los brazos sujetos a los costados por los tirantes.

Entonces, él levantó la cabeza repentinamente, devolviéndola a la realidad en la que se encontraba, semidesnuda, con la espalda apoyada contra la puerta.

Supuso que podía haber hecho algo, haberse tapado, pero no lo hizo, por supuesto. La verdad era que le gustaba mostrarse a él. Era excitante hacer como si no se pudiera mover para taparse los senos desnudos, que de alguna manera era una cautiva de ese macho agresivo.

Le encantaba la forma en que él la estaba mirando y la cabeza empezó a darle vueltas a sus oscuros deseos, la tensión sexual que llevaba sintiendo toda la semana alcanzó nuevas alturas. Pensó que, si él no hacía algo pronto, se volvería loca.

Y él lo hizo. La tocó. Su mano derecha le rozó los endurecidos pezones. Ella gimió y deseó que lo volviera a hacer, cosa que hizo mientras veía cómo sus ojos se dilataban y su respiración se

aceleraba.

–Oh –gimió ella cuando Val le abarcó ambos senos en las manos a la vez–. Para. Para.

Val le hizo caso y Lucille protestó.

–No pares ahora.

La miró a los ojos y ella añadió:

–Por favor, Val. Por favor...

Los siguientes momentos pasaron como en un destello. En un momento dado, ella estaba apoyada contra la puerta y, al siguiente, de espaldas sobre una mesa cercana, agarrándose a las esquinas y mirando con ojos muy abiertos al espejo que había en la pared.

Val estaba tras ella, peleando frenéticamente con sus ropas. Tenía ya la falda y el body subidos hasta la cintura, dejando accesible su cuerpo al de él.

Entonces abrió más aún los ojos cuando se dio cuenta de lo que iba a hacer él, pero no dijo nada para impedirlo, ya que era eso lo que ella quería también. Tenerlo dentro. Cada músculo y terminación nerviosa que tenía ya se estaban tensando anticipándose a su penetración.

Val se detuvo lo suficiente solo para colocarse un preservativo y luego ella gimió cuando lo sintió introduciéndose en su interior y otra vez más cuando empezó a moverse agarrándola fuertemente por las caderas. Sus empujones la hacían moverse adelante y atrás y los pezones endurecidos rozaban los duros músculos de su cuerpo.

Lucille nunca había experimentado nada parecido. Verse a sí misma en el espejo añadía una insospechada sensualidad a aquello.

Todo era terriblemente decadente, ¡pero más excitante que nada de lo que había hecho en su vida!

También le gustaba ver a Val. La forma casi hipnótica con que miraba lo que estaba haciendo. Lucille, incapaz de mirar tan abajo en el espejo, dejó que fuera su calenturienta imaginación la que viera sus nalgas desnudas, tensas y estremeciéndose bajo el poderoso y primitivo ritmo de Val.

Sus entrañas se contrajeron ante ese pensamiento y él gritó, echando atrás la cabeza cuando alcanzó la culminación. Ella la alcanzó también, repentinamente, y se agarró al borde de la mesa aún más fuertemente, por temor a que sus cuerpos se fueran a separar, algo que no podía soportar. Lo deseaba dentro de ella,

profundamente dentro. No, lo necesitaba allí dentro.

Se le escapó un gemido cuando terminaron los espasmos.

–Está bien, cariño –dijo él.

Luego la hizo soltarse de la mesa y la incorporó con cuidado. Poco después el ritmo de su respiración se hizo regular.

–¿Estás mejor ahora? –le preguntó él mientras la besaba en el cuello.

Lucille se estremeció bajo esos leves besos, sorprendida de que él siguiera bastante duro en su interior y se sorprendió más aún cuando el corazón empezó a acelerársele de nuevo. Eso mismo era lo que él había hecho la otra noche. Nada más terminar un episodio, había empezado con otro.

–Fantástico –murmuró él–. Simplemente fantástico. ¿No crees que deberíamos seguir así para siempre? Incluso nos podrían cubrir de bronce para hacer una estatua. Nos pondrían en algún parque y vendrían a vernos amantes de todo el mundo.

Ella tembló entonces incontrolablemente.

–Ya sé que eso no significa que tengas frío –susurró él–. Nunca en mi vida he conocido a una mujer tan caliente como tú.

–Por favor, para, Val –dijo ella sin hacer nada por separarse–. Yo... No creo que pueda soportar más de esto por el momento.

Ya estaba empezando a sentirlo de nuevo a él. Lo que solo podía significar que estaba poniéndose completamente erecto de nuevo. ¡Ese hombre era una máquina!

–Es una pena –murmuró Val y salió de ella lentamente.

Lucille se mordió la lengua para no decirle que había cambiado de opinión y que lo quería de nuevo dentro de ella, que quería que hicieran el amor hasta morir de agotamiento.

–Me produces cosas, querida Lucille, que no me han pasado desde que era un jovenzuelo de veinte años. Hay una cena deliciosa esperándonos, y una botella de champán en su cubitera de hielo. Pero necesito unos momentos en privado para ponerme decente antes de cenar. Mientras tanto, tú también puedes adecentarte. No creo que pudiera soportar sentarme a la mesa contigo tan... estimulante delante de mí.

Mientras ella lo hacía, pensó que estaba corriendo un riesgo muy serio de hacerse una adicta a la forma de hacer el amor de Val. Aunque el amor no tuviera nada que ver con aquello.

Se dijo a sí misma que tenía que recordar que él era solo un cuerpo masculino del que estaba disfrutando, lo mismo que él estaba disfrutando del suyo.

Val solo tuvo que mirarla un momento cuando salió del baño para darse cuenta del cambio mental que había experimentado ella.

–Oh, no –dijo–. Ya ha anochecido y recuerda que me dijiste que era a esa hora a la que acostabas a la princesa de hielo. Te dejo sola un minuto y todo el trabajo que me he tomado se echa a perder.

–Los leopardos no cambian sus manchas, Val. Yo soy como soy, lo mismo que tú.

–Ah, sí, me olvidaba de que soy un seductor. ¿Pero tú qué eres, Lucille? ¿O es que no te atreves a pensar en eso?

Ella se encogió de hombros con un poco de sentimiento de culpa.

–Soy una mujer normal, con necesidades normales. Pero también soy una mujer divorciada que no tiene ninguna intención de volver a poner su vida ni su felicidad en las manos de un hombre. Fue por eso por lo que intenté que lo del lunes por la noche no fuera más que una aventura pasajera. Porque tú eres un amante muy experimentado y hábil, Val, y yo temía poder hacer algo estúpido, como enamorarme de ti.

–Que el cielo te perdone si hubieras hecho algo tan estúpido.

–Por Dios, no te tenía por un hombre tan sensible. No me quiero enamorar de ningún hombre, no solo de ti. Pero desde entonces he tenido tiempo para pensar y me he dado cuenta de que mis temores de enamorarme de ti estaban infundados. Quiero decir que me gustas mucho, Val, pero el amor es algo completamente diferente. Solo estaba confundida por lo bien que me lo había pasado cuando me acosté contigo. Nunca antes había disfrutado tanto con un hombre del que no estuviera enamorada. Tardé un poco en acostumbrarme al hecho de que puedo tener semejantes sensaciones físicas sin amor.

–¿Pero por fin lo has logrado? –dijo él secamente.

Lucille no quiso reaccionar a su sarcasmo.

–Sí, por fin lo he conseguido. Cuando me llamaste hoy estaba pensando en llamarte yo a ti.

Eso era mentira, pero ella tenía su orgullo y no podía permitir que él supiera que solo con oír su voz se había olvidado del

juramento que se había hecho de no volverlo a ver.

–Ve al grano, Lucille, si no te importa. ¿Qué es lo que quieres de mí?

–Quiero lo que me ofreciste por teléfono.

–¿Y qué fue eso? Por favor, recuérdamelo. Después de todo, fue hace ya varias horas.

–Una relación estrictamente sexual y muy privada.

–Ah, sí, lo recuerdo. Yo sería tu amante secreto y tú la mía. ¿Y cuánto crees que podría durar eso?

Para siempre, pensó ella. Pero también pensó que se estaba haciendo más adicta de lo que había pensado.

–Durante todo el tiempo que ambos lo encontremos mutuamente satisfactorio –dijo.

–¿Y sería algo exclusivo?

Ella parpadeó incrédula.

–¿Es que quieres ver a otras mujeres al mismo tiempo que a mí?

–Yo no he dicho eso. La verdad es que, en estos momentos, estoy embelesado con tus encantos. Pero supongo que todo es posible. ¿Quieres tener tú el derecho a ver a otros hombres?

–No –dijo ella sin pensarlo.

A él le brillaron los ojos, pero con una emoción que ella no pudo adivinar. Posiblemente ira.

–Me siento halagado de que quieras ser fiel. Pero yo hubiera pensado que la fidelidad no estaba muy sincronizada con una relación estrictamente sexual.

–Puede ser, pero aun así, yo preferiría que no vieras a otras.

–¿Por qué? No puede ser por celos. Solo los enamorados tienen celos. ¿Te preocupa que otras mujeres me dejen agotado? Sé por qué es eso. Se necesita mucho para satisfacerte cuando abandonas el papel de princesa de hielo.

–Si me vas a insultar, Val, me marcharé de aquí.

Y como para hacer más real la amenaza, ella fue a recoger su maletín.

–¡Si te voy a insultar! Eso sí que tiene gracia. Tú no has hecho otra cosa que insultarme a mí desde que nos conocimos.

–Solo he sido sincera.

–Sí, lo has sido. ¿Pero tienes que ser tan grosera? Anda, dame eso. No vas a ir a ninguna parte.

Val tomó el maletín y lo tiró de nuevo a una esquina, luego la tomó del brazo y la llevó al salón, haciéndola sentarse en un taburete.

Lucille lo hizo sin protestar. Él tenía razón y no iba a ir a ninguna parte.

Val tomó la botella de champán y empezó a descorcharla.

–Mira –le dijo–. Vamos a dejarnos de tonterías. No lo puedo soportar. Me doy cuenta de que, en el pasado, te hicieron daño, pero yo no te lo he hecho, ¿verdad?

–No.

Pero ella sabía que se lo haría si se lo permitía.

–Seguramente, detrás de esas puertas cerradas que tienes, al final, podremos ser amigos además de amantes.

–¿Amigos?

Val sonrió.

–Esa gente que se cae bien. Que confían el uno en el otro.

–Yo... Nunca antes he sido amiga de un hombre.

–¿Ni siquiera de tu marido?

–De él el que menos.

–¿Entonces por qué no empezar conmigo? Yo suelo ser un buen amigo de las mujeres.

–¿Y por qué?

–Porque me gustan.

–Ese es un buen comienzo –admitió ella un poco extrañada.

Había ido a él en busca de sexo y ahora él le estaba ofreciendo su amistad también.

–También me gustan las cosas que les gustan a las mujeres –añadió Val.

–¿Como cuáles?

–La música. El baile. El teatro, el cine. Los libros...

Val descorchó por fin la botella y sirvió dos copas.

–¿Y los coches, el fútbol y tus amigotes?

–No tengo coche, no me gusta el fútbol y no tengo amigotes. Me temo que no soy un verdadero hombre masculino.

–No le voy a contar a Michele nada de esto –murmuró ella.

–¿Quién es Michele? –le preguntó él al tiempo que le ofrecía una copa.

–Mi mejor amiga.

Val sonrió y arqueó una ceja.

–¿Y voy a ser un secreto también para ella? Me resulta difícil de creer, conociendo a las mujeres tan bien como las conozco.

–No le puedo hablar de ti. Está tratando de encontrarme un novio antes de navidades. Te encontraría perfecto a ti.

–Tonta de ella.

–No es tonta en absoluto. Es una alta ejecutiva de una empresa de publicidad. Muy inteligente –dijo ella y le dio un trago a su champán–. Pero es una romántica empedernida.

–Esa sí que es una mala enfermedad.

–Creí que habías dicho que no ibas a volver a decir cosas como esa.

Val puso cara de culpabilidad.

–Tienes razón, eso no ha venido a cuento. Por favor, acepta mis disculpas.

–Disculpas aceptadas –dijo ella y sonrió.

–¿Sabes? No sonríes suficientemente a menudo.

–No he tenido muchas razones para sonreír... hasta ahora.

–¡Vaya! Eso sí que suena como un verdadero cumplido.

Lucille parpadeó y volvió a sonreír, un poco sorprendida ella misma.

–Eso era lo que pretendía.

–Voy a brindar por ello. Y también por ti. Bebe, cariño.

–Si bebo más con el estómago vacío me voy a emborrachar –dijo ella.

–¿Y eso importa?

–Supongo que no. Luego, no tendré que conducir para volver a casa.

–¿Piensas quedarte aquí toda la noche?

–He venido en taxi. No me gusta conducir sola por la ciudad un viernes por la noche.

–Muy inteligente. Bueno, de todas formas, quédate a pasar la noche. Todo el fin de semana, si quieres.

Si quería... Cielo santo. Le costó mucho hacerse la indiferente.

–Ya veremos –dijo–. Puede que tenga que ir a casa en algún momento.

–Es cierto. Puede que necesites dormir algo antes del lunes.

Sus miradas se encontraron por encima de las copas. Él sonrió

lenta y atractivamente y el estómago se le revolvió a Lucille.

–Eres un pícaro, Val Seymour.

–Y tú una pícara, Lucille Jordan.

–Hacemos una buena pareja, ¿no te parece?

La sonrisa de él se ensanchó.

–La verdad es que yo estaba pensando eso mismo.

Capítulo 9

VAS muy arreglada para ser lunes –le dijo Michele mientras almorzaban como hacían habitualmente.

Lucille llevaba un vestido nuevo que, a pesar de ser sencillo, era de un color turquesa brillante y que le sentaba como un guante.

–¿Hay algo que debieras decirme? –insistió su amiga mirándola suspicazmente.

Lucille adoptó una expresión de la más pura inocencia. En las tres semanas que habían pasado desde que había conocido a Val, había aprendido a fingir como una actriz. Nadie conocía la doble vida que llevaba. En el trabajo, era la eficiente señorita Jordan. En sus horas de ocio, era la fogosa amante de Val.

–¿Como qué? –dijo Lucille haciéndose la tonta.

–Como dónde has estado el fin de semana, por ejemplo. Te llamé el viernes por la noche. Luego dos veces más el sábado y, por lo menos, tres el domingo, pero no estabas.

–¿De verdad? Ah, bueno, el viernes me fui al cine y el sábado estuve de compras casi todo el día. Como ya sabes, falta poco para la Navidad y quería comprar pronto mis regalos. No estoy segura de lo que pudo pasar el domingo, pero estaba cansada y me dormí. Puede que estuviera dormida cuando llamaste y no oyera el teléfono. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste?

–Sobre las nueve y media de la noche.

–Ah, bueno, entonces ya estaba en la cama.

Técnicamente, todo eso era verdad. El viernes había visto una película en la televisión, *Titanic.* O un poco de ella, ya que cuando la protagonista se desnudó para que el protagonista la dibujara desnuda, Val decidió que quería hacer lo mismo con ella. Solo que, cuando estuvo desnuda, él le confesó que no tenía nada con que dibujarla y que, aprovechando la situación, mejor hacían el amor otra vez.

El sábado había ido de compras por la tarde, mientras Val buscaba la ropa del espectáculo que estaba produciendo, y ella se

había comprado toda clase de lencería sexy.

Y el domingo, se lo había pasado casi entero durmiendo, pero no en su cama. Había terminado agotada después del efecto que había causado en Val la lencería.

–¿Para qué me querías? –le preguntó a Michele esperando que no se le notaran los recuerdos que estaba teniendo.

–Tenía algo que contarte que no podía esperar a hoy.

–¿Oh? Espero que buenas noticias.

–Muy buenas. Voy a tener un hijo.

–¡Un hijo! Pero... Solo llevas casada unas semanas –dijo Lucille frunciendo el ceño.

Se dio cuenta demasiado tarde de que no era esa la reacción que estaba esperando su amiga y, al ver el dolor en sus ojos, añadió:

–¡Bueno, qué suerte tenéis! Hay parejas que se pasan años intentándolo. ¿Y qué ha dicho Tyler?

–Está encantado.

Lucille deseó poder decir lo mismo, pero ella no estaba precisamente encantada. Un divorcio ya era bastante malo cuando no había hijos. A Michele y Tyler les daba como mucho un par de años. Y ahora que iban a tener un hijo...

–No tenía ni idea de que quisierais tener un hijo tan pronto –añadió–. ¿Ha sido por accidente?

–No, en absoluto. En nuestra noche de bodas, Tyler me dijo que no quería esperar. Por mis cuentas, debí quedarme embarazada durante la luna de miel.

–Qué romántico –murmuró Lucille, demasiado pasmada de que hubiera sido idea de Tyler.

Michele suspiró soñadoramente.

–Yo también lo creo. Soy tan feliz, Lucille, que a veces creo que no puede durar.

Eso era exactamente lo que estaba pensando Lucille.

La camarera les llevó lo que habían pedido y luego se marchó de nuevo.

–Y también tengo otra noticia para ti –añadió Michele.

–Todavía no puedes saber el sexo. Es demasiado pronto.

–No, no tiene nada que ver con el niño. Harry y su heredera se van a casar. ¿Qué tienes que decir a eso?

–Yo diría que «heredera» es la palabra perfecta.

Michele agitó la cabeza.

–Ya estás siendo una cínica de nuevo. Pero ya basta de hablar de mí. Quiero hablar de ti.

–¿De mí? ¿Y qué pasa conmigo?

–¿Has conocido a algún hombre atractivo últimamente?

–Me temo que no –mintió Lucille.

–¿Te ha pedido salir algún tipo?

–No, ninguno.

–No lo puedo entender. Debes dejarlos helados con esa actitud tuya.

–Puede.

–¿Te has puesto ya ese vestido rojo?

–No he tenido muchas oportunidades de hacerlo. Las fiestas de Navidad no empiezan hasta diciembre. Y todavía quedan dos semanas.

Ese año no tenía mucha intención de ir de fiestas, tenía cosas mejores que hacer por las noches.

–Entonces, tendré que crear yo la oportunidad para que te lo pongas –insistió Michele–. Le diré a Tyler que consiga algunas entradas para sitios donde te lo puedas poner. Tal vez algo para la Ópera. Luego nos iremos a cenar. Algún sitio elegante donde vayan los solteros codiciados de la ciudad. Y no quiero que me pongas alguna excusa patética para no venir. No te regalé ese vestido para que se eche a perder en el armario.

–Me lo pondré, te lo prometo.

–Claro que lo harás, porque yo estaré allí para verlo.

–De acuerdo, pero no me busques un compañero sorpresa, por favor.

–Yo no te haría eso.

–Sí que lo harías.

–Nunca. No tengo muy buena opinión de las citas a ciegas. Te llamaré en cuanto sepa a dónde y cuándo iremos, pero mantén libre la noche del viernes.

Lucille estuvo a punto de ponerle alguna excusa para ese viernes cuando recordó que era la noche del estreno del espectáculo de Val. Cuando él se lo dijo hacía una semana, la mirada que ella le dirigió le había advertido que no le pidiera que fuera con él.

¡Se podía imaginar perfectamente lo que podía pasar! Toda la

prensa estaría allí, haciéndoles fotos a los dos juntos para sacarlos en los periódicos y todo el mundo se enteraría de lo suyo. Michele, Erica y, probablemente, hasta su propia madre, que no tenía precisamente una buena opinión de las chicas que salían con los playboys y aparecían en las revistas de cotilleos.

Lucille se preguntó por qué estaría tratando de proteger su reputación ante su familia, si ya la habían etiquetado como una golfa y una tonta cuando se divorció de Roger, el marido perfecto para ellos. ¿Qué importaría si todo el mundo supiera que tenía una aventura con Val? A su jefa estaba segura de que no le importaría.

Suponía que era cosa de su orgullo. El orgullo y su supervivencia personal. Tendría que seguir viviendo consigo misma cuando todo hubiera terminado.

Dio un respingo en su silla cuando sonó su teléfono móvil.

Lo sacó del bolso y contestó. Podía ser de la oficina o un cliente, pero sabía que no iba a ser así. Esa especie de telepatía que se estaba desarrollando entre Val y ella se lo indicaba.

–Lucille Jordan –dijo.

–Tenía que hablar contigo –dijo Val–. Estoy a punto de estrangular a todo el mundo por aquí. Angela está actuando como una especie de diva, Raoul está bailando como si fuera un aficionado y el resto tampoco parece muy contento. El director acaba de marcharse malhumorado y solo nos quedan cinco días para el estreno. Habla conmigo, Lucille. Cálmame. Tú eres la única que lo puede hacer últimamente. Estoy a punto de estallar.

Lucille miró a Michele que, por suerte, estaba hablando con la camarera.

–En estos momentos estoy almorzando con alguien, Val –susurró–. No puedo hablar.

–¡Maldita sea!

–Mira, dame media hora y te llamaré yo.

–Para entonces ya puedo estar muerto –gruñó él.

–Sobrevivirás –murmuró ella sin dejar de mirar a Michele, que estaba hablando del tiempo con la camarera.

–Supongo que estás almorzando con esa amiga tuya –insistió él–. Michele. Me dijiste que lo hacías todos los lunes.

–¿Lo hice?

Esas palabras de sorpresa hicieron que Michele la mirara.

La camarera entendió la indirecta y se marchó.

–¿No lo recuerdas?

–No, no lo recuerdo –respondió Lucille fríamente.

Ahora era Michele la que la estaba mirando fijamente.

–Me has contado un montón de cosas interesantes cuando estamos en la cama. Sé más de ti de lo que te das cuenta.

–¿Como qué?

Ella seguía hablando fríamente, aunque por dentro estaba empezando a arder.

Michele, por fin, le dedicó todo su interés a la comida.

–Sé que eres la más joven de tu familia. Sé que tu madre te tuvo a los cuarenta y cinco años. Cuando naciste, tus hermanas tenían veinte y veintidós años respectivamente, de modo que fueron más unas tías que unas hermanas para ti. Unas tías que te reprochaban todo lo que hacías, al igual que tus padres. Sé que empezaste a trabajar como recepcionista en una agencia inmobiliaria nada más terminar el colegio y luego te dedicaste a las ventas hace pocos años y, por accidente, cuando un fin de semana no apareció nadie de ventas y tú vendiste tres casas. Sé que no te gustaba nada el colegio, pero sí los chicos desde muy pequeña, y que eras un poco rebelde. Sé que perdiste la virginidad a los dieciséis años en el asiento trasero de un coche y que te encantó la experiencia. Sé que adoras los donuts, que lees de todo, pero que prefieres las novelas de misterio. Sé que te encantan los hombres con grandes... egos.

Lucille no pudo evitar reírse y Michele la volvió a mirar.

–De verdad que tengo que colgar, Jody –dijo y Val se rio.

–Así que ahora soy Jody, ¿verdad? ¿Qué le ha pasado al señor Valentino?

–Se me está enfriando el café.

–Yo no puedo decir lo mismo. No te molestes en llamarme. Sé que estás ocupada. De todas formas, has logrado calmarme. Por lo menos mentalmente. Mi cuerpo es otra cosa. Ahora voy a volver ahí dentro a leerme el libreto. Y con respecto a ese director, está despedido. Dirigiré yo mismo este maldito espectáculo.

–¿Estás seguro de que es una buena idea? ¿No deberías tratar de darle un par de palmaditas para que se le pase?

–Sí. Posiblemente tengas razón. A veces tengo la sangre demasiado caliente para mi propio bien.

–Sé lo que quieres decir –dijo ella.

–Eres una chica pícara. Solo espera a que te pille esta noche. Para entonces voy a estar desesperado.

Ella deseó preguntarle provocativamente cómo de desesperado, pero no se atrevió. A Michele no se le estaba escapando ni una palabra.

–Tengo que colgar. Te veré luego –dijo.

–No te atrevas a llegar tarde.

Cuando cortaron la comunicación, miró disculpándose a Michele y se echó azúcar en el café.

–Lo siento. Una emergencia en la oficina. Jody no sabía qué hacer con un cliente insatisfecho.

–No será de nuevo el señor Valentino, ¿verdad?

–Eso me temo –dijo Lucille suspirando y con su mejor cara de póquer–. Alguna gente no se da nunca por satisfecha, por mucho que trates de agradarles.

Capítulo 10

TENÍA razón cuando le dije a Michele que hay gente que nunca queda satisfecha –dijo Lucille mientras Val le acariciaba la espalda.

Estaban tumbados en la alfombra delante de la chimenea. Su precioso vestido turquesa estaba tirado en alguna parte, lo mismo que la ropa interior.

Cuando él le había dicho que estaba desesperado, era en serio, ya que la había recibido desnudo bajo el batín, la había desnudado sin más preámbulo y se habían puesto a hacer el amor allí mismo, en el salón.

De todas las veces que lo habían hecho, esa había sido la más urgente, sorprendente en su intensidad y, aun así, allí estaba de nuevo pocos minutos después, acariciándola de nuevo, queriendo más.

–No parece que pueda saciarme de ti. Normalmente es al revés conmigo. Cuanto más sexo tengo, menos quiero. Pero eso no me pasa contigo, cariño. Contigo, cuanto más tengo, más quiero.

Luego, reemplazó los dedos por los labios, recorriéndole la espalda. Y más abajo.

Lucille se alegró de tener la cabeza enterrada en un cojín, ya que el rostro le ardía por las cosas que él le estaba haciendo con la lengua. Incluso le gustaba el roce de su barba de días en la parte interior de los muslos. Cuando él la hizo darse la vuelta, se puso a horcajadas sobre ella y le ofreció su sexo. Ella no lo dudó. Le besó la punta aterciopelada, abarcando su sexo con las manos y metiéndoselo luego en el húmedo y cálido interior de su boca.

–Oh, cielos, Lucille –gimió él de placer–. Lucille…

Sus gemidos la afectaron de una forma que debió ser una advertencia, pero Lucille estaba demasiado lanzada para apreciar las emociones que la recorrían. Su propia excitación sexual era demasiado intensa, enmascarando la profundidad de sus sentimientos, dándole una magnífica excusa para hacer lo que estaba haciendo.

Lujuria. Eso era todo. Pura lujuria.

No se paró a pensar que, normalmente, la lujuria era una criatura egoísta y avariciosa. Prefería recibir en vez de dar y solo se preocupaba del placer propio.

Pero ella en lo único en lo que podía pensar era en satisfacerlo a él. En darle placer a él.

Cuando Val gimió como advertencia y fue a apartarse como siempre había hecho antes, ella se lo impidió sujetándolo firmemente en el interior de su boca.

El rostro de él mostró una agonía de indecisión. Podía ver en sus ojos que quería hacerlo, que no iba a tener que convencerlo mucho para que lo hiciera.

Empezó entonces a mover las manos y la cabeza.

La recorrió la más gloriosa de las sensaciones cuando lo vio cerrar los ojos y rendirse. ¿Qué fue lo que sintió ella? ¿Triunfo? ¿Poder? ¿Qué? ¿Qué era lo que la había hecho hacer algo que nunca antes había hecho? ¿Por qué estaba encontrando tanto placer en el placer de él? ¿Por qué no le importaba si ella lo alcanzaba o no?

Aquello no era lo que había querido ser. Una mujer que daba sin recibir, que dejaba que su cuerpo fuera utilizado para la satisfacción de otro. Una mujer que no exigía el respeto y la consideración que se merecía.

Para ser sincera, ella no sentía nada de eso. No se sentía una especie de víctima o esclava. Se sentía maravillosamente.

Él gritó su nombre una vez más y luego echó atrás la cabeza cuando le llegó el éxtasis.

Ella estaba mirando por el balcón, apoyada en la barandilla, observando las luces de la noche cuando Val salió con dos copas de vino blanco frío.

–Gracias –dijo.

–¿Qué te pasa?

Lucille lo miró. Llevaba unos pantalones de pijama a rayas y nada más. Ella estaba de nuevo completamente vestida, ya que le había dicho que no se podía acostar tarde esa noche o sería inútil en el trabajo por la mañana.

–No pasa nada –respondió.

–Sí, sí que pasa.

La mente de ella buscó frenéticamente algo que decirle y que no fuera la verdad, que no estaba segura de que ese acuerdo estuviera hecho para ella, como había pensado, que temía que estaba empezando a sentirse emocionalmente involucrada con él. O peor aún. Después de todo lo que se había prometido a sí misma y todo lo que había dicho acerca de los playboys y lo que pensaba de ellos, sobre todo a Michele.

¡Michele! ¡Eso era! Le podía decir eso a Val y no sería mentira. Estaba preocupada por Michele.

–Si quieres saberlo, estoy preocupada por Michele. Me ha dicho hoy que está embarazada.

–¿Y por qué te preocupas? Está casada, ¿no? Con Tyler Garrison, el famoso publicista.

–Y heredero de la fortuna de los Garrison. ¿Cuánto crees que puede durar ese matrimonio?

–No tengo ni idea. No soy profeta.

–Yo les doy cinco años, como mucho.

–¿Es que crees que él no la ama realmente?

Lucille se rio.

–Oh, vamos, Val. Los hombres como Tyler se casan por muchas razones, pero raramente por amor.

–¿Y por qué se casan entonces? Siento curiosidad por saber lo que piensas –dijo él mirándola intensamente.

–Sobre todo por una cuestión de ego. Y conveniencia sexual. Me imagino que, a veces, por dinero…

–¿Te importa explicarte mejor?

–O se casan con mujeres ricas para aumentar su fortuna. O con supermodelos para satisfacer a sus egos.

–¿Y qué es tu Michele? ¿Rica o supermodelo?

–Ninguna de las dos cosas. Lo que me lleva a pensar en la única razón por la que Tyler puede haberse casado con ella, para que le dé un heredero.

–Sí, por supuesto, un heredero. No un hijo, por supuesto. Un niño. Sino un heredero.

–Te estás riendo de mí.

–No. No creo que nada de lo que has dicho sea gracioso. Creo

que es terriblemente triste.

–La vida es triste –dijo ella–. Lo mismo que algunos matrimonios.

–Creo que el tuyo debe de haberlo sido.

–Yo no estoy hablando de mi matrimonio.

–¿No? Yo creo que sí. Creo que todo lo que acabas de decir tiene algo que ver con tu matrimonio.

Entonces te equivocas. Mi matrimonio no tiene nada en común con el de Michele. Yo no me casé con un rico, sino con un hombre normal y corriente. Para ser exactos, era fontanero.

–El que fuera fontanero no tiene nada que ver con nada.

–¿Entonces qué lo tiene, señor psicoanalista? Dímelo tú, dado que lo sabes todo de mí, incluso cosas que yo no te he dicho. ¡Que no le he dicho a nadie!

–Tu marido no te amaba.

Lucille abrió mucho los ojos y se limitó a mirarlo fijamente, así que él continuó.

–No te amaba. Ni le importabas. Ni te entendía ni apreciaba. Tomó a la hermosa, valiente, brillante chica que debiste ser entonces y trató de aplastarte bajo su sexista ego masculino.

Lucille se quedó boquiabierta y sintió ganas de llorar. Levantó sus defensas como lo había hecho siempre, con sarcasmo y cinismo.

–A mi madre le sorprendería oír eso, para ella el querido Roger era todo un príncipe. Yo era una feminista que quería conquistar el mundo y no podía hacer lo que haría una buena esposa sin quejarse. Ni siquiera pude tener un hijo.

–No me lo creo. Si no podías tener un hijo de tu marido, entonces es que algo le pasaba a él, no a ti. Creo que serías una madre maravillosa.

Lucille pudo sentir como la barbilla empezaba a temblarle, se tomó el resto del vino y rogó poder mantener la calma.

–Realmente no quiero hablar de esto –dijo.

–Pero tienes que hacerlo, Lucille. ¿Es que no lo ves? Te está envenenando. Todo lo que dices está influenciado por lo que sucedió en tu matrimonio. Retuerce tus puntos de vista y está incrustado en tu mente. Ni siquiera puedes tener una relación normal con un hombre por ello.

–¿Estás diciendo que nuestra relación no es normal?

–Está muy lejos de serlo, y tú lo sabes muy bien. Pero normalidad es lo que yo quiero contigo, Lucille. Estoy harto de tanto secreto. De que te sientas avergonzada de que sea tu amante. Yo no me avergüenzo de ti. Quiero gritarle al mundo nuestra relación. Yo no soy un mal hombre, Lucille. Tu ex marido sí que lo era. Es él quien se merece ser juzgado, no yo. Así que vamos a hacerlo ahora. Juzguémosle juntos. ¡Y luego olvídate de una vez de él y sigue con tu vida!

Aquello le produjo un torbellino interior a Lucille. No se había dado cuenta de que él sintiera algo tan negativo sobre su relación. Había pensado que estaría más que contento con una aventura estrictamente sexual. Muchos hombres se habrían sentido así.

Su deseo de tener una relación verdadera con ella animó sus más profundas ansias femeninas. Porque, en lo más profundo, era eso mismo lo que ella deseaba también, a pesar de su supuesta falta de confianza en los hombres. Y esa idea de juzgar juntos a Roger... Estaba ligada con más riesgos personales y emocionales de los que se daba cuenta Val.

¿Cómo podría ella explicar todo lo que le había hecho Roger? ¿Lo que no le había hecho?

–No sé por dónde empezar –dijo.

–Por donde quieras. ¿Qué fue lo peor que te hizo que tú recuerdes? ¿Aquello que nunca le podrás perdonar?

–El niño.

–¿Qué niño?

–El nuestro –dijo Lucille estremeciéndose.

–¿Tuviste un hijo con tu marido? –le preguntó él anonadado.

–Nació muerto a los seis meses de embarazo. Justo el día de mi veintiocho cumpleaños.

–Oh, Lucille. Lo siento.

–Roger no lo sintió. En absoluto. No le gustaba nada que me hubiera quedado embarazada. El que sintiera ganas de vomitar todo el tiempo. El que la casa estuviera desordenada, las comidas que no le podía hacer y que yo no pudiera servirle una cerveza siempre que quería una. Pero lo que no le gustaba nada era no tener nada de sexo. El médico nos dijo que no teníamos que hacerlo. La noche en que aborté, él insistió, Era o eso o se iría a buscar a alguien con quien hacerlo, ¡Una mujer de verdad, según me dijo!

Lucille cerró los ojos y agitó la cabeza.

–Después de que perdiera a mi hijo, me di cuenta de que todo fue por nada. Mi matrimonio había sido por nada. Roger no había querido una compañera, solo alguien con quien tener sexo de vez en cuando y una empleada de hogar gratuita. El que accediera a tener un hijo solo había sido una forma de evitar que yo lo dejara. Él nunca quiso tener un hijo.

–No creo que necesite saber más –dijo Val.

–Oh, no, todavía no has oído bastante. ¿Sabes lo que hicimos prácticamente todos los fines de semana durante los seis años que estuve casada con él?

–Cuéntamelo.

–Nada. Roger jugaba al golf o a las cartas con sus amigos. O bebía cerveza y presumía de su nuevo coche, el que se había comprado tanto con su dinero como con el que yo también ganaba, porque mi dinero era el suyo. Oh, sí, me daba un poco de sexo los fines de semana, antes de dormirnos, pero no se parecía a cuando éramos novios. No había nada de romance. Normalmente se movía hasta que alcanzaba el orgasmo y luego se quedaba dormido. Si yo no había disfrutado entonces, mala suerte. Cuando me quejaba, él me dijo que no lo podía evitar si me había vuelto frígida. Decía que sus amigos le habían dicho que, cuando uno se casa, el sexo nunca es tan bueno y que se daba cuenta de lo que querían decir.

–¿Y por qué te casaste con él?

Lucille se rio.

–¿Por qué? ¿Por qué las mujeres se casan con los hombres? Porque lo amaba. O amaba al hombre que parecía ser cuando lo conocí. El hombre que lo hacía todo por mí, que no podía tener las manos apartadas de mí, que me halagó y mimó hasta que nos casamos.

–¿Qué edad tenías cuando os casasteis?

–Veintidós.

–Muy joven. Aun así, no deberías haber permanecido con él, Lucille. Deberías haberlo dejado mucho antes de lo del niño.

–Eso es fácil de decir, pero mucho más difícil de hacer. Lo cierto era que tenía miedo de marcharme.

–¿Te pegaba?

–No –dijo ella agitando la cabeza–. No lo hizo. Pero era un

hombre grande, con una gran voz. Solía gritarme todo el tiempo. Si yo me atrevía a quejarme o a pedirle que hiciera algo en la casa, me llamaba de todo. Así que sí, le tenía miedo. Pero creo que lo que me mantuvo con él todo ese tiempo fue el miedo a decirle a mi madre que era desgraciada en mi matrimonio y que quería dejarlo.

–Pero seguramente tu madre no habría querido que continuaras con un matrimonio infeliz.

–Mamá nunca ocultó el hecho de que yo siempre fui una decepción para ella. En el colegio, siempre me estaba metiendo en problemas. Siempre salía con chicos que no le gustaban… Así que, cuando llevé a casa a Roger, cambió de opinión. Pensó que era el hombre perfecto para mí. Él era muy atractivo y mayor que mis novios habituales. También tenía su propio negocio de fontanería, algo muy importante para mis padres.

–¿Nunca se dieron cuenta de lo infeliz que eras con él?

–Si lo hacían, disimularon. Roger actuaba muy bien cuando estaban presentes. Era la imagen del buen chico. Y era un tipo muy celoso. Nunca me perdía de vista. Al principio, casarme con él me hizo sentir bien, pero al final me hizo sentir mucho peor de lo que podría describirte.

–¿Cómo se tomó el que lo dejaras?

–El muy estúpido pareció realmente sorprendido. Yo no me había acostado con él ni una sola vez desde que murió el niño. Me mudé a la habitación de invitados y él se consiguió una amiga. O dos. Francamente, ese hombre nunca debiera haberse casado conmigo. Tú tienes razón. Él nunca me amó realmente. Al principio solo sentía lujuria por mí. Tal vez en su pobre y patética mente pensó que eso era amor. Después de que nos casáramos, solía decirme lo magnífico que era tener sexo sin utilizar preservativo y sin tener que gastarse nada de dinero conmigo primero.

–Un cerdo egoísta. ¿Así que armó un escándalo cuando te marchaste?

–Deberías haber visto la actuación que tuvo delante de mis padres. Fue a verlos llorando y diciéndoles que lo había intentado todo para agradarme. Me acusó de ser de esas feministas que quieren que sea el hombre de la casa el que lave y todo lo demás. También dijo que yo quería controlar el dinero, lo que tenía gracia, porque para entonces yo solo controlaba el dinero que ganaba yo

misma. Pero el golpe de gracia fue cuando dijo que quería intentar tener otro hijo y yo no. ¡Como si yo fuera a tener otro hijo con semejante individuo!

–No te culpo. Pero de lo que sí te culpo es de permitir que ese hombre destruyera el resto de tu vida –le dijo Val–. Por él, tú dejaste de creer en el amor. Y dejaste de confiar en los hombres, sobre todo en los que son como yo. Sé que la vida puede ser cruel y que algunos hombres son unos ogros. Pero hay ogros en todos los senderos de la vida, Lucille. Es cierto que yo tengo una reputación de mujeriego y sí, me la he ganado. Pero si eres sincera, debes darte cuenta de que la prensa tiene un filón con los playboys. Hay tanta ficción como hechos en lo que dicen de ellos. No debes dar por hecho que alguien es malo sin conocerlo antes. No deberías tener prejuicios basados solo en rumores y cotilleos. Deberías esperar y ver, y luego sacar tus propias conclusiones.

Lucille se dio cuenta del sentido que tenía lo que le estaba diciendo él. Pero los viejos hábitos tardaban en morir.

–No quiero resultar herida –dijo ella.

–¿Y quién quiere?

–No quiero ser la esclava de ningún hombre.

–Yo odiaría eso mismo. Me encanta tu independencia. Incluso me encantan los momentos ocasionales de princesa de hielo. Es un reto delicioso.

–¿Es eso lo que soy para ti, Val? ¿U reto?

–Entre otras cosas.

–¿Qué otras cosas? –le preguntó ella.

Val sonrió.

–Ah, sería muy tonto por mi parte poner mis cartas sobre la mesa.

–Te lo advierto, Val. No juegues conmigo.

–¿No es eso lo que has estado haciendo tú conmigo?

–Yo no lo llamaría así.

–Bueno, yo sí. Y, aunque es divertido, ahora quiero algo más que sexo de ti, Lucille. Quiero que estés a mi lado en público también. Y quiero que estés orgullosa de ello, soy un buen partido, cariño, no solo un gigoló que tiene que ser guardado en secreto.

–Pero yo no estoy tratando de atraparte –dijo ella.

–¿Crees que no lo sé? Pero no todas las relaciones tienen que

terminar en el matrimonio. Quiero verte de forma más regular. Quiero llevarte a sitios. También salir por ahí juntos los fines de semana. O tal vez incluso que vivamos juntos.

–¿Vivir juntos?

–Sí. ¿Te gustaría?

–Creía que te ibas a ir al extranjero dentro de cuatro meses –dijo ella tratando de que no se le notaran las ganas de aceptar.

–Eso fue hace tres semanas y las cosas han cambiado desde entonces.

–¿Has hecho las paces con tu padre?

–No.

–Entonces, ¿qué ha cambiado?

–Por Dios, Lucille, deja de hacerte la tonta y dame una respuesta. ¿Sí o no a vivir juntos?

Después de pensárselo un momento, ella le dijo:

–Es un poco pronto para algo tan serio.

–Solo era una sugerencia. Nos habría ahorrado todos estos taxis y el tiempo de los viajes.

–Lamento que me veas tan poco conveniente.

–Y yo. Pero supongo que ese es el precio que tengo que pagar por el placer de tu compañía. Pero es esa compañía tuya de la que voy a querer más en el futuro, Lucille. No quiero solo tu cuerpo. Y no solo aquí o en tu casa.

Lucille no podía todavía hacerse a la idea de que su relación fuera algo público.

–¿Y si digo que no también a esa idea?

–Entonces, lamentablemente, tendría que decir que no a este acuerdo… del que has estado disfrutando.

–No me lo creo. Ningún hombre rechazaría lo que yo te estoy dando.

El rostro de él se endureció.

–Este hombre lo haría.

El pánico le corrió por las venas a Lucille. ¿Es que significaba tan poco para él que podía despedirse de ella simplemente porque ella no quería hacer las cosas a su manera?

Al parecer, así era.

El dolor fue intenso, pero también el resentimiento.

–¿Así que es eso? –dijo–. «Piérdete, Lucille». Solo porque no voy

a jugar con tus nuevas reglas. Después de todo lo que acabo de decirte. Cielos, he tenido razón sobre ti durante todo este tiempo. Me engañaste con tu encanto latino y lo que me dijiste de que te encantan las mujeres, pero por debajo solo hay otro cerdo machista que no entiende nada en realidad, salvo lo que tú quieres. Y pensar que yo...

Se interrumpió justo a tiempo y adoptó de nuevo el papel de princesa de hielo con lo que le quedaba de orgullo. Sus ojos verdes brillaron glacialmente cuando lo miró.

–Lo siento, amante. Si esto era un farol, acabas de perderlo. me voy de aquí. Y no voy a volver.

Luego se dio la vuelta, atravesó el salón muy digna, tomó su bolso de donde lo había dejado y abrió la puerta.

Allí dudó por un segundo, pero como no lo oyó ir tras ella, la abrió y salió dando un portazo.

Val se estremeció con el golpe, se llevó la copa de vino a los labios y la terminó de un trago.

–Bravo, Val –se dijo a sí mismo amargamente–. Bravo.

Capítulo 11

LUCILLE se negó a llorar y contuvo la ira mientras esperaba al taxi y a lo largo de todo el trayecto hasta su casa.

Una vez allí, salió aún enfadada y no vio al joven que se escondía en la oscuridad, por lo que la pilló completamente desprevenida cuando estaba abriendo el portal y tiró del bolso con fuerza, Cayó al suelo e, instintivamente, trató de agarrar el bolso, pero el joven era demasiado fuerte y tuvo que ceder.

El joven echó a correr, dejándola a ella tirada en el suelo, no realmente herida, pero sí bajo los efectos del shock. Miró a su alrededor para pedir ayuda, pero no vio a nadie, la calle estaba desierta.

Por suerte, las llaves habían quedado en la cerradura, así que, por lo menos, podría entrar en su casa.

Pero gimió al recordar todo lo que llevaba en el bolso, la documentación, las tarjetas de crédito y unos cincuenta dólares en efectivo.

Cuando entró en su casa el teléfono estaba sonando.

Se apresuró a contestar, contenta de poder compartir con alguien la horrible experiencia que acababa de sufrir.

Tal vez fuera Michele o incluso su madre. Por una vez, no le importaría hablar con ella.

Pero la que oyó fue la voz de Val.

–Gracias a Dios que estás en casa por fin. Me he vuelto loco y me he llamado de todo, odiándome a mí mismo probablemente más de lo que me puedas odiar tú a mí. Tienes razón, soy un cerdo presuntuoso y un tonto arrogante al pensar que tú podrías olvidarte de todo lo que te ha pasado en cinco minutos solo porque yo te lo diga. Dios sabe que puedo entender cómo el pasado puede retorcerte la mente y las emociones. No estaba siendo racional. No lo soy desde que te conocí, Lucille. Sé que no me vas a creer si te digo que te amo, que me enamoré de ti desde la primera noche que pasamos juntos. Pero es cierto. Sé que esta noche te he presionado.

Pero yo pensaba, esperaba... Demonios, me he vuelto un idiota. Por Dios, dime que tú sientes algo por mí, aparte de una atracción sexual. Si no es así, solo dime que nos podemos volver a ver. Bajo los términos que tú quieras. Estoy haciendo un lío de todo esto. Max se sorprendería. Él siempre me dijo que a las mujeres les gusta que sus hombres sean suaves y expertos. Pero a paseo con eso. Esta noche no me siento nada de eso. No desde que te has marchado.

Esas palabras dejaron pasmada a Lucille.

–Val –dijo débilmente–. Te necesito.

–No tienes que decir nada más. Eso es suficiente. Serte necesario es suficiente.

–No, no lo entiendes...

–¿Qué es lo que no entiendo?

–Acaban de robarme.

Val tragó saliva y le dijo asustado:

–¿Estás bien?

–Sí. No, quiero decir, no me ha hecho daño. Solo me arrancó el bolso de un tirón. Pero me siento rara. Creo que me voy a desmayar.

–Pon la cabeza entre las rodillas. Deprisa.

Y ella lo hizo.

–¿Lo has hecho ya? –le preguntó él.

–Sí.

–Ahora quédate así un par de minutos. Cuando te sientas mejor, ve a tumbarte. Más tarde, ve a hacerte un té o un café con mucho azúcar. Yo estaré allí tan pronto como pueda, ¿de acuerdo?

–¿Val...?

–Sí, Lucille?

–Por favor, no tardes mucho.

Y no lo hizo. Pero para ella sí que pasó mucho tiempo. Tiempo en el que pudo pensar en lo que él acababa de decirle y sentir cómo sus sentimientos femeninos respondían en su interior. Para cuando él llegó, tanto su corazón como su mente eran un torbellino y deseaba decirle que ella también lo amaba, pero tenía demasiado miedo de hacerlo. Ya había puesto antes su vida en las manos de un hombre que le había dicho que la amaba y se había arrepentido de ello con creces. ¿Qué sabía ella de ese hombre en realidad, salvo lo que había decidido mostrarle?

Al mismo tiempo que pensaba eso, una voz en el interior de su cabeza no paraba a de decirle que no hiciera lo que Val la había acusado de estar haciendo, no tenía que destruir el futuro a causa del pasado. No tenía que tirar por la borda la posibilidad de ser feliz solo porque una vez había resultado herida.

¿Pero no sería una tontería deshacerse de todas sus precauciones y precipitarse a una relación de la que se podía arrepentir? Si no había aprendido nada de su matrimonio con Roger, entonces todo su sufrimiento habría sido para nada.

Para cuando hizo pasar a Val a su casa estaba en un verdadero dilema: decirle o no decirle que lo amaba. Confiar en él o no hacerlo.

Y, sobre todo eso, estaba la reacción física hacia lo que acababa de sucederle.

–Gracias por venir tan deprisa –le dijo–. No sé por qué me sigo sintiendo tan agitada. No me ha hecho daño ni nada por el estilo. Pero las manos me tiemblan aún. Cuando he tratado de hacerme un té, lo he derramado por toda la cocina. Y no dejo de sentir ganas de ponerme a llorar.

Entonces los ojos se le llenaron de lágrimas.

–¿Ves? Ya empiezo de nuevo.

–Está bien –respondió él abrazándola y haciendo que le apoyara la cabeza en el hombro–. Estás bajo los efectos del shock. Y yo no te he ayudado nada soltándote mi discurso de enamorado. Lo siento.

Lucille contuvo los sollozos y lo miró a la cara. Parecía casi tan asustado como lo estaba ella.

–No tienes que disculparte de nada –murmuró–. Lo que me has dicho era...

–Vergonzoso para ti. Lo entiendo. De verdad. Ahora me doy cuenta de que solo estaba esperando que tú sintieras por mí lo mismo que yo siento por ti. Supongo que eso ha sido por la forma en que me hiciste el amor esta noche. Pero a menudo la pasión se confunde con otra cosa. Siempre has sido sincera conmigo y he sido un tonto por imaginarme que había algo más. Pero eso no tiene importancia en estos momentos. Lo importante es tu bienestar. ¿Estás segura de que estás bien? ¿No tienes ninguna herida? ¿No te duele nada?

Ella agitó la cabeza y pensó que Val no se equivocaba. Esa noche

ella le había hecho el amor. No había sido solo lujuria.

Pero aún era demasiado pronto para que ella abriera su corazón. No se podía arriesgar a equivocarse de nuevo. La primera vez había sobrevivido a la experiencia. Una segunda vez podría destruirla.

–He llamado a la policía –dijo Val–. Llegarán pronto. Supongo que habrás perdido todo lo que llevabas en el bolso, ¿no?

–Sí. Todo menos las llaves, que ya es algo. Por lo menos podré ir en coche a trabajar mañana.

El pensamiento de ir a trabajar le produjo un escalofrío.

–No estás en estado de ir a trabajar.

–Tal vez me tome el día libre –admitió ella.

–Necesitas el resto de la semana libre. Y también algo de medicación.

–¿Para qué?

–Necesitas algo que te tranquilice, que te haga dormir. Yo conozco un buen médico y haré que te venga a visitar cuanto antes.

–Lo médicos ya no hacen visitas a domicilio –protestó ella.

–Esta es amiga mía.

–¿Una amiga?

–No, no es una de mis múltiples ex amantes. Pero es una vieja amiga. Nos conocimos cuando ella acababa de salir del instituto y tenía problemas económicos. Yo le encontré algunos trabajos por las noches y fines de semana en los espectáculos de mi padre y así se pudo pagar los estudios de medicina.

–San Valentino –murmuró ella.

–De eso nada. Hace diez años yo conducía un coche con el que atropellé a su padre y lo maté. De acuerdo que él estaba borracho y que salió a la calzada inesperadamente. Pero yo iba por encima del límite de velocidad, si no podría haberlo evitado. Pero no hubo testigos y, naturalmente, yo no lo iba a decir. ¿Qué joven de veintitrés años lo haría? No me habría servido de nada más que para ir a la cárcel. Pero me sentí muy mal cuando vi a su esposa y a su hija en el juicio. Y me sentí aún peor cuando luego me abrazaron y me dijeron que no había sido culpa mía. El sentimiento de culpa me reconcomía. Decidí hacerles una visita y vi cómo vivían. Eran muy pobres. No tenían casa, ni coche. Nada. Mientras que yo vivía con todo lujo. ¿Y crees que aceptaron dinero de mí? Nada de eso, lo rechazaron después de darme las gracias. Pero yo decidí no dejarlo

así. Tenía que hacer algo, así que hablé con Jane y le saqué que quería estudiar medicina. Como te dije, ella acababa de dejar el instituto. Pero iba a abandonar su sueño para ponerse a trabajar y ayudar a su madre, que no estaba bien de salud. Así que la convencí para que intentara hacer las dos cosas, luego me aseguré de que cobrara los más altos salarios por los trabajos que hizo para nuestra productora.

Val suspiró y continuó hablando.

–La madre de Jane murió hace un par de años. Sentí mucha lástima por ella en el funeral. Pensaba que ella se había quedado sin nadie. Pero me dijo que no me sintiera triste, que su madre estaba donde siempre quiso estar, con el hombre al que siempre amó a pesar de todo. También me contó una noticia alegre, que había conocido a un médico en el hospital donde trabajaba y que se iba a casar con él, aunque el hombre aún no lo sabía. No quise fastidiarle su optimismo diciéndole que tal vez él no sintiera lo mismo por ella. Y menos mal que no lo hice porque se van a casar el año que viene. Ella dice que le van a poner mi nombre al primer hijo que tengan. No quise desilusionarla diciéndole que no merezco ese honor.

–Oh, Val... –dijo ella llorando de nuevo.

–¿Ves? No estás como para ir a trabajar mañana ni para quedarte sola ahora. Después de que venga la policía, te vas a venir conmigo a mi casa y no quiero discusiones. Como ya sabes, tengo un par de habitaciones para invitados y puedes usar una de ellas todo el tiempo que quieras. Antes de que digas nada, el que te habla es tu amigo, Lucille, no el amante rechazado tratando de ganar puntos de nuevo contigo.

–Yo no quise... Rechazarte. Solo quería que las cosas siguieran como estaban durante un tiempo más.

–No vamos a hablar ahora de eso. Lo haremos cuando te sientas mejor. Tal vez dentro de unos días. Mientras tanto, túmbate en ese sofá y yo te haré un té. Y si la policía no ha venido para entonces, los volveré a llamar.

Lucille pensó que le gustaba dejar que él se hiciera cargo de todo. Era el hombre que la amaba a ella.

¿Pero por qué la amaba? ¿Qué había visto en ella aparte de la belleza superficial?

No se lo podía imaginar. Ella había sido fría y cínica con él.

Incluso lo había insultado. Así que, ¿qué sería lo que había capturado su corazón?

Cuanto más lo pensaba, más preocupada se sentía de que no fuera a ser él quien hubiera confundido la lujuria con el amor. Tal vez no fuera a la Lucille real a la que amaba, sino a una que se había imaginado, la que se dejaba llevar por la pasión y que hacía lo que fuera cuando estaba en sus brazos.

Tenía que estar segura de los sentimientos de él antes de declararle su amor.

Así que permaneció en silencio mientras él se ocupaba de todo. Le hizo el té, respondió a las preguntas de la policía cuando aparecieron por fin, llamó para cancelar sus tarjetas de crédito e, incluso, le hizo la maleta. Luego la llevó a su casa en el coche de ella, demostrando que conducía tan bien como hacía el resto de las cosas.

Aparcó en su sitio, que nunca hasta entonces había utilizado, y luego tomó su maleta y la subió.

–¿Qué habitación prefieres? –le preguntó él una vez en la casa–. Puedes quedarte con la que está junto a la mía. O la que está enfrente. De todas formas, estarás cerca y me podrás llamar si quieres.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Significa que te podré oír si me llamas por la noche –dijo él un tanto frustrado–. Alguna gente tiene pesadillas después de la clase de experiencia que has tenido tú.

–No creo que vaya a estar mal. Ni creo que necesite un médico. Ya me siento mucho mejor. De verdad.

–Eso puedes pensarlo ahora. Pero es posible que, mas tarde, cambies de opinión. De todas formas, voy a llamar a Jane. Puede recetarte un sedante para que, por lo menos, estemos seguros de que vas a dormir.

–Estoy segura de que Jane tiene cosas mejores que hacer que venir a ver a una chica tonta en mitad de la noche para darle unos sedantes.

–Puede, pero soy yo quien la voy a llamar, Lucille, no tú. Y ahora, ¿Qué dormitorio prefieres?

Capítulo 12

LUCILLE eligió la habitación que estaba frente a la de él, pero solo porque fue la primera a la que llegaron. Val le dejó allí el equipaje mientras ella se sentaba en la cama.

–Voy a llamar ahora mismo a Jane –dijo él al ver que estaba a punto de llorar–. Luego, te traeré algo de comer. Si no me falla la memoria, no has cenado mucho. Pero lo primero es un buen baño relajante.

Val se dirigió entonces al baño adjunto y siguió diciéndole:

–Ya sé que dices que no estás herida, pero seguro que mañana te dolerá todo el cuerpo.

Luego, lo oyó abrir los grifos y, cuando volvió, le dijo:

–No tienes que tomarte tantas molestias conmigo, Val. No soy una inválida.

–Ya lo sé. Pero quiero hacerlo. Me apetece.

Lo mismo que a Roger le había apetecido mimarla antes de la boda y después ni se molestaba en abrirle una puerta ni llevarle algo de comer cuando estaba enferma.

Se preguntó cuánto duraría la amabilidad de Val. ¿Hasta que ella hiciera lo que él quería y se fuera a vivir con él? ¿O se podía él permitir hacer de príncipe encantado porque era solo algo pasajero? Al fin y al cabo, aquello solo iba a durar cuatro meses.

No le gustaba nada esa línea de pensamiento. Estaba empezando a fastidiarle ese cinismo constante por su parte. ¿Por qué no podía ser como esa tal Jane? Siempre llena de optimismo por muy mal que la hubiera tratado la vida.

Val asomó entonces la cabeza por la puerta.

–Jane está de camino. Tardará una media hora, así que métase de una vez en ese baño, señora. ¿O quieres que también te meta yo en él?

Ella se levantó inmediatamente.

–Ya lo haré yo.

–Me imaginaba que eso te haría moverte –dijo él y volvió a

desaparecer.

Veinte minutos más tarde, Lucille se había bañado y vestido con su camisón favorito y una bata, algo nada seductor. Con la cara lavada y el cabello cepillado como una colegiala, estaba muy lejos de la imagen sofisticada que siempre le había dado a Val.

Y aun así, cuando entró en el dormitorio al mismo tiempo que Val lo hacía con una bandeja en las manos, sus ojos revelaron que seguía encontrándola tremendamente atractiva.

La recorrió con la mirada, deteniéndose en varias parte de su cuerpo. Su boca, sus senos, los pies descalzos...

Lucille nunca hubiera pensado que unos pies descalzos fueran objeto de deseo sexual...

Por fin, él la miró a la cara.

–Tienes mucho mejor aspecto. ¿Has encontrado alguna magulladura?

Dejó la bandeja sobre la mesilla y apartó la lámpara para hacer sitio.

–Un par de ellas en la cadera derecha. Y no, no me pidas verlas –respondió ella sintiendo un pánico repentino ante la idea de levantarse la ropa para que él se las viera.

No llevaba braguitas. Siempre se las quitaba para dormir. Pero no quería que Val pensara que no las llevaba por él. Le había prometio ser solo su amigo durante los días siguientes y eso era lo que ella quería, aunque no sabía si lo estaba probando a él o a sí misma.

–No iba a hacerlo. No te he hecho nada pesado, solo un sándwich de jamón con tomate, chocolate caliente y un trozo de tarta de zanahoria para luego. Sabiendo lo mucho que te gustan los donuts, te habría traído uno, pero no tengo. Mañana compraré una docena y los congelaré para que no se echen a perder.

–No tienes que hacerlo. Puedo sobrevivir sin ellos. Y seguramente me vendrá bien no comerlos por un tiempo. Puede que pierda unos kilos.

–No te atrevas. Me gustas tal como eres.

Lucille se cansó ya de tanto cumplido y amabilidad.

–¿El que habla es mi amigo o mi amante recientemente rechazado que está tratando de ganar puntos de nuevo?

Val se encogió de hombros.

–Es solo la verdad. Adoro tu forma lujuriosa. No soporto a las mujeres delgaduchas.

–Yo estoy lejos de ser delgaducha, Val.

–Muy bien.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

–Métete en la cama y cómete ese sándwich –le ordenó Val–. Voy a abrirle a Jane y le contaré lo que te ha pasado antes de traerla aquí. Eso te dará unos minutos para que termines de comer.

Cuando Val entró con Jane, Lucille se había dejado casi toda la tarta de zanahorias y el chocolate, cosa que hizo que él frunciera el ceño, pero no dijo nada. Luego, se marchó después de haberlas presentado y cerró la puerta.

Jane fue una sorpresa para ella. Alta, con el cabello muy corto y castaño, parecía mayor que los veintitantos años que debía de tener y tenía una de esas caras de facciones marcadas que, a menudo, mejoraban con la edad. A primera vista, no era una de esas mujeres que llamaban la atención de los hombres, pero que terminaban siendo muy atractivas. Sus ojos eran de un color gris que emanaban una serenidad que Lucille envidió. También era una chica muy agradable.

–Val me ha contado lo que ha pasado –dijo Jane dejando en el suelo su maletín y sentándose luego en el borde de la cama.

Cuando cruzó las piernas, Lucille se dio cuenta de que eran muy bonitas. Probablemente tenía también una muy buena figura bajo ese vestido gris que llevaba.

–La violencia es habitual actualmente –añadió–. Por lo menos no estás herida. El pobre tipo que te robó sería seguramente un drogadicto. Tienes que sentir lástima por ellos. A veces están desesperados.

Lucille no sentía la menor lástima por él, pero esa mujer sí.

–Val me ha dicho que tienes algunas magulladuras, pero que no se las has enseñado. ¿Podría verlas yo, por favor?

–Por supuesto.

Lucille apartó la ropa de la cama y se levantó el camisón al tiempo que se volvía de lado.

Jane la exploró y le dijo:

–La verdad es que tienen mal aspecto, pero no son de preocupar. Te daré el nombre de una crema para que desaparezcan más

rápidamente. Mañana tendrás el cuerpo dolorido, pero nada que un par de baños calientes y unos analgésicos no puedan curar. Te voy a tomar la tensión arterial.

Cuando lo hizo, vio que la tenía un poco alta.

–Puede que Val tenga razón y este incidente te haya preocupado más de lo que te das cuenta. Estás muy tensa. Tu tensión no está mal, pero tienes que relajarte. ¿Quieres que te ponga una inyección? ¿O tal vez darte unas pastillas para dormir?

–Yo preferiría que no me dieras nada.

–¿Por qué?

–Porque mi madre empezó a tomar pastillas para dormir y nunca consiguió librarse de ellas. De verdad que me las puedo arreglar sin ellas. Y no es solo el incidente de esta noche lo que me tiene tensa. Es… Bueno, supongo que se le puede achacar a la vida.

–O tal vez a Val –dijo Jane mirándola con sus ojos inteligentes–. Estás enamorada de él, ¿verdad? Y te afecta tanto, que no puedes pensar correctamente.

Lucille pensó que no valía la pena negarlo.

–Se puede decir que sí –dijo y suspiró.

–Ese hombre es una amenaza. Oh, no me malentiendas. Es un tipo encantador. Extremadamente amable y sorprendentemente decente a pesar de ese padre que tiene. Solo que no se da cuenta del efecto que tiene en las mujeres. Yo estuve terriblemente enamorada de él durante años. Fue muy desagradable. ¿te ha contado cuándo y cómo nos conocimos?

Lucille asintió.

–En ese caso, ya entenderás lo vulnerable que era yo por aquel entonces. Solo era una niña con dieciocho años. Y he aquí que aparece esa impresionante y exótica criatura y cuida de mi madre y de mí, consiguiéndome trabajos y pagándome por ellos mucho más de lo que se paga habitualmente. Por suerte, tuve el suficiente sentido común como para ocultar mis sentimientos. Incluso entonces sabía que amarlo era inútil. Los chicos jóvenes tan atractivos como Val no se enamoran de las chicas normales como yo. Al final, superé mis fantasías románticas y nos hicimos amigos, que es la mejor relación para tener con él, te lo aseguro. En mi opinión, ser su novia tiene que ser un horror. Es demasiado hombre, si sabes lo que quiero decirte. Demasiado apasionado, demasiado

intenso. Solo una mujer con su mentalidad y su naturaleza puede mantener su interés. Es por eso por lo que nunca le duran las novias. No me cabe duda de que algún día se enamorará, pero que Dios ayude a esa mujer si ella no lo ama a él.

Lucille sabía exactamente lo que le estaba queriendo decir Lucille. ¿Pero era ella la mujer a la que él amaba? ¿O solo la mujer a la quería en ese momento? ¿Por qué no dejaba de acordarse de Angela?

–Val me ha dicho que solo sois buenos amigos –le dijo Jane pensativamente–. ¿Tú no le has dicho que lo amas?

–No.

–Muy bien. Si quieres que se enamore de ti, ese sería el beso de la muerte.

–Él… dice que ya está enamorado de mí.

–¿Sí? Cielo santo. No me ha dicho nada. Pero eso es maravilloso, ¿no? ¿Cuál es el problema, Lucille? ¿Por qué no le dices lo que sientes tú? ¿Es que no quiere casarse contigo?

–Todavía no me ha dicho nada de matrimonio. Aunque no nos conocemos desde hace suficiente tiempo como para hablar de eso. Es solo que estoy teniendo un montón de dudas acerca de sus sentimientos hacia mí. O más bien debería decir de su capacidad para mantenerlos.

–Oh, no, no dudes de eso. Si Val te ama, lo hará para siempre. Confía en mí.

–Hum… Puede que a Val no le guste que te diga esto, así que no le cuentes nada cuando salgas, ¿quieres?

–Ni una palabra. Pero házmelo saber cuando te pida que te cases con él. Porque, si te ama, lo hará. Y ahora volvamos a la razón por la que me ha llamado Val. Seguramente tengas razón en lo de las pastillas para dormir. Si te las puedes arreglar sin ellas, mucho mejor. Pero, por favor, no dudes en llamarme si las cosas empeoran. Ahora te daré el nombre de esa crema para los golpes. Se lo daré a Val para que llame a la farmacia de guardia y que se lo traigan si quiere, cosa que seguramente querrá.

–Entonces no se lo des a él –dijo Lucille–. Dámelo a mí y yo la iré a comprar mañana mismo.

–Buena idea. Cuando Val decide que va a jugar al Buen Samaritano, lo hace a fondo. Y no hay manera de detenerlo, cosa

que puede llegar a ser un poco agobiante. Simplemente no acepta un no por respuesta.

–«No» es una palabra que los hombres como él no entienden.

–Sé lo que quieres decir –admitió Jane–. Se lo toman como un reto y no paran hasta encontrar alguna forma de salirse con la suya. Pero es evidente que eso ya lo sabes tú. Toma, este es el nombre de la crema y un certificado para que te tomes el resto de la semana libre. Si no vas a tomar las pastillas, es mejor que no trabajes en unos cuantos días y deja que la madre naturaleza haga su trabajo y te relaje. Perdona que te diga esto, ¿pero no sería mejor que durmieras en la cama de Val? El sexo es un relajante maravilloso.

–Nos estamos dando un descanso de eso.

Jane levantó las cejas.

–Vaya. ¿Una chica que le puede decir que no a Val Seymour? Tal vez él haya encontrado la horma de su zapato después de todo. Encantada de haberte conocido, Lucille. Cuídate.

Después de que Jane se marchara, Lucille se quedó allí tumbada y pensando. Oyó abrirse la puerta de la calle y luego cerrarse. Poco después, Val entró en la habitación.

Lucille lo miró y algunas de las palabras de Jane resonaron en su mente. «No sabe el efecto que tiene sobre las mujeres. ¿Una chica que le puede decir que no a Val Seymour?»

Lo que la atraía ahora no era solo su cuerpo, sino también la mezcla irresistible de ternura y pasión que él introducía en todo lo que hacía.

–Jane me ha dicho que no quieres tomar ninguna medicación –dijo él no muy contento con ello.

–Es cierto. No la necesito.

–Una cabezota. Eso es lo que eres.

–Es mi decisión, Val.

–Y tampoco te has tomado la tarta ni el chocolate.

–Lo siento, no he podido...

–Ya veo que vas a ser una paciente difícil.

–No soy una paciente, Val. No estoy enferma.

–Has tenido un shock.

–Lo único que necesito es una buena noche de sueño.

–¿Vas a poder dormir?

–No veo por qué no.

–Tienes suerte. Entonces, buenas noches. Te veré por la mañana.

Cuando él salió, Lucille casi lo llamó, pero se contuvo justo a tiempo. Luego, apagó la luz y se tumbó en la cama.

Pero pronto se dio cuenta de que le iba a costar mucho dormirse. Debía haberse tomado el sedante que le había ofrecido Jane. Cualquier cosa era mejor que el tormento emocional que estaba sufriendo.

Por fin, no lo pudo soportar más, encendió de nuevo la lámpara y se levantó de la cama para dirigirse a la puerta. Tal vez Val tuviera algo que se pudiera tomar. Cualquier cosa.

–¿Val? –dijo cuando llegó a su puerta.

La puerta se abrió casi inmediatamente y apareció él, con nada más que los pantalones del pijama. A ella se le alteró el cuerpo al ver el suyo semidesnudo.

–¿Qué pasa? –preguntó él ansiosamente.

–No puedo dormir.

–Te lo advertí, ¿verdad?

–¿Tienes algo que me pueda ayudar a relajarme?

Él la miró duramente por un momento y ella se preguntó si no le estaría leyendo la mente.

–Puede que tenga algo. Vuélvete a la cama, que te lo llevaré.

Ella ya estaba cubierta por las sábanas cuando apareció el con lo que parecía un vaso de agua en la mano y nada más.

–Tómate esto –le ordenó.

Ella lo hizo pensando que habría disuelto algo en el agua.

–¿Qué es? –le preguntó cuando hubo terminado.

–Solo agua. No he podido encontrar nada. No suelo tomar pastillas. Pero no era una pastilla lo que estabas buscando cuando me has llamado, ¿verdad?

–No sé lo que quieres decir. ¡Por supuesto que lo era!

–Puede que logres engañarte a ti misma, Lucille, pero no me puedes engañar a mí. Lo puedo ver en tus ojos. Tú lo que quieres es sexo.

Ella se quedó boquiabierta.

–No debe darte vergüenza –añadió él–. ¿Así que para qué negarlo? ¿Por qué negártelo a ti misma? Necesitas relajarte, Lucille, y el sexo lo puede conseguir. Sabes que yo puedo. Solo cierra los ojos, túmbate y deja que yo...

Lucille cerró los ojos y dejó que sus palabras la inundaran.

Después de apartar la ropa de la cama, él empezó a besarla en la boca, y luego fue bajando lentamente por su cuerpo, mientras le iba quitando el camisón a la misma velocidad.

Si la intención de él era relajarla, entonces ciertamente, no era la única. Le dedicó todo el tiempo del mundo a sus senos, no apartándose de ellos hasta que los pezones no estuvieron duros. Le ardían después de haber sido acariciados con los dientes y lamidos dulcemente. Lucille pudo sentir el húmedo calor de su excitación entre los muslos, que le empezaron a temblar mucho antes de que él los alcanzara.

–Pobre chica –murmuró él mientras le besaba las magulladuras que tenía en la cadera y el muslo.

Ella tragó saliva cuando la boca de él aterrizó de lleno en el mismo centro de sus sensaciones. Para entonces ya estaba gritando llena de necesidad. No había esperanza de que pudiera contenerse cuando la lengua de él empezó a lamerla y, cuando sus labios se cerraron a su alrededor y chupó, ella llegó al clímax como una avalancha.

–Lo siento –gimió–. Lo siento.

–No seas tonta –respondió Val–. No tienes nada que lamentar. No quiero nada para mí. Esto es para ti, querida. Todo para ti.

Y, para su alegría y sorpresa, él llevó de nuevo los labios hacia su cuerpo.

–¿Has dormido bien? –fue lo primero que él le preguntó cuando ella salió de la habitación a la mañana siguiente.

Val estaba sentado frente al bar sobre uno de los taburetes e iba vestido de negro otra vez. Había estado leyendo el periódico y se había afeitado.

–Muy bien, gracias a ti. ¿Y tú?

Él se encogió de hombros y sonrió.

–He dormido mejor otras veces.

–Me siento mal por no ir a trabajar. Me encuentro maravillosamente.

–Entonces ven conmigo al teatro. No estaremos mucho tiempo, un par de horas como mucho. Hoy solo ensayan los dos

protagonistas y al resto les he dado el día libre.

–¿Por qué tienes que ir tú? ¿No es trabajo del director? ¿No lo habrás despedido?

–No. Tiene un virus gástrico. Era por eso por lo que estaba tan molesto. Con suerte será uno de esos de corta duración y podrá volver mañana. Pero para ser sincero, me alegro de tener la posibilidad de arreglar las cosas entre Angela y Raoul sin que Nigel esté por ahí. Algo está pasando ahí que no me gusta. Un choque de egos, seguramente. Pero su baile más importante, el tango, la mejor parte del espectáculo, no es nada inspirador en estos momentos, así que voy a tener que soltarles un sermón hoy mismo. Este espectáculo va a ser un éxito, aunque tenga que hacer de malo.

–No te imagino siéndolo.

Val sonrió pícaramente.

–Eso es porque, hasta ahora, solo te he mostrado mi lado bueno.

Aun así, a Lucille no le importó la idea de verlo haciendo el malo con esa tal Angela. Sería su única oportunidad de ver en acción a Flame, ya que no iba a permitir que Val la convenciera para que asistiera al estreno del viernes. Después de lo que había sucedido la noche anterior, era una tontería pensar que ella no iba a continuar con esa relación. Pero iba a tener que seguir siendo algo muy privado durante mucho tiempo.

–Iré –dijo–. Si me prometes que no habrá fotógrafos cerca.

La sonrisa de él se esfumó.

–Yo no invito a la prensa a los ensayos. Pero si aparece alguno, entonces te presentaré como mi prima.

–Hermana estaría mejor.

–Yo no tengo hermanas.

–Entonces invéntate una.

Capítulo 13

LUCILLE estaba sentada entre las sombras de la parte de atrás de la sala de butacas, observando el ensayo desde lejos. Una hora antes, había rechazado la oferta de Val de ser presentada a Angela y Raoul.

–¿Quién quieres que diga que eres? –le había preguntado él–. No les puedo decir que eres mi hermana.

–No les digas nada, yo me mantendré apartada.

Él no se lo había discutido, pero era evidente que no le gustaba nada la idea.

Desde entonces, había pasado una hora y estaba claro que los dos bailarines no lo estaban haciendo nada bien.

Raoul era un hombre muy atractivo, no tan alto como Val, pero esbelto y elegante, con el cabello y los ojos oscuros y un rostro orgulloso.

Y Angela...

Trató de no ponerse celosa o preocupada al ver a esa chica. Val había admitido que la quería mucho. Era más impresionante en vivo que en las fotos. Una belleza de cabello y ojos oscuros, piel color oliva y un cuerpo lujurioso como Val admitía que le gustaban.

Ninguno de los dos bailarines estaban vestidos para la obra en ese momento, aunque Angela llevaba unas espectaculares mallas blancas y calentadores. A Lucille no le cupo duda de que, cuando se transformara en Flame para la obra, su ropa sería tan caliente como sugería el nombre. Los bailarines latinos eran famosos por la poca y reveladora ropa que llevaban. Se le retorcieron las entrañas cuando pensó que Val pudiera desear a esa lujuriosa criatura a pesar de haberle declarado su amor a ella. Los celos solo se le pasaron cuando recordó que Angela había preferido al padre antes que al hijo.

¿Pero qué sucedería si esa mujer cambiaba alguna vez de opinión y le dedicaba sus atenciones al hijo? ¿Cuánto duraría el supuesto amor de Val hacia ella si se veía enfrentado a esa

tentación?

Val les estaba regañando porque no podían suficiente pasión en el asunto y, cuando la música empezó de nuevo, Lucille se acercó un poco más.

Entonces, pudo ver a lo que se estaba refiriendo Val. A pesar de que tanto Angela como Raoul bailaban perfectamente, había una frialdad en sus movimientos notable, así como una evidente falta de fuego en sus facciones.

Pocos pasos después, Val estaba de nuevo en pie junto a ellos.

–¡Por Dios! –exclamó y apartó a Raoul–. No tienes ni idea, ¿verdad? Esto es lo que quiero.

Entonces tomó a Angela en sus brazos y añadió:

–Y ahora baila como lo harías si estuvieras realmente enamorada de tu compañero. No te contengas. Da todo lo que tengas.

Lucille se sintió a la vez fascinada y anonadada por lo que sucedió a continuación.

Como Val había dicho, el tango era un encuentro sensual y apasionado, la expresión artística de un hombre lleno de deseo persiguiendo a su mujer, capturándola y seduciéndola. O eso era lo que Lucille había pensado siempre. Se suponía que tenía que ser una experiencia erótica para ambos bailarines y para los espectadores.

Ver a Raoul y a Angela bailando en el escenario no había encendido ninguna llama en su interior.

Pero ver a Val y a Angela bailar lo mismo fue una experiencia completamente distinta. Al principio, Lucille se quedó simplemente maravillada por la habilidad de Val. Técnicamente, era tan bueno como Raoul. Él le había dicho que le gustaba bailar, pero no que fuera tan bueno.

Pronto, dejó de fijarse en la habilidad de Val y unos celos feroces se apoderaron de ella cuando se percató de que lo que estaba viendo no era una actuación. La pasión en el rostro de Val era demasiado intensa para ser fingida. La forma en que se movían esos cuerpos era demasiado real como para no ser el resultado de una aguda tensión sexual.

Lucille podía sentir su tensión. Y su calor.

Si ella lo notaba desde lejos, ¿qué estaría sintiendo Angela

estando entre sus brazos?

Se sintió desesperada cuando tuvo la evidencia de lo que estaba sintiendo esa mujer. Porque ya no era Angela, sino Flame. Una Flame que sabía que tenía un compañero que ardía por ella y ella por él.

Cuando terminó el baile, Val la sujetó firmemente contra su pecho, ella levantó una pierna y le frotó con ella lentamente la cadera antes de dejarla caer de nuevo al suelo mientras Val la sujetaba toda curvada e inclinándose sobre ella.

Suspiró y pensó que había sido una idiota al esperar que él estuviera realmente enamorado de ella. Jane le había dicho la verdad. Solo una mujer como ella podía satisfacer a Val. Solo había que verlos juntos para darse cuenta de la buena pareja que hacían, tanto en temperamento como en intereses.

Se quedó sentada, preguntándose qué podía hacer, y entonces Raoul se adelantó y apartó a Angela de los brazos de Val. Les gritó algo en un lenguaje que ella no pudo entender y Angela le respondió otra cosa y luego le dio una bofetada. Cuando Val trató de intervenir, Raoul se dirigió a él y lo llamó de todo en el mismo idioma. Luego, se pusieron a insultarse todos entre sí.

Lucille podía no entender nada de lo que se estaban llamando, pero sí el tono y la expresión de sus rostros. No hacía falta ser un genio para ver que aquello era otro triángulo amoroso que Angela estaba tratando de organizar.

No se podía creer que una mujer pudiera ser tan manipuladora. ¿Le gustaría ver como se peleaban por ella los hombres?

Al final, Raoul salió corriendo y Angela se arrojó llorando en brazos de Val.

Un Val que no dudó en abrazarla y murmurarle palabras de consuelo, esta vez en inglés.

–Tranquila, tranquila –decía–. No te lo tomes tan a pecho. No lo ha dicho en serio. Estoy seguro de que te sigue amando. Mucho. Ningún hombre se enfada tanto a no ser que esté locamente enamorado de la mujer en cuestión.

Lucille recordó entonces que, cuando conoció a Val, estaba fuera de sí porque Angela se había acostado con su padre.

–Te equivocas –gimió Angela–. Ya no me quiere nadie. Todos creen que soy una zorra. Max, Raoul, tú...

–Max no cree que seas una zorra. Él no piensa así. Ni yo tampoco. Pero la verdad es que has actuado muy mal acostándote con un hombre cuando realmente era a otro a quien querías. Pero no te lo voy a tener en cuenta. Todos hacemos estupideces cuando somos jóvenes.

–¿Tú me sigues queriendo? –le preguntó ella mirándolo suplicante.

–Yo siempre te he querido, y lo sabes muy bien.

A Lucille se le cayó entonces el alma a los pies.

–Y yo a ti, Valentino. Eres el mejor de los hombres. Mucho mejor que tu padre. No sé por qué me acosté con él. Debí volverme loca. Raoul acababa de decirme que todo había terminado entre nosotros y estaba muy dolida, quería hacerle daño y se lo hice, con Max.

Val la miró sorprendido.

–¿Quieres decir que Max no te sedujo?

–No. Lo seduje yo. Puedo ser una chica muy mala, Valentino. Muy mala. ¿Me perdonarás? Sé lo mucho que te enfadaste cuando nos encontraste en la cama.

–No lo vuelvas a hacer.

–No lo haré. Te lo prometo. Y no estés enfadado con tu padre. Realmente no fue culpa suya.

Val sonrió tristemente.

–Supongo que resistirte a ti cuando te pones en plan seductora debe de ser algo imposible para un hombre como Max. O para casi cualquier hombre, me imagino.

–¿Tú crees?

–Sí, eso creo.

¡Ya estaba bien! Lucille no pudo soportarlo ni un momento más, así que se puso en pie y se dirigió hacia el escenario decidida a poner fin a aquello de una vez por todas. Val levantó la cabeza e hizo una mueca cuando vio la cara de Lucille. La miró como disculpándose, como si le fuera a explicar todo. Pero ya era demasiado tarde para eso. La ira se había apoderado de ella y no estaba para explicaciones. ¿De verdad que pensaba que se iba a creer una palabra de lo que le dijera ahora?

–Perdona, Val –dijo fríamente–. Pero tengo que irme a casa. Y me refiero a la mía, no a la tuya.

Angela la miró sorprendida. Sin duda ni la había visto, sentada donde estaba.

–¿Valentino? –preguntó–. ¿Quién es esta mujer?

–Esta mujer, mi querida Angela, es una que no confía nada en el hombre que la ama –respondió él.

Lucille arqueó una ceja. Si él se imaginaba por un momento que podía convencerla de que sentía alguna especie de amor platónico por esa chica, se equivocaba. Los actos hablaban mucho más claro que las palabras. ¡Había visto cómo bailaba el tango con ella y eso no se le iba a olvidar enseguida!

Angela miró sorprendida al hombre que seguía abrazándola.

–¿Tú la amas? –le preguntó claramente extrañada.

–Más de lo que hubiera creído posible.

Angela soltó un grito, se puso de puntillas y le cubrió el rostro a besos.

–¡Hey, para! –protestó Val y la hizo apartarse–. Le vas a volver a dar ideas equivocadas a Lucille. Ella ya cree que las cosas entre nosotros son demasiado íntimas.

Angela se volvió y miró a Lucille con el ceño fruncido.

–¿Tú crees que mi Valentino engañaría a la mujer a la que lleva esperando toda la vida para enamorarse? ¿Qué clase de tonta eres tú? No creo que te merezcas el amor de mi hermano –le gritó furiosa.

–¿Tu hermano? –preguntó Lucille atontada.

–Hermanastro –intervino Val–. Lucille no sabía que somos parientes. Como me pediste que no le contara a nadie que lo somos, no lo he hecho.

–Eso no es excusa. Incluso aunque no fueras mi hermano, ella debería tener más fe en ti. No eres como tu padre. Ni como el idiota de Raoul. Eres bueno, amable y sincero. Así que sigo creyendo que debe disculparse contigo –dijo Angela.

Lucille se puso tenso. Si alguien tenía que disculparse, ese era Val, por mentirle sobre Angela. Y por haberla hecho pasar un infierno con la forma en que había bailado ese tango con su hermana.

Val vio su expresión y sonrió.

–¿Por qué no vas a buscar a Raoul y te disculpas tú también? –le dijo a Angela–. A tu propia e inimitable manera, por supuesto.

Angela sonrió pícaramente.

–¿Te das cuenta de que esto va a ser el fin de los ensayos por hoy?

–Está bien. Cuando te hayas arreglado con él, estoy seguro de que Raoul pondrá más pasión en el baile.

–Puede que tengas razón en eso, hermano –respondió Angela riendo mientras se alejaba–. Lo que no estará nada mal, porque ese hombre no sabe actuar.

–Es difícil actuar cuando se está enamorado –dijo Val mirando a Lucille–. El corazón tiene una mente propia.

–¡Bah! La mayoría de los hombres no saben siquiera dónde tienen el corazón. La única parte del cuerpo que se pueden encontrar está más abajo del cinturón, y eso no siempre.

Luego, se detuvo delante de Lucille y añadió:

–He dicho la mayoría de los hombres, no mi hermano. Él sí que tiene un corazón. Así que cuidado con hacerle daño, chica, o vas a tener que responder por ello. Créeme, no soy tan suave como él, yo estoy hecha de otra pasta. ¡Mi padre era torero!

Luego se volvió y se alejó de allí.

–Recuérdame que nunca haga enfadar a tu hermana –dijo Lucille cuando Angela se hubo marchado.

Val bajó lentamente los escalones del escenario sin dejar de mirarla.

–Ni a mí. Y ahora deja de mirarme como si hubiera hecho algo malo. Angela tiene razón. Tu ignorancia de nuestro parentesco no es excusa para tu falta de fe en mí. Así que, ¿qué tienes que decir en tu defensa? –dijo él y se detuvo delante de Lucille con los brazos cruzados.

–Bailas muy bien –respondió ella no dejándose intimidar–. Y también actúas muy bien.

–Eso no fue una actuación. Porque no estaba bailando con Angela en realidad. Estaba bailando contigo, mi querida Lucille.

–Oh...

–¿Es que te lo tengo que demostrar todo mil veces? ¿Cuándo me vas a creer en algo?

Val la tomó entonces entre sus brazos.

–Sé justo, Val. ¿Tienes idea de lo amenazadora que puede ser para una relación una mujer como tu hermana? Es tan hermosa, tan

sexy y apasionada... Es todo lo que yo creía que te podían tentar a ti. Si me hubieras dicho desde el principio que era tu hermana, yo no me habría imaginado esas cosas desagradables. Ni me habría puesto celosa. Estoy segura de que a ella no le habría importado que me lo contaras confidencialmente.

–Puede que yo quisiera ponerte celosa –admitió él–. Puede que necesitara ver alguna evidencia de que tú sentías más por mí que solo lujuria. Pero no lo hice deliberadamente. No al principio. Más tarde, tal vez sí. Me gustaba ver tu reacción cada vez que Flame entraba en la conversación. Eso me daba esperanzas. Nunca antes había tenido a mi lado a una mujer que no estuviera orgullosa de ello. Para mí ha sido una situación muy difícil de soportar.

–Sí –admitió Lucille por fin–. Ahora me doy cuenta de que debe de haberlo sido. No quería hacerte daño, Val. Es solo que temía resultar herida yo misma.

–Ya lo sé. Y probablemente tenías todas las razones para temerlo. Mi pasado con las mujeres no es muy recomendable, ¿verdad? Pero yo te amo, Lucille. Angela tenía razón cuando dijo que he esperado toda la vida para enamorarme. Lo he hecho y estaba empezando a pensar que no lo haría nunca. A veces me preguntaba si no habría heredado la inestabilidad amorosa de mis padres porque nunca sentí esa cosa especial de la que habla la gente. Hasta que te conocí a ti.

Entonces, él se inclinó y la besó con una mezcla seductora de ternura y ansia.

–Dime que me amas –susurró–. Dímelo...

–Yo... Te amo –confesó ella por fin y él la abrazó con más fuerza.

–Entonces no me mantengas más tiempo en secreto, querida. No lo puedo soportar. Quiero que te sientas orgullosa de amarme. Ven conmigo al estreno del viernes. Por favor, Lucille, no me digas que no. Tienes que librarte de ese cinismo tuyo y empezar a confiar de nuevo en alguien, en mí. Te prometo que yo nunca te haré daño.

El corazón de Lucille ansiaba hacer lo que él le estaba pidiendo, aunque su cabeza seguía preocupada.

Pero esta vez fue el corazón quien ganó.

–De acuerdo –dijo suspirando.

Val gruñó de satisfacción.

–No sabes lo feliz que me has hecho –murmuró y la besó de nuevo.

Capítulo 14

CUANDO, a la mañana siguiente, Lucille entró en su casa, vio que tenía un mensaje en el contestador.

Pensó que debía de ser Michele y que tenía que contarle lo que le estaba sucediendo ya que, si no, se iba a enterar de todas formas por la prensa en cuando asistiera al estreno con Val.

Había decidido volver al trabajo ese jueves precisamente por eso mismo, porque no podía tomarse la semana libre y que luego la vieran por ahí del brazo de Val.

Pero el mensaje no era de Michele, sino, sorprendentemente, de su madre, que en tonos tristes, le decía que no la llamaba nunca y que esperaba que los fuera a ver el día de Navidad.

Lucille se sintió culpable por no haberla llamado últimamente y por no quedarse nunca en su casa más de lo que era el mínimo requerido por la educación.

Se dijo a sí misma que tenía que llamarla y continuó con los mensajes. El siguiente sí que era de Michele, que le decía que la había llamado al trabajo y le habían dicho que estaba enferma. Esperaba que estuviera bien para el viernes, ya que Tyler había conseguido entradas para el estreno de un espectáculo de baile sudamericano y que ese sería el lugar perfecto para llevar el vestido rojo que le había regalado.

Lucille agitó la cabeza. Ciertamente iba a ir a ese estreno, pero no con ellos.

Ahora sí que le tenía que contar la verdad a Michele, toda la verdad y nada más que la verdad.

Se resignó a las posibles bromas de su amiga y marcó el número de teléfono de su trabajo.

–¡Lucille! Gracias a Dios. ¿Dónde te has metido? Y no me digas que has estado enferma porque no me lo creo.

–No, no he estado enferma. Es que el lunes me asaltaron.

–¡Pobrecilla! ¿Estás bien? ¿Qué te pasó?

Lucille le contó un resumen de lo que había sucedido.

–¿Y no había nadie cerca que te ayudara después? Qué desagradable. Deberías haberme llamado inmediatamente. Yo te habría traído a casa conmigo. No deberías haberte quedado sola después de algo tan horrible.

–La verdad es que llamé a alguien. Michele. Y él me llevó a pasar la noche en su casa.

–¿Y quién es él? –le preguntó Michele extrañada.

Lucille respiró profundamente.

–Un hombre con el que he estado saliendo. Y por favor, no te enfades conmigo. Lo conocí hace tres semanas y... No quise decir nada porque no pensaba que nuestra relación fuera a llegar a ninguna parte.

–¿Relación? ¿Has estado teniendo una relación con un hombre y no me lo has contado?

–Lo siento.

–¡Que lo sientes! Ciertamente lo vas a sentir si no me lo cuentas todo ahora mismo. ¿Quién es él? ¿Cómo y cuándo lo conociste? Y no te atrevas a dejarte el más mínimo detalle, Lucille.

–Bueno, yo... Lo conocí hace tres semanas por el trabajo. Es el hombre al que le encontré ese piso de lujo en Darling Harbour ese día, ¿recuerdas?

–¿El señor difícil de satisfacer? ¿El tal Valentino? ¿Cómo iba a poder olvidarlo? Te pregunté por él y me dijiste que sería el último hombre sobre la tierra con el que tendrías una relación.

–Entonces no estaba teniendo una relación con él, solo sexo. Y su nombre no es exactamente señor Valentino, sino Val Seymour. Seguro que has oído hablar de él –dijo ella y esperó la reacción de su amiga.

–¡Cielo santo! –exclamó Michele.

–¿Es eso lo único que tienes que decir?

–Me he quedado sin habla.

–Ya lo sé, ya lo sé. Es un playboy. Pero no es tan malo como dicen. Al principio creía que lo era y fue por eso por lo que no te hablé de él. Pero ya no pienso así. La verdad es que es un hombre muy dulce.

–¿Es Lucille Jordan, la cínica, residente en el norte de Sidney la que está hablando ahora?

–Estoy tratando con todas mis fuerzas de no serlo. Mira,

Michele, tú misma me dijiste que tenía que sobreponerme a mi matrimonio y empezar a vivir de nuevo.

–Y te lo tomaste literalmente, ¿no? Tener una relación con Val Seymour... ¡Cielo santo! ¡Ese hombre hace que Tyler parezca tímido! No me lo puedo creer.

–Lo harás cuando me veas con él en el estreno de *Se necesitan Dos para Bailar el Tango* este viernes por la noche. Es el productor de la obra.

–¿Qué? ¡Vaya una coincidencia! Pero es fantástico. La verdad es que es muy excitante. No puedo esperar a verte con él llevando mi vestido. Solo espera a que se lo cuente a Tyler, le va a encantar. Cree que eres una gran chica y se enfada cuando le digo que ya no quieres nada con los hombres. Dice que es un auténtico desperdicio.

–¿Así que no crees que esté haciendo mal?

–¡No seas ridícula! Yo no te podría haber elegido un hombre mejor para despertar esas vagas hormonas que tenías.

–Er... Ha hecho algo más que despertar mis hormonas. Me he enamorado de él.

–Oh, querida, eso es de preocupar. Yo creía que solo lo estabas utilizando para el sexo y un poco de diversión.

–Él... Dice que se ha enamorado de mí también.

–Ah, bueno, entonces está bien.

–¿Lo crees de verdad, Michele?

–¿Por qué te iba a decir un hombre que te ama si no te amara? Val Seymour puede tener cualquier chica que quiera sin tener que mencionar esa frase. Una persona inteligente me dijo a mí lo mismo sobre Tyler una vez y a mí me pareció que tenía mucho sentido. Ahora yo te lo estoy diciendo a ti. Confía en mí, Lucille. Y también en él. Porque si no empiezas a confiar pronto, te vas a ver condenada a una eternidad de tristeza.

–Sé que tienes razón.

–Por supuesto que la tengo. ¿Puedo ser dama de honor en tu boda?

–¿No crees que es un poco pronto para eso?

–Es cierto. Entonces, ¿cuándo te vas a ir a vivir con él? –insistió Michele.

–Me ha pedido que lo haga, pero yo le he dicho que no.

–¿Y por qué? No, no me lo digas, no quiero oír tus comentarios

cínicos acerca de los hombres. La vida es un juego de azar, Lucille, lo mismo que el amor. Si no juegas, no puedes ganar.

–Pero tampoco puedo perder.

–Es mejor haber amado y perdido que no haber amado en absoluto.

Lucille se rio.

–Tú no te rindes nunca, ¿verdad?

–No cuando la felicidad de mi amiga está en juego.

A Lucille la afectaron las palabras de Michele. Y también la inspiraron.

–Tienes razón –dijo firmemente–. Ya es hora de tomar una decisión.

–¡Esa es mi chica!

–Voy a llamar a Val ahora mismo para decirle que me voy a ir a vivir con él este fin de semana.

–Buena idea.

–Y luego voy a llamar a mi madre y tendré una charla con ella.

–¿He oído bien? ¿Has dicho que vas a llamar a tu madre?

–Sí.

–Eso es demasiado. Tengo que colgar. Una chica solo puede soportar unos pocos shocks en un día.

Lucille se rio.

–Lo siento.

–No lo sientas. Todo eso son buenas noticias, pero realmente tengo que colgar. Te veré el viernes por la noche. ¡Y no te olvides de llevar mi vestido rojo!

La noche del viernes llegó demasiado deprisa y Lucille volvió a ponerse nerviosa mientras se daba los últimos toques. Estaba en casa de Val y llevaba allí desde poco después de que lo llamara el miércoles para decirle que se iba a vivir con él. Val se había mostrado ansioso y la había ayudado encantado a hacer la mudanza inmediatamente.

Lucille no había dejado por completo su piso, por si alguna vez necesitaba algo o si tenía que retirarse a él si las cosas no iban bien. Val no sabía que el piso era suyo, así que ella no le había contado todo eso, ya que sabía que solo conseguiría hacerle daño. Él había

parecido genuinamente encantado con su decisión y ella no había querido aguarle la fiesta. Val se había reconciliado incluso con su padre y la noche anterior se había pasado un buen rato hablando con él por teléfono acerca de ella.

Max, siempre el mismo, se había puesto lírico hablando de ella, diciéndole que se había quedado muy impresionado las dos veces que la había visto en casa de Erica.

La madre de ella no se había mostrado tan entusiasmada cuando la había llamado y le había hablado de su relación.

–Yo lo amo, mamá. Y él me ama a mí –le había dicho.

–Todo eso está muy bien, querida –había respondido su madre–. Pero los hombres como él no se casan con chicas normales como tú. Eso si es que se casan.

Lucille pensó que eso mismo era lo que había pensado ella al principio y se preguntó en cuántas cosas se parecía ella a su madre.

–Supongo que te estarás acostando con él –continuó su madre.

–La verdad es que me voy a vivir con él hoy mismo.

–Entonces nunca se casará contigo. ¿Por qué comprar una vaca cuando se puede tener gratis la leche?

–Oh, mamá, estás chapada a la antigua.

–Pero eso no significa que sea estúpida, hija. Hay muchos hombres que no se casarían nunca si pudieran tener lo que quieren sin hacerlo. Ciertamente, los hombres como Val Seymour no necesitan hacerlo. Ya tienen todo el sexo que quieren sin darles nada duradero a sus novias, salvo lo que se consigue con sus cuentas corrientes. Si ese hombre te ama de verdad, querrá casarse contigo, También querrá hijos tuyos. Pero no querrá mostrarte a la gente para que piensen de ti que eres poco más que un adorno.

–Yo no soy un adorno –protestó ella.

–No, no lo eres. Así que no hagas nada que haga que la gente piense que lo eres.

–Mamá –dijo ella con la poca paciencia que le quedaba–, yo amo a ese hombre y voy a vivir con él. Por favor, trata de entenderlo y apóyame en esto.

–Yo solo quiero que seas feliz, Lucille. Te conozco, hija. Y no serás feliz sin un matrimonio e hijos. Fue por eso por lo que me molestó tanto cuando dejaste a Roger.

–Roger era un canalla, mamá. No un príncipe.

–¿Y ese Val es un príncipe?

–Eso creo. Y es lo único que importa. Mira, ¿puedo llevarlo para que lo conozcáis en Navidad o no?

–Por supuesto que puedes. Pero no esperes que tu padre se sienta impresionado con un hombre que no se quiere casar con su hija.

Lucille suspiró cuando recordó esa llamada. El problema estaba en que su madre probablemente tenía razón. Ella no sería verdaderamente feliz sin un matrimonio e hijos. Tampoco le gustaba pensar en que la gente especulara sobre su relación con Val.

Y tampoco estaba muy ansiosa por que llegara la Navidad. Preferiría no llevar a Val a casa de sus padres si ellos lo iban a mirar suspicazmente, pero si no lo hacía, Val pensaría que no se sentía orgullosa de él.

Entonces, llamaron a la puerta de la habitación.

–No entres –le dijo–. Casi estoy lista y saldré en un momento. No llegamos tarde, ¿verdad?

–No. Hay tiempo de sobra. Solo había pensado descorchar una botella de champán antes de que llegue el coche. Sal al salón cuando estés.

–De acuerdo.

Lucille se había vestido en una de las habitaciones de invitados para sorprender a Val cuando terminara de arreglarse. Michele había tenido razón con lo del vestido rojo. Era muy sexy. Lo había combinado con unas sandalias doradas y pendientes de oro. Llevaba el rubio cabello suelto. El maquillaje resaltaba sus ojos y el tono rojo de labios hacía juego con el vestido.

Pero era su cuerpo lo que tal vez haría caerse de espaldas a Val. Con la ropa interior sexy que se había comprado recientemente, tenía una figura similar a la de un reloj de arena, con la cintura muy estrecha y el busto y trasero definitivamente marcados.

Satisfecha, Lucille se puso un poco de perfume, tomó el bolso y salió de la habitación.

Fue lentamente hacia el salón, moviendo provocativamente las caderas mientras se acercaba a donde estaba Val sirviendo el champán.

Se quedó helado en cuanto la vio y sus ojos le dijeron todo lo que ella necesitaba saber.

–Vaya vestido –dijo él por fin–. Y vaya mujer.

–Gracias. Tú también estás muy atractivo.

Y era cierto. Él iba de negro como casi siempre, y eso le sentaba bien a casi todos los hombres, pero a Val le sentaba mucho mejor todavía.

–Y tú vas a hacerle sombra a todas las mujeres esta noche.

–Michele dijo que este vestido es muy apropiado para bailar el tango.

–Y tiene razón –dijo él acercándose–. ¿Bailamos?

–Pero yo no sé bailar el tango.

–¿Sabes bailar?

–Sí, se me da muy bien.

–Entonces no hay problema. Yo te llevaré. Tú sígueme. Solo mírame a los ojos y confía en mí.

Lucille se rio.

–¿No me quieres mirar los pies?

–Eso no hay que hacerlo nunca bailando el tango. Siempre hay que mirar a los ojos de tu compañero de baile.

–¿Y la música?

–Yo me ocuparé de eso –afirmó él y empezó a tararear *La Cumparsita*.

Lucille no tuvo ni idea de cómo lo lograron, pero pronto estuvieron bailando el tango. O una versión. Su versión privada y personal, llena de una pasión e intimidad que la sorprendió. Ni siquiera cuando hacían el amor se había sentido tan unida a él.

Se decía que los ojos eran el espejo del alma y lo eran, una vez que todas las defensas habían sido derribadas. Los ojos de él le hablaron de la profundidad de su amor por ella. Lucille solo pudo esperar que los suyos le estuvieran diciendo lo mismo a Val.

–No puedo esperar –dijo él entonces–. Lo tengo que hacer ahora mismo.

Entonces la dejó repentinamente y se dirigió al dormitorio. Lucille se quedó mirándolo con el corazón acelerado. ¿A dónde iba? ¿Y qué era lo que tenía que hacer?

Veinte segundo más tarde, estaba de vuelta. Se puso de rodillas delante de ella y le mostró una cajita verde que había ocultado en la mano. Entonces a ella se le hizo un nudo en la garganta.

Val abrió la caja y en ella apareció un anillo con una gran

esmeralda y diamantes.

–Ya sé que esto es prematuro –dijo Val–. Sé que me arriesgo a que me rechaces. Pero no lo puedo soportar más, Lucille. Te amo mucho y sé que tú también me amas a mí. Dime que te casarás conmigo. Si necesitas tiempo para estar segura, la boda no tiene por qué ser demasiado pronto. Esperaré. Por ti esperaré para siempre.

Lucille no se pudo creer la alegría que le llenó el corazón ante semejantes palabras y los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Oh, Val…

–Espero que sean lágrimas de felicidad lo que estoy viendo. Me gustaría que eso signifique que sí.

–Significa que sí.

Val se puso en pie de un salto, lleno de alegría.

–¡Sí! –gritó–. ¡Cielos, ha dicho que sí!

–Sí –repitió ella sonriendo.

–¿Y te gusta el anillo que he elegido? Pensé que hacía juego con tus preciosos ojos.

–Es magnífico. Espero que me valga.

–Yo también. Llevo mucho tiempo estudiando tus dedos y me parecieron del mismo tamaño que los de Angela, así que me la llevé a ella para que se lo probara.

Luego, se lo puso. Efectivamente, le quedaba perfecto.

–De paso, Angela me dijo que te dijera que, si no decías que sí, ibas a tener que responder ante ella.

–Esa hermana tuya es terrible, Val. Pobre Raoul.

–El pobre Raoul está teniendo de lo que más le gusta. Y su actuación de esta noche lo va a reflejar. Pero yo dudo de que este sea un caso de amor verdadero. Angela es como mi madre y se deja llevar por al calor del momento, pero luego se aburre. Ni siquiera está interesada en casarse o tener hijos. Lo único que quiere es su trabajo.

–¿Y tú, Val? –le preguntó Lucille ahora que él le había dado la oportunidad–. ¿Tienes interés en tener hijos?

–Me preocupaba que me preguntaras eso. Ahora no sé qué responderte. Deja que te diga que lo que tú quieras. Sé que te traumatizó perder a tu hijo y entenderé si no te quieres arriesgar a pasar de nuevo por algo así.

–Val. ¿Tú quieres tener hijos?

–Sí. Oh, Cielos, sí. Me encantaría tener hijos contigo.

–Yo tengo ya casi treinta y un años, ¿sabes?

–Y es por eso por lo que hemos de casarnos pronto, ¿no crees? No hay tiempo que perder.

–Val Seymour, eres el hombre más maravilloso del mundo y yo te amo locamente. Pero no me voy a precipitar en nada. Quiero por lo menos seis meses de sexo antes de pasar a la vida de casada y tener un hijo. Pero después de eso, me gustaría tener un par de ellos.

–Creo que deberíamos brindar por ello.

Val tomó las copas, le ofreció una y levantó la suya.

–Por mi encantadora novia –dijo–. Y la futura madre de, por lo menos, dos Seymour más.

–Y por mi hermoso novio –respondió Lucille–. El hombre que restauró mi fe en el amor y en los hombres. Va a ser un padre fantástico, casi tan bueno como amante.

–Espero que sigas pensando eso dentro de treinta años.

–¿Crees que seguiremos haciéndolo por entonces? –bromeó ella.

–Habla por ti misma. Yo tengo unos genes muy viriles.

Lucille pensó entonces en Max, aún extremadamente atractivo y fuerte con sesenta años.

–Eso es cierto. Pero asegúrate de que guardas esa virilidad solo para tu esposa.

–Lo haré, te lo prometo.

–Si no lo haces, puede que eches a faltar una pequeña parte de tu anatomía.

–Entonces vas a tener que hacerlo deprisa porque, si tú accedías a casarte conmigo, Angela ha amenazado con cortarme eso mismo si te soy infiel.

Lucille se rio y el teléfono empezó a sonar entonces.

–Ese debe de ser el coche –dijo él–. Ya es hora de marcharnos.

El teatro estaba lleno de gente y de periodistas, que se pusieron a hacerles fotos nada más llegar. Otro coche había llegado antes y de él salió una pareja que Lucille reconoció enseguida. Max, muy elegante y vestido de gala junto con Erica, igual de elegante con un vestido negro.

Su jefa no pareció sorprendida por verla con Val, por lo que ella sospechó que debía saberlo ya.

Cuando estuvieron un poco más tranquilas, ya en las escaleras de la entrada al teatro, Erica le dijo:

–Ya veo que has superado tu aversión a los playboys, Lucille.

–En absoluto. Mi novio ya ha dejado de serlo –respondió ella, mostrándole el anillo.

–¡Cielo santo! –exclamó Erica–. Max no me ha hablado de eso. ¡Max! Deja de hablar con Val y échale un vistazo a la piedra que le ha regalado tu hijo a mi mejor empleada. Oh, vaya, eso significa que pronto dejarás de trabajar para mí, ¿no?

–Podría ser.

Max se acercó entonces y le dijo:

–Max acaba de contármelo. Enhorabuena, Lucille. Te llevas un gran tipo, aunque esté mal que lo diga yo. Y él se ha conseguido una chica encantadora. Sí, encantadora.

–Aparta los ojos de ella, papá –dijo Val al tiempo que le rodeaba la cintura con un brazo–. Es toda mía. ¿Tienes un segundo, cariño? Tengo que hablar un momento contigo a solas.

Lucille frunció el ceño cuando Val se la llevó a un lado.

–¿Qué pasa? –le preguntó.

–En el bar hay un hombre que no deja de mirarte como si hubiera visto a un fantasma. ¿Lo conoces?

Lucille miró por encima de su hombro y vio al atractivo marido de Michele con una copa en la mano, sin dejar de mirarla.

Sonrió aliviada. Por un segundo, había temido que pudiera ser Roger. No quería volver a ver a ese canalla.

–Oh, es Tyler. El marido de Michele.

–Gracias a Dios. Es demasiado atractivo como para tenerlo por competencia. Por un momento pensé que iba a tener que retarlo a duelo o algo así.

–No seas tonto, querido. Desgraciadamente, los hombres ya no se baten en duelo. Ven, te lo presentaré.

Después de presentarlos, le preguntó a Tyler dónde estaba Michele.

–En el tocador de señoras. Le preocupaba que el vestido le estuviera demasiado apretado ahora que ha ganado un poco de peso. Hablando de vestidos, ¿es ese el que te regaló Michele?

–Sí. ¿Te gusta?

–¿Es que crees que no tengo sangre en las venas? –bromeó él–.

Sí, me gusta. Estás fantástica, Lucille. Eres un tipo con suerte, Val. Esta chica no solo es guapa, sino también muy selectiva.

–Ya lo he visto. Lo que me hace sentirme doblemente orgulloso de que me haya elegido a mí para casarse –respondió Val, rodeándola de nuevo por la cintura.

–¿Os habéis comprometido?

–Hace una media hora –dijo Val.

–Cielos, Michele va a estar encantada. ¿Cuándo va a ser la boda?

–Tan pronto como Lucille me dé la señal.

–Oblígala a que te dé una fecha fija, chico. En la actualidad las chicas son verdaderamente difíciles en lo que se refiere a comprometerse.

–Sé lo que quieres decir.

–¿Qué? –exclamó Lucille–. ¿Lo decís en serio? Michele no se va a creer esto.

–¿Qué es lo que me tengo que creer? –dijo su amiga cuando apareció a su lado.

–Tyler y Val creen que actualmente las chicas tenemos un problema para comprometernos. De paso, Val, esta es Michele, mi mejor amiga. Y Michele, este es Val, mi novio.

Luego, levantó la mano en la que llevaba el anillo y se la puso bajo la nariz a Michele, que soltó un grito de alegría y admiración.

Como los miró todo el mundo, se volvió y anunció:

–¡Se van a casar!

Todos sonrieron y volvieron a sus asuntos.

–¿Y cuándo es la boda? –les preguntó ella también.

Lucille y Val se miraron entonces.

–En Pascua –decidió Lucille entonces–. ¿Qué te parece, Val?

–Me parece bien.

–No, de eso nada –gimió Michele–. Para entonces, estaré gorda como una foca.

–Tonterías –intervino Tyler–. Tú siempre estarás guapa.

–Ya te encontraremos el vestido perfecto. Algo muy femenino –dijo Lucille.

Entonces, Max intervino para decirles que el espectáculo estaba a punto de empezar y fueron a ocupar sus asientos.

El espectáculo fue un gran éxito. Pero no tan grande como lo fue Val el día de Navidad. El padre de ella se sintió más predispuesto hacia él ahora que estaban comprometidos y con la boda en el horizonte. Sus hermanas pensaron que Val era un encanto y sus sobrinos lo adoraron porque les había hecho unos regalos fantásticos. Incluso sus dos cuñados parecieron llevarse bien con él. Val podía ser un tipo encantador cuando quería.

En un momento dado, la madre de Lucille se la llevó aparte y le dijo:

–Solo quiero que sepas que creo que Val es maravilloso y creo que te va a hacer muy feliz. Lo he estado observando contigo y se nota que te adora. Sí, es un príncipe, Lucille, mientras que Roger solo era un sapo que pretendía ser un príncipe. Ahora puedo ver la diferencia y quiero que sepas que lo siento mucho por no haberme dado cuenta antes. Pero no es demasiado tarde como para que me disculpe, ¿verdad? Yo siempre he querido que fueras feliz, Lucille.

Lucille se puso a llorar y se arrojó a sus brazos.

–Y yo solo he querido siempre que te sintieras orgullosa de mí.

–Yo siempre me he sentido orgullosa de ti –respondió su madre al tiempo que le acariciaba el cabello–. Siempre. ¿Cómo podía no haberlo hecho? Eres una chica muy hermosa e inteligente. Sí, me has tenido muy preocupada a veces. Querías demasiado de la vida y nunca quisiste esperar por nada. Me preocupaba que siempre te vieras abocada a la desilusión. Pero esta vez has dado en el clavo. Val va a ser un padre maravilloso, así que no pierdas el tiempo, que ya no eres tan joven.

–Pero no nos vamos a casar hasta Pascua...

–¿Y desde cuándo una pequeñez como esa ha detenido a una rebelde como tú?

–Mamá, me sorprendes.

–¿De verdad? ¿No te has dado cuenta nunca de que tu hermana mayor, Katie, nació solo cinco meses después de que tu padre y yo nos casáramos?

–¡Vaya, no! No lo sabía –dijo Lucille sorprendida.

–Y no fue del todo culpa de tu padre.

–¡Cielos!

–Puede que descubras que te pareces más a tu madre de lo que piensas –dijo su madre con ojos brillantes–. ¿Por qué te crees que

traté de ser tan estricta contigo cuando eras adolescente? Porque sabía que eras como yo. Y ahora llévate a casa y a la cama a tu hombre. Y tira esos preservativos. De todas formas, a los hombres no les gustan demasiado.

Por primera vez en su vida, Lucille hizo lo que le dijo su madre. Cuando se casó con Val en Pascua, todas las asistentes a la boda estaban embarazadas. Michele de siete meses, Lucille de tres, Jane de dos y, sorprendentemente, Angela de seis semanas.

A parecer, Raoul no había estado preparado para la fogosidad de Angela una noche después de la función y el fuego encendido por el tango tuvo esos resultados.

Sorprendentemente, a Angela no le importó, ya que había decidido que iba a ser un niño precioso, aunque Raoul no le sirviera como marido. Y él había estado de acuerdo, así que no había matrimonio a la vista para esos dos. El plan de Angela era contratar a una niñera y volver a bailar después de que naciera su hijo.

Cuando Val supo eso, alzó los brazos al cielo desesperado y dijo que era como su madre, pero siguió queriendo a su hermana de todas maneras.

Val era un hombre con mucho amor para dar, como estaba a punto de descubrir Lucille, sobre todo a su primogénito, un hijo, al que llamaron Christian y fue como la niña de los ojos para él. Eso hasta que llegó su hija Isabel. Pero ninguno de sus dos hijos supuso que el amor por su esposa fuera menos intenso. Ella lo era todo para él, esa mujer especial a la que había esperado treinta y tres años para conocerla y enamorarse de ella.

Y nunca dejó que ella lo olvidara.